

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO NOVIEMBRE 1997 NÚM. 562

♦ Ilustra:
Aceves Navarro

♦ Poemas
de Alardín y Blanco

- ♦ Bonilla Sánchez: Geopolítica y revolución científico-técnica
- ♦ González: Savater y la alegría
- ♦ Martínez Assad: Trayectoria histórica de Líbano
- ♦ Galindo: Continuidad evolutiva de Aceves Navarro
- ♦ Un cuento de Martín del Campo

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Septiembre-octubre 1997 ♦ Núm. 560-561

♦ **Ilustra:** Nahum B. Zenil

- ♦ Beuchot: **Hermenéutica e investigación en humanidades**
- ♦ García: **Sobre poesía española contemporánea**
- ♦ Castañón: **Del conocimiento de sí mismo**
- ♦ **Relatos** de Puga y Samperio
- ♦ Arzápalo Marín: **Mayas y europeos durante los primeros encuentros**
- ♦ Durand Ponte: **Subculturas políticas entre los alumnos de la UNAM**

Entre otros textos



Coordinación de Humanidades

**UNIVERSIDAD
DE MÉXICO**
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

Consejo editorial: Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster

Publicidad y relaciones públicas: Rocío Fuentes Vargas

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: Ediciones del Equilibrista, S.A. de C.V.

Oficinas de la revista: Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Teléfonos: 606 1391, 666 3496 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. Impresión: Impresora y Editora Infagon, S.A. de C.V., Eje 5 Sur B Núm. 36, Col. Paseos de Churubusco, 09030, México, D.F. Distribución: Publicaciones Sayrols, S.A. de C.V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D.F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$15.00. Suscripción anual: \$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$20.00. Revista mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (E-mail): reunimex@servidor.unam.mx

Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
ALBERTO BLANCO	◆ 3 ◆	Lecciones de geometría
ARTURO BONILLA SÁNCHEZ	◆ 7 ◆	La geopolítica de la revolución científico-técnica y la crisis actual
LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES	◆ 13 ◆	La "sustancia mitológica" del Ateneo de la Juventud
JULIANA GONZÁLEZ	◆ 17 ◆	Savater y la ética de la alegría
DAVID MARTÍN DEL CAMPO	◆ 22 ◆	Jinetes bajo la tormenta
HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN	◆ 25 ◆	La experiencia religiosa delirante del Aelius Arístides y su efecto terapéutico
CARLOS-BLAS GALINDO	◆ 31 ◆	Gilberto Aceves Navarro: continuidad evolutiva
JORGE FORNET	◆ 39 ◆	No matarás: romances de crímenes en México
CARMEN ALARDÍN	◆ 44 ◆	Dos poemas
CARLOS MARTÍNEZ ASSAD	◆ 46 ◆	Líbano: el país de la montaña perfumada
CARMEN ELENA ARMIJO CANTO	◆ 53 ◆	El libro como <i>imago mundi</i>

LA EXPERIENCIA CRÍTICA

ELENA URRUTIA	◆ 58 ◆	Mujeres en las cárceles: mujeres olvidadas
MANUEL SALAS	◆ 60 ◆	Efraín Bartolomé: rimas ígneas
GUILLERMO SAMPERIO	◆ 62 ◆	Locura o apocalipsis: Capetillo privado
VÍCTOR SOSA	◆ 64 ◆	La irresistible ascensión de las vanguardias
	◆ 67 ◆	Colaboradores

Presentación



Con el número que el lector tiene en sus manos se inicia un año más de actividades de la revista Universidad de México, desde que en octubre de 1946 comenzó a publicarse periódica e ininterrumpidamente. Nuestra revista fue fundada en 1930, bajo la conducción de Julio Jiménez Rueda pero dejó de circular durante un periodo que coincide con la segunda Guerra Mundial. A partir de 1985 el personal y los recursos administrativos de la publicación universitaria pasan a formar parte de la Coordinación de Humanidades con el objeto de que, entre otros cometidos, sea un órgano de difusión de diversos temas relativos a los estudios, la investigación y la creación que en el área se realizan sobre humanidades, ciencias sociales y artes. Esto, sin embargo, no ha impedido que tradicionalmente, y sobre todo en los últimos años, en sus páginas aparezcan textos de divulgación científica escritos por investigadores en física, biología, química, economía, etcétera. Cincuenta y un años de trabajos ininterrumpidos constituyen un motivo de orgullo para cualquier empresa cultural; la satisfacción aumenta cuando nos percatamos de que suman ya sesenta y siete de su fundación. Los lectores y colaboradores de la revista "de la Universidad", como en general es y ha sido llamada, conforman grupos de distintas y diversas generaciones de profesionales, intelectuales, escritores, estudiantes y personas acostumbradas a leer. ¿Cuántos autores y artistas plásticos hoy valorados internacionalmente por su talento y trayectoria se dieron a conocer en la revista de la Universidad?, ¿cuántos especialistas en el diseño y edición de publicaciones impresas se han formado en ella?, ¿cuántos lectores han encontrado en sus textos, imágenes y diseño gráfico un medio confiable para apoyar su visión social o enriquecer sus gustos estéticos y su cultura? A lo largo de todos estos años, ¿cuál podría ser el elemento unificador de los números, volúmenes, "épocas" de Universidad de México? La respuesta inmediata es obvia y cargada de múltiples significados: es la revista toral de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta afirmación, para muchos universitarios y lectores que siguen de cerca las acciones de nuestra casa de estudios, suscita imágenes y respuestas concatenadas, que se sustentan en la experiencia y la información acerca de la Universidad y sus objetivos históricos. ♦

Lecciones de geometría



ALBERTO BLANCO

Primera lección de geometría

En el principio era el uno.

Más cerca del punto de la escritura maya
que de la raya vertical de nuestro sistema de notación.

El uno no era una cantidad;
era la pura calidad del Todo indivisible.

Y fue a partir del gran uno
que —en un momento dado— brotaron todos los números.

Primero nació el dos
y con él —de inmediato— el tres.
Luego, en vertiginosa sucesión,
surgieron todos los demás números.

Antes del uno no había más que el uno.
No el cero del vacío inexistente.
Ni el cero de la nada absurda.
El uno nada más.

Segunda lección de geometría

En el principio hay un punto.

No tiene dimensión ni tiene sentido.

Es infinitamente pequeño
y es eterno: no depende del tiempo.

Una línea —por larga o corta que sea—
tiene un número infinito de puntos.

Una superficie —por chica o grande que sea—
tiene un número infinito de puntos;
infinitamente mayor que el número de puntos
en una línea, y —sin embargo— igual.

Un volumen —por inmenso o diminuto que sea—
tiene un número infinito de puntos;
infinitamente mayor que el número de puntos
en un área o en una línea, y —sin embargo— igual.

Cualquier cuerpo de cuatro dimensiones
tiene más puntos que un volumen,
una superficie o una línea,
y —simultáneamente—
el mismo: infinito.

Tercera lección de geometría

El número de minutos que tiene una hora
es menor que el número de segundos que tiene una hora.
Sin embargo, hay tantos segundos como horas,
años, milenios y siglos en la eternidad.
Su número es infinito.

Es extraño, pero en la eternidad
el número de fracciones de segundo
es idéntico al número de segundos,
a pesar de que hay un número infinito
de fracciones entre un segundo y otro.

Más extraño aún: si pensamos en un reloj
y queremos obtener su circunferencia,
tendremos que recurrir al número π : 3.1416...
No existe límite conocido para esta cifra:
es lo que se llama un 'número irracional'.

El número total de números irracionales
que existen es *mayor* que el número de segundos
o que el número de fracciones de segundo posibles.
Todas estas series son infinitas
pero algunas son más infinitas que otras.

Cuarta lección de geometría

El punto no tiene dirección.

El punto no tiene sentido.

El principio de todas las cosas

no es más que la intersección

de dos líneas que se atraen:

éste es el punto de partida.

La línea es el punto en movimiento

hacia el universo de las reglas.

La línea tiene sentido y se dirige.

No es más que la intersección

de dos superficies que viajan:

se puede recorrer todo su largo.

La superficie es la línea en movimiento

hacia la caravana de las dimensiones.

La superficie es extensa y plana.

No es más que la intersección

de dos volúmenes que se encuentran:

se puede escribir y dibujar sobre ella.

El volumen es la superficie en movimiento

fuera de sí, por la noche que vemos.

De día es la resistencia de la sombra.

El volumen no es más que la intersección

de dos tiempos completos en un cuerpo:

Aquí se lucha y se sabe, se ama y se calla.

La geopolítica de la revolución científico-técnica y la crisis actual



ARTURO BONILLA SÁNCHEZ

Introducción

Con el advenimiento del capitalismo, por primera vez en la historia de la humanidad se empezó a llevar a efecto una verdadera revolución científica y tecnológica en una escala no imaginada con anterioridad, caracterizada por la velocidad de los avances de las ciencias y poco a poco en sus concomitantes repercusiones en la producción, el consumo y en general la vida diaria de la población. Todo ello debido a la incesante introducción de innovaciones tecnológicas, consecuencia de ese desarrollo científico.

Este fenómeno se acelera todavía más a partir de que la producción de conocimientos se convierte en un proceso cotidiano de incesante acumulación de saber y experiencias que, cada vez en menos tiempo, pasan de la esfera científica al ámbito industrial con fines mercantiles o militares. En menor grado se registra también un fenómeno inverso: de la observación cotidiana de las tareas productivas se obtienen conocimientos que nutren la actividad científica; es decir que se parte de un proceso de inducción, para ampliar y corregir el mencionado avance de las ciencias.

No se podría explicar la generación masiva de conocimientos en la actualidad, si no fuera porque se ha convertido en una de las palancas más importantes para asegurar dos cuestiones cardinales en las sociedades modernas. De un lado está la elaboración de conocimiento para sostenerse o, mejor aun, para avanzar en la competencia nacional e internacional de los agentes productivos, llámense personas o empresas, y estas últimas del tamaño que sean. Naturalmente, las más grandes y poderosas son las que alcanzan mayores beneficios de los descubrimientos científicos y tecnológicos

y las que en mayor medida están en condiciones de impulsar tanto la investigación como sus aplicaciones prácticas. Las empresas más grandes en la actualidad son las transnacionales. El mayor impulso de la indagación científica propiciada por estos enormes agentes económicos depende del monto de las ganancias que ella pueda generar a sus patrocinadores. En otras palabras, la obtención de saber está condicionada indirectamente, y a veces directamente, por el afán de ganancia.

Pero en la producción incesante, masiva y creciente de conocimientos hay también otro factor de relevancia total, hasta el punto de que sin él no se podría explicar aquélla: los intereses militares y de seguridad nacional de los países de mayor poderío económico en el mundo, los que comercial, financiera y científicamente compiten entre sí, aunque sólo sea para apenas mantenerse en la lucha por la hegemonía mundial, como serían los casos actuales de Canadá o Italia, pues no hay que olvidar que la historia ha sido muy aleccionadora para viejas potencias como lo fueron España y Portugal en un periodo histórico de consideración —tal vez unos dos siglos— y que se retrasaron tecnológicamente hasta que las desplazaron de la lucha por la hegemonía mundial. En la actualidad, en esa pugna por el poder del orbe intervienen países que aspiran a dejar de estar sometidos y ser expoliados, como China, para convertirse en superpotencias hacia los años 2010 o 2020. Y también otros como los Estados Unidos, que intenta evitar ser desplazado como primera potencia del mundo por sus rivales comerciales inmediatos como Japón y la Unión Europea (UE) encabezada por Alemania.

Se llama revolución científico-técnica al proceso social donde la producción científica se masifica, tanto por la mag-

nitud del capital invertido en ella como por el creciente número de científicos formados y centros de investigación fundados. Para conseguir tal masificación es indispensable imprimir un enorme impulso a la educación superior, lo cual ha ocurrido principalmente en los países más avanzados del orbe. Este esfuerzo sin precedente histórico se ha llevado a cabo en función de las propias necesidades del quehacer científico, pero también influyen notoriamente en él las condiciones económicas, sociales y, sobre todo, políticas imperantes. La proliferación de nuevos centros de estudio responde al trascendente hecho de que para avanzar hacia nuevas etapas del conocimiento se requiere un creciente proceso de especialización. Desde luego, este aserto debe acotarse en el sentido de que, sobre todo en la actualidad, para dar solución a un sinúmero de problemas ocasionados por la acción misma de los hombres, ya sea en el terreno de la producción o del consumo, se precisa la colaboración intradisciplinaria e interdisciplinaria de los científicos especializados en uno de los distintos segmentos del conocimiento.

La crisis actual

Entre muchos economistas, sociólogos y otros expertos de las ciencias sociales suele admitirse que el mundo contemporáneo se encuentra sumido en una crisis de largo plazo surgida en el escenario internacional cuando se agotaron los factores favorables derivados de la segunda Guerra Mundial, como el esfuerzo productivo destinado a reconstruir todo tipo de instalaciones destruidas durante el conflicto bélico y la abundancia de mano de obra altamente calificada, como la inglesa, francesa, alemana, japonesa e italiana, que no encontraba empleo fácilmente y, con tal de sobrevivir, estaba dispuesta a trabajar por salarios muy bajos, así como el establecimiento de un orden mundial al crearse el FMI, el Banco Mundial y el GATT —hoy convertido en la OMC, donde predominaban los intereses de Estados Unidos, cuyo poderío le permitía imponer sus reglas del juego a las demás potencias del mundo occidental—. Bajo la hegemonía norteamericana y con el apoyo de Gran Bretaña y Francia, al igual que el de los países derrotados —Japón, Alemania e Italia—, Occidente hizo frente al otro bloque de naciones encabezadas por la URSS. Como se sabe, Estados Unidos como potencia fue el más beneficiado por la segunda Guerra Mundial: no resintió pérdidas materiales en su territorio y se convirtió en el principal país proveedor de pertrechos para

la guerra, mientras sus rivales comerciales o políticos se destruían entre sí. Además, recibió una masa de capitales líquidos que huían de Europa y sus bajas en hombres fueron relativamente reducidas: unas quinientas mil, en comparación con las de la entonces Unión Soviética: aproximadamente veintidós millones. En la mayor parte del mundo conocido como occidental y desde la terminación de la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos pudo establecer normas de aplicación internacional que rigieron, no sin problemas, desde 1945 hasta 1968, es decir durante un periodo de veintitrés años.

Todo ello empezó a modificarse en detrimento del poderío estadounidense y del orden mundial establecido bajo él. A fines de los sesentas, en los órdenes productivo, financiero y comercial, así como en el científico y tecnológico, las viejas potencias europeas y Japón se habían restablecido de los daños de la gran guerra y ya se habían convertido en fuertes rivales comerciales de Estados Unidos, si bien políticamente esos estados hacían frente común con este último país contra la entonces Unión Soviética. Estos cambios se manifestaron en el debilitamiento de la libra esterlina pero sobre todo del dólar. A partir de la década de los setentas hasta el presente, Estados Unidos importa más mercancías de sus rivales comerciales que las que exporta a ellos. En el orden financiero internacional, desde entonces, y a pesar de que se ha sostenido como la primera potencia del mundo, Estados Unidos por sí solo ya no pudo influir decisivamente ni en los grandes flujos comerciales internacionales ni en los financieros. Tuvo que compartir su poder con otras seis potencias y formar con ellas lo que se conoce con el nombre de Grupo de los Siete, o G-7.

El desgaste del poderío estadounidense no sólo se vincula a la paulatina recuperación de las economías de Europa occidental y Japón, sino también a la confrontación política y militar con la ahora ex Unión Soviética y sus aliados, y si bien Estados Unidos salió victorioso de la guerra fría, ello le significó costos sumamente altos, aunque por supuesto hayan sido menores que los pagados por la URSS, los cuales fueron tan altos que constituyeron uno de los factores importantes de su desintegración e hicieron que esta potencia pasara del segundo lugar en el mundo quizás a un cuarto o quinto, económicamente hablando, ya que el costo social y material que la ex Unión Soviética debió abonar para acoplarse al capitalismo contemporáneo ha sido en extremo elevado, aunque la Rusia de hoy continúe como la segunda potencia militar del planeta.

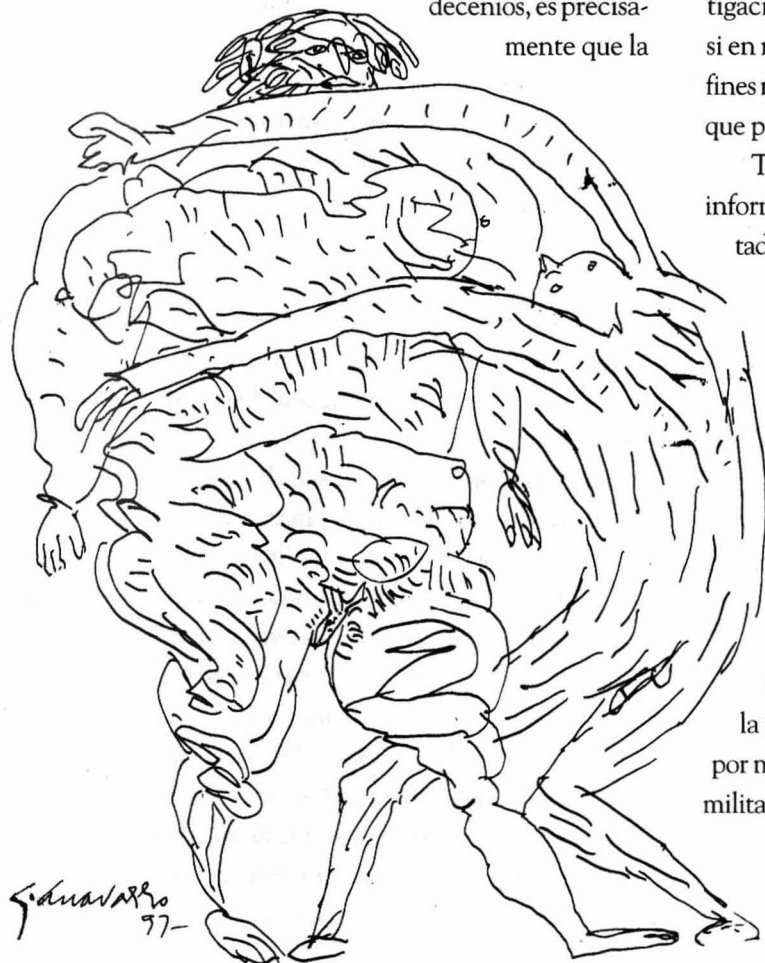
Aspectos destructivos de la revolución científico-técnica

La confrontación militar de las grandes potencias en la segunda Guerra Mundial, aunada al conflicto entre Estados Unidos y la URSS de 1945 a 1991 —año en que esta última se desintegró—, más la sorda lucha que en la actualidad libran en todos los planos Estados Unidos, Alemania y Japón, surgida desde poco antes de la culminación de la guerra fría y prolongada hasta nuestros días, han tenido una influencia determinante en el curso de la revolución científico-técnica. Así, desde la década de los treinta hasta los noventa, en un periodo de unos setenta años, como un gigantesco Frankenstein, se desarrollaron en una escala sin parangón con otras etapas de la vida de la humanidad en el planeta, los aspectos destructivos de la revolución científico-técnica. Y si bien es asimismo cierto que durante el periodo referido ésta ha generado productos que facilitan y contribuyen al mejoramiento del nivel de vida de la población, infortunadamente no se puede afirmar que tal aspecto positivo constituya su rasgo dominante. Más bien es posible sostener que su principal característica, de la que son responsables las más destacadas potencias del mundo a lo largo de los últimos seis decenios, es precisamente que la

magnitud de las inversiones, de las contrataciones de los mejores científicos e ingenieros, del incesante aumento del número de este tipo de distinguidos especialistas y de la instalación de numerosos, excelentes e impresionantes laboratorios, se ha orientado a la ininterrumpida producción de medios destructivos, de una capacidad letal cada vez mayor para los seres vivientes. Este fenómeno histórico no parece haberse agotado con el fin de la guerra fría, pues continúa pese a que en el curso de los noventa se ha registrado una disminución de los presupuestos militares: drásticamente en la ex URSS por su profunda crisis, paulatinamente en Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, aunque de ningún modo en Japón y China.

Si bien hay, pues, una tendencia manifiesta a reducir gastos militares y llama la atención que la actividad científico-militar se reorienta, ya que produce menos bombas atómicas y otros medios de destrucción masivos, como armas bacteriológicas y químicas—incluso, por ejemplo, en 1993, por fin se firmó un acuerdo internacional para impedir la fabricación o el mejoramiento de armas químicas—, lo cierto es que las poblaciones de las grandes potencias—y con mayor razón el resto de los habitantes del planeta—no tienen ninguna capacidad de control ni conocimiento de las investigaciones científicas impulsadas por los estados ni saben si en realidad se está poniendo un alto a la indagación con fines militares y, también, a la que aparenta no tenerlos, pero que puede alentarlos colateralmente.

Tal es el caso de la robótica. Hasta donde se dispone de información, la robótica se desarrolla en gran escala en Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, pero sobre todo en Japón. Esta línea científica se explora con el claro propósito de facilitar procesos y reducir costos en la producción de autos, para aventajar a los competidores. Por esa razón el avance de la robótica se vincula íntimamente a la industria automotriz, pero no en exclusiva, pues puede convertirse, con inversiones relativamente bajas, en un sector destinado a la invención y posterior producción masiva de soldados-robot. Es preciso señalar que estos últimos podrían emplearse en futuras invasiones con un costo casi nulo en pérdidas de vidas humanas para la potencia invasora y que serían dirigidos ya no tanto por militares de alto rango, sino tal vez sólo por ingenieros militares especializados en cibernética, desde un mando central por completo computarizado situado a muchos kilómetros de distancia del escenario de la invasión. Estas ideas, que parecen propias de la ciencia-



ficción, se convierten poco a poco en una realidad. Ya en el seno del Pentágono se ha desatado una controversia respecto al futuro de los militares de alto rango con motivo de la creación del *robotank* y de la posibilidad de aplicar conocimientos científicos para crear aviones militares de todo tipo, conducidos a sus objetivos sin necesidad de una tripulación.

Pero volvamos al asunto del rumbo de la investigación científica. Al referirnos a la casi culminación de la guerra fría, afirmamos líneas atrás que, si bien ha disminuido el gasto en el terreno militar, no se puede decir lo mismo respecto al presupuesto destinado a la investigación con fines destructivos. En efecto, los recursos destinados a la investigación científico-militar tienen como objetivo central generar armas muy avanzadas, casi todas ellas ligadas a la cibernética, es decir nuevos medios de destrucción computarizados y teledirigidos. Y aunque este esfuerzo se realiza en forma sistemática, desde hace unos treinta años, sus primeros resultados se notaron muy claramente en la invasión de Panamá en 1989, cuando el gobierno de Estados Unidos quiso deshacerse del general Noriega, a la sazón jefe del gobierno del país centroamericano. En aquella intromisión se usó por primera vez el avión *Steadtl*, capaz de eludir el monitoreo desde las pantallas del radar.

Pero en donde las nuevas armas computarizadas ya se usaron masivamente fue en enero de 1991, en la guerra del Golfo Pérsico, encabezada por Estados Unidos y respaldada por Francia y Gran Bretaña, contra Irak, país que había invadido Kuwait, con objeto de alcanzar un poder regional muy fuerte. El rapidísimo éxito de Estados Unidos sobre el país asiático—la guerra duró sólo mes y medio y además tuvo un costo muy bajo en pérdidas de vidas para las fuerzas armadas estadounidenses—no sólo radicó en la enorme diferencia de capacidad de fuego entre unos y otros contendientes, sino en que las fuerzas armadas de Estados Unidos dispusieron de todo un gran arsenal de nuevos medios destructivos con que se desquiciaron las comunicaciones radiales de los mandos iraquíes; asimismo se pudo utilizar en gran escala información captada vía satélite desde antes y durante el conflicto. Igualmente se emplearon aviones teledirigidos sin piloto en las labores de espionaje, tarea previa a la realización de bombardeos de gran precisión en los puntos nodales del ejército de Irak. En realidad nunca antes las fuerzas armadas de Estados Unidos habían usado tantos datos recabados por medios electrónicos ni había dependido en tan alto grado de la microelectrónica para diseñar sus planes de ataque, como ocurrió en el conflicto en cuestión. Todos estos aspectos, así como otros no mencionados, capitalizaron los frutos de la labor de investigación científica previamente desarrollada.

Este éxito de Estados Unidos dio luz verde para que el entonces presidente de esa potencia, George Bush, asignara más recursos a la investigación científica con el fin de disminuir el número de bajas de sus fuerzas armadas. Tal fue el argumento ofrecido a la opinión pública de ese país; sin embargo no se puede dejar de indicar que en otras ocasiones sus políticos han señalado el empeño de Estados Unidos de no perder ante el mundo su papel de primera potencia del orbe.

Aun cuando ya desde antes de la guerra del Golfo Pérsico se había desarrollado en gran escala la investigación científica para fines militares, la victoria alcanzada en dicho conflicto bélico justificó y alentó la asignación de apoyos financieros y políticos reservados a esa actividad. Sin embargo, es pertinente destacar otro hecho de relevancia: en la actual guerra económica que libran entre sí las grandes potencias, la investigación científica en varios sectores de punta adquiere de suyo un doble propósito: uno vinculado a la competencia comercial, a efecto de ganar consumidores o zonas de abastecimiento de materias primas más seguras, y otro de aprovechamiento de mano



de obra más barata en países pobres con serios problemas de empleo. Los principales esfuerzos de la indagación científica actual se canalizan hacia sectores tales como la microelectrónica, que pareciera ser el sector donde se verifican los cambios científicos y tecnológicos más rápidos, así como en el desarrollo de nuevos materiales requeridos con el fin de que los misiles empleados para el envío de satélites aumenten su resistencia y maleabilidad. Lo mismo se puede decir de la robótica y la óptica, así como del posible uso militar de nuevas armas de rayos láser en sus distintas versiones, entre otras.

Si desde las postrimerías de los años treinta se dio primacía a la indagación científica para crear y mejorar la bomba atómica y otras armas de mayor poder destructivo como las de hidrógeno y de neutrones, ahora, y sin dejar de lado este tipo de investigaciones con fines de destrucción, se pone énfasis en nuevos aspectos de las futuras, aunque no deseables, confrontaciones militares, para dar lugar a lo que se conoce genéricamente como la guerra cibernética (*civerwar*).

Mientras subsistan en los países altamente desarrollados los factores políticos, económicos y sociales que actualmente impulsan el desarrollo de la búsqueda científica, no es improbable que en el futuro ésta siga creando nuevos medios de destrucción más efectivos. Por supuesto, el avance de esta perversa tendencia no puede ser deseable para quienes están en su sano juicio. Plantear tal estado de cosas y su evolución como cuestiones de cardinal importancia para la pervivencia de la especie humana es una obligación derivada de la ética científica que no se puede ni debe eludir.

Más investigación para fines letales

La posibilidad de que la investigación científica evolucione por el camino señalado en este breve trabajo —que con dolor ha de reconocerse amplia— depende de que continúen vigentes estos dos factores de cardinal importancia en los años venideros:

1. La crisis contemporánea se ha convertido en el principal acicate para la aceleración de la guerra económica en los planos científico, comercial y financiero, manifestada en una cada vez mayor competencia entre las principales potencias del mundo: Estados Unidos, Japón, Alemania, Gran Bretaña y Francia. Detrás de ellas empuja fuerte China y, una vez que se complete la dolorosa conversión de Rusia en un país plenamente capitalista, esta potencia hoy venida a menos por un lapso también participará con fuer-

za en la batalla económica mundial. Tampoco podría descartarse a la India.

Por lo pronto, los países superdesarrollados tratan de protegerse de los efectos desfavorables de dicha competencia; por ello han formado o tienden a formar bloques económicos supranacionales: la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) y el que pretende formar Japón en la llamada Cuenca del Pacífico, por mencionar los casos más relevantes, pero no los únicos. En los casos de China, India y aun la misma Rusia, no se vislumbra la conformación de agrupaciones semejantes, principalmente por las dimensiones de sus territorios y sus poblaciones. En cuanto a Rusia, además, porque todavía no termina el ajuste de cuentas entre nacionalidades pequeñas discriminadas por el excesivo centralismo de la ex Unión Soviética.

Pero la crisis contemporánea no sólo impulsa como solución de la misma la competencia entre las grandes potencias, sino además acelera la batalla entre las empresas dentro de cada país y en el plano internacional cuando se trata de las más grandes de ellas: las transnacionales.

2. El segundo gran factor que contribuye a mantener e impulsar la rivalidad y la competencia económica y política entre las potencias es la disputa por la hegemonía mundial. Cuando se menciona este agente se debe distinguir claramente del anterior; es decir, al margen de si la crisis acelera o cataliza la lucha por la hegemonía, lo que sí parece claro es que tal pugna corresponde a un fenómeno intrínseco de los seres humanos a lo largo de todo su devenir, desde la época de los hombres primitivos, organizados por lazos gentilicios, que peleaban por disputarse los frutos y los animales al alcance de su mano, posteriormente, en estadios de desarrollo más avanzados, entre regiones más o menos dotadas, hasta llegar a nuestra época de lucha entre estados y naciones y bloques económicos o militares formados por varios de ellos. En la actualidad la pugna entre las más importantes potencias va de la mano de la competencia que mantienen las grandes firmas internacionales entre sí.

Globalización e investigación

Con los actuales procesos de globalización y la competencia entre las principales potencias del mundo y entre las más grandes empresas transnacionales, para unas y otras el planeta en su conjunto se convierte en el escenario donde se libra una lucha de titanes, aunque frecuentemente se hable de colaboración en los distintos foros internacionales or-

ganizados para discutir el estado que guardan las empresas, las regiones, los países y el mundo en general.

En efecto, en la historia del capitalismo nunca se tuvo como ahora un estudio cotidiano, sistemático e incesante del devenir económico, social y político del mundo en su conjunto y de cada país en particular, y análisis sobre distintos aspectos decisivos como recursos naturales, deterioro del medio ambiente, sistemas de educación, niveles de empleo, movimientos migratorios de un país a otro, crecimiento de la producción y el comercio mundial, flujos de capital, magnitud y variaciones de la inversión internacional, cambios en las tasas de interés, variaciones en los tipos de cambio de las monedas, comparaciones de la rentabilidad del capital entre países, así como estudios sistemáticos de la evolución política de cada Estado, de las condiciones, facilidades y limitaciones vinculadas a leyes y reglamentos establecidos por los estados para facilitar los flujos de los capitales y normar asuntos en materia laboral.

El estudio de todos estos fenómenos tiene como propósito central facilitar el avance de la globalización del capital, en distintos países y regiones del planeta. Como ya se ha mencionado, todos estos conocimientos e información, aunque se encuentran al alcance de un buen número de los agentes económicos, si no de todos ellos, se concentran en manos de las empresas que operan internacionalmente y de los estados de las potencias en donde esas firmas tienen su asiento, en donde también se lleva a efecto el grueso de la investigación científica de todo el mundo, con el consecuente beneficio de unas y otros.

Los países altamente desarrollados que, sin embargo, no tienen perspectivas de convertirse en grandes potencias y no pueden por sí solos luchar por el poder mundial, como Bélgica, Dinamarca, Italia, Holanda, Suiza y las naciones escandinavas, tenderán a aglutinarse, como se ha indicado, en forma parcialmente subordinada a las potencias que sí están en la palestra de la gran competencia y en el centro de las rivalidades comerciales. Eso de un lado, pero, del otro, también tendrán que conservar el paso de la competencia internacional y mantener, o si pueden ampliar, sus nichos científicos y tecnológicos.

La investigación: necesaria para resistir

En países subdesarrollados como México, su escasa investigación científica, dentro del contexto de lucha económica internacional entre verdaderos gigantes económicos, es de

marginal importancia y sus contados aportes contribuyen directa o indirectamente a beneficiar sobre todo a las naciones que, por razones históricas, han desempeñado un papel relevante en el curso de la humanidad durante los últimos cinco siglos y en particular en los dos más recientes.

Si otras fueran las condiciones sociopolíticas imperantes en países similares a México, éstos deberían desarrollar su investigación científica hasta conferirle un rango de valor estratégico, pero no para luchar por la hegemonía mundial, ya que no hay condiciones históricas para ello, sino para evitar ser barridos por la competencia librada entre sí por las grandes potencias, las cuales requieren cada vez más recursos, ya sean materias primas o mano de obra para abatir costos, y también consumidores para sus productos lanzados al mercado internacional.

Así, en los países atrasados como México, su lucha de largo plazo tiene que consistir en oponerse a las circunstancias para ellos desfavorables que acarrea la globalización. ♦

Bibliografía

- Aftergood, Steven, "The Soft-kill Fallacy", en *The Bulletin of Atomic Scientists*, septiembre-octubre de 1994, p. 40.
- Ya desde 1987 la ONU informaba de la producción de nuevas armas de diversos tipos: electromagnéticas, de radiaciones infrasonicas, radiológicas y otras de haces de partículas. Véase: *Anuario de las Naciones Unidas de 1987*, p. 333.
- Arkin, William L., "A Tale of Two Franks. Each in his Own Way is Determined to Protect the Nuclear Enterprise from Public Scrutiny of the Popular Will", en *The Bulletin of Atomic Scientists*, marzo-abril de 1995, p. 80.
- Para tener una idea de la importancia atribuida a la investigación militar de punta, véase:
- De Markusen, Ann y Joel Yudk, "An Economy at War", capítulo 1, en *Dismantling the Cold War Economy*, Harper Collins Publishers (Basic Books), 1992.
- Moore, Mike, "U. N. Peacekeeping, a Glass Half Empty, Half Full", en *The Bulletin of Atomic Scientists*, marzo-abril de 1995, p. 22.
- Para examinar los gastos en investigación y desarrollo, pruebas y evaluación de Estados Unidos, véase la tabla estadística: "9.4 Allocation of US National Defense Budget Authority, Fiscal Years 1983-1992", en *SIPRI Yearbook*, 1993, p. 346.
- "The Post Soviet Armed Conflict", en *Major Armed Conflicts* (Sección 6 del SIPRI Yearbook, 1993, parte 3), Oxford University Press, 1993, pp. 93-107.

La "sustancia mitológica" del Ateneo de la Juventud

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES

Los escritores asociados habitualmente al nombre del Ateneo de la Juventud¹ ocupan un lugar protagónico en el canon que ha organizado, sancionado y socializado los valores literarios de México en el siglo XX, desde hace varios años. Me refiero a las líneas básicas de un relato historiográfico que no sólo cumple con las tareas correspondientes al establecimiento de un padrón de autores y un catálogo de obras, sino que también confiere a la obra literaria un lugar en el panorama de una cultura determinada y, con ello, un lugar en el conjunto de las actitudes políticas, las ideas estéticas y las instituciones propias de dicha cultura. Una vez que dicho relato *sitúa* a la obra literaria, quedan establecidas las condiciones del mecanismo evolutivo en que esta última ha de comprenderse, estudiarse y preservarse para efectos de su divulgación. En adelante, la obra no será más un objeto ante sí mismo, sino ante otros objetos culturales. Un objeto cuya descripción y cuya valoración se cumplen al lado de la valoración y la descripción de otros objetos culturales.

Al mencionar el relato historiográfico en el cual el Ateneo de la Juventud ha cobrado un sitio prominente, hablamos de un relato que, en el momento en que se gesta y articula coherentemente, consume las tareas que supone el trazo de un panorama histórico de la literatura, a las que podríamos

aludir con esta frase: la determinación de la sustancia histórica de la obra literaria; dicho de otro modo, la determinación de sus valores históricos. Se dirá que esta clase de relato historiográfico se registra sólo por excepción, habida cuenta del refinamiento y el número de los problemas intelectuales que lleva aparejados el establecimiento de su nómina, objeción a la que conviene responder que no hay relato historiográfico que no suponga la postulación y la solución de este tipo de problemas, ya sea implícita, ya sea explícitamente.

La sola idea de organizar el patrimonio literario de una comunidad nacional, regional o lingüística en un panorama histórico implica el emplazamiento de la obra literaria y del autor ante hechos institucionales e ideológicos. En el primero de los casos, me refiero a la relación de la obra con las instituciones creadas para alentar su producción y garantizar su divulgación, como los cenáculos académicos, los claustros universitarios, la prensa, los premios, el mercado editorial... En el segundo, la relación debe plantearse con las ideas políticas, las ideas estéticas, los géneros, las prácticas vigentes de la escritura... En última instancia, y llevando los hechos quizá un poco lejos, la historia literaria es una actividad que se ocupa menos de la composición de una obra que del medio ambiente que la rodea.

Tal como la practicamos actualmente, la historia literaria preserva los rasgos esenciales que le confirieron las dos edades históricas en que se la practicó hasta el grado de hacerla madurar entre los frutos de la cultura moderna: el siglo XVIII y el XIX. La historia literaria es enciclopédica y es romántica. Gracias a su primer ancestro, es acumulativa, ejemplar y preceptiva; por el segundo es cívica, nacional, republicana y patriótica. Por ambas partes es canónica y tradi-

¹ El Ateneo de la Juventud fue fundado el 28 de octubre de 1909, al conferírle el estatuto de asociación civil a la Sociedad de Conferencias, en cuyo nombre las personalidades a las cuales nos referimos en este artículo organizaron dos ciclos de conferencias en 1907 y 1908. En 1911, por iniciativa de quien entonces fuera su presidente, José Vasconcelos, el Ateneo cambió de apellido: Ateneo de México. En cualquier caso, se trata de los mismos nombres. La costumbre ha impuesto la denominación de Ateneo de la Juventud a algo más que un grupo y una asociación civil: a toda una generación. A esa convención me cifo en estas páginas.

cional: una galería de nombres y títulos notables, organizados de acuerdo con una sucesión coherente.

Nuestro país no ha sido la excepción en lo que se refiere a esta actividad. En cuanto al siglo xx, que es lo que interesa en estas páginas, el canon y la tradición literarios han terminado por imponerse sin desacuerdos notables en la conciencia de tirios y troyanos en el campo de la enseñanza, la crítica y el estudio de la literatura. En sus respectivos trabajos, personalidades como Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, José Luis Martínez y Emmanuel Carballo han celebrado un acuerdo básico en lo que se refiere al índice normativo de la literatura mexicana de la primera mitad de este siglo. Un acuerdo que radica menos en la identidad de ciertos escritores y en el título de ciertas obras, que en la actitud acumulativa, normativa, cívica y nacional con la cual entendieron la obra literaria.

El Ateneo de la Juventud es la puerta de acceso al canon, la portada del edificio de la tradición —en la medida en que atribuyamos a este vocablo las obligaciones de un repertorio de escritores y de libros conocidos por todos, reconocidos por todos— de la literatura mexicana del siglo xx. El acuerdo casi universal que entre nosotros ha celebrado y consagrado la fama pública del Ateneo de la Juventud descansa en operaciones críticas de índole extraestética y, casi diríamos, extra-literarias, si hoy no aceptásemos como literarios el conjunto de valores sociales, históricos, psicológicos, etcétera, que intervienen en la obra. He aquí un hecho en el que conviene detenerse por dos razones: por la magnitud del acuerdo y por la índole extraestética de su materia. Quiero decir, por el partido casi absoluto de los valedores del Ateneo; un pequeño ejército de críticos, periodistas, historiadores, investigadores y escritores empeñados en levantar un monumento fastuoso a la memoria de los ateneístas en nuestro panteón literario; y por la indiferencia que casi todos ellos han demostrado ante la índole estrictamente estética de la obra de estos patricios.

Entre los estudiosos que se han propuesto establecer un panorama de los acontecimientos culturales del siglo xx en México, y que han incluido a los miembros del Ateneo de la Juventud en sus empeños, quiero destacar a José Luis Martínez, autor de un célebre manual de historia literaria, y a Luis Villoro, que incurrió en la práctica de esos esbozos breves y generales, apretados y esquemáticos, que periódicamente aparecen entre nosotros con el propósito de aventurar claves y coordenadas de nuestro quehacer cultural.² Un es-

bozo trazado hace varios años, en 1960, y ratificado hace poco tiempo, sin mover de su lugar una sola coma.

En uno, nos será familiar el esfuerzo que los historiadores de nuestra literatura invierten en su tarea continuamente; en el otro, nos parecerá cercana la voluntad crítica e interpretativa de los intelectuales que al asomarse por las ventanas de la literatura esperan ver el horizonte completo de la cultura. En todo caso, se trata de claros ejemplos que ponen de manifiesto dos actividades complementarias que, desde sus campos respectivos, hacen evidente el complicado sustrato que comporta todo relato historiográfico. Las páginas de Martínez y Villoro tratan de formular un relato de la cultura mexicana, una versión organizada de los hechos, la hipótesis de un proceso. El sustrato en el que toman asiento es el mismo.

En el fondo de estos documentos hay preguntas comunes. La primera de todas ellas interroga el curso de una cultura y a sus protagonistas sobre la pertinencia de una periodización y los criterios de las etapas de la misma. Con ella, vienen aparejadas algunas dudas respecto a que sea posible hallar una identidad común entre los escritores de un periodo, sus influencias, las tradiciones que acatan y que rechazan... Aquí me interesa otro grupo de preguntas, aquel que implícita o explícitamente sugiere modos y modelos para explicar la relación de la obra artística con su tiempo y con su sociedad. El arte, la historia y la política, por mencionar provisionalmente con tres palabras un problema de estudio muy complejo, un problema que adquiere importancia en casos parecidos a los del Ateneo de la Juventud, en los cuales se cumple una coincidencia que no pocos, la mayoría, quieren explicar como una consecuencia: la que se deriva de la reunión en el tiempo y en el espacio de un grupo de escritores notables y un percance social de enormes consecuencias para la vida política de una comunidad. Digamos por adelantado que, aunque estas páginas no comparten la opinión de quienes explican la coincidencia de dos hechos de índole tan distinta como la consecuencia necesaria de un proceso, no es posible ignorar que semejante opinión es portadora de los valores históricos y culturales que han hecho madurar a la historia literaria y le han conferido un lugar importante entre las construcciones ideológicas de la Edad Moderna.

Las opiniones de José Luis Martínez y Luis Villoro coinciden en que el proceso de la cultura mexicana en el siglo xx se inició al mismo tiempo que la edad de la centuria, y en que ese comienzo tuvo como denominador común a la Revolución de 1910. Más que una tesis sobre los vínculos entre

² José Luis Martínez, *Literatura mexicana, siglo xx, 1910-1949*, 1990. Luis Villoro, "La cultura mexicana de 1910 a 1960", en *En México, entre libros. Pensadores del siglo xx*, 1995.

literatura y sociedad, se trata de un criterio pragmático y operativo que ampara sus juicios literarios en la cómoda evidencia del almanaque.

Martínez opta por una asociación directa entre los hechos de la sociedad y los de la cultura literaria; estrategia que el tiempo ha recluso en la modesta utilidad del manual.

"Así como la época del modernismo se sustentó en el hecho político y social del gobierno de Porfirio Díaz, el período contemporáneo de nuestra literatura nace y se apoya en la realidad de otro acontecimiento histórico, la Revolución mexicana."³

Luego de este principio general, viene la descripción sumaria: fechas, títulos, nombres y resúmenes concisos de los contenidos de las obras. En este paisaje de gran amplitud, el Ateneo figura en un esquina representado por los hombres de letras que cumplieron con las tareas de la revolución cultural, al lado de quienes llevaron a cabo la política. Para completar la imagen, es necesario añadir que a tales próceres se les confiere la responsabilidad de haber dado el primer aliento a nuestra cultura contemporánea.⁴

Villoro no anda muy lejos de esta situación. Luego de afirmar que el porfiriato llegó a ser una sociedad *opresora y enajenante* lo mismo en las cuestiones políticas que en las culturales, escribió lo que sigue:

No, la transformación intelectual no anticipa la social. Tampoco la sigue; las primeras inquietudes intelectuales son simultáneas a los brotes de rebeldía popular. Se trata de dos procesos paralelos y simétricos de liberación. El movimiento cultural refleja el social, en el plano del espíritu; el movimiento social vuelve concreto el cultural, en la realidad.⁵

La correspondencia que propone Luis Villoro entre "el plano del espíritu" y "la realidad" no hace sino insistir en la proposición de Martínez a la luz de una relación postulada por un materialismo dialéctico diluido, prudente, que ya no se atreve a proclamar la subordinación de los aspectos culturales de una sociedad a los económicos, pero que sigue distinguiéndolos como un par de bloques perfectamente definidos.

Quizá Villoro acentúe los colores de la cuestión social y, con ello, abra el paso a una meditación que José Luis Martínez no se propuso: que estudia la relación entre los episodios de nuestra cultura y los políticos y los sociales. No

debo sino añadir que para Villoro el Ateneo desempeñó el papel de una falange cuyo cometido fue la liberación y la renovación de la cultura de México.⁶

Villoro y Martínez no son los únicos que expedieron un certificado de identidad revolucionaria a los ateneístas. En realidad, ambos no hicieron otra cosa que incurrir en una actitud generalizada en quienes se han ocupado del mismo tema. Actitud alimentada por los documentos que los ateneístas dejaron tras de sí luego de haber explicado su identidad y su comportamiento públicos. Podemos citar a Juan Hernández Luna en apoyo de esta afirmación: "Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud aparece como un acontecimiento verdaderamente nuevo en la cultura del país. Lo forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios."⁷ Al acatar las no pocas comparencias de *una generación que se define a sí misma*, los estudiosos del ateneísmo han seguido las líneas básicas del discurso que en su tiempo no sólo resolvió el problema de la nómina generacional y la descripción de sus integrantes, sino también propició una versión satisfactoria de la relación entre literatura, historia y sociedad en lo que se refiere al Ateneo de la Juventud, y de acuerdo con las condiciones normativas, cívicas y nacionales que el discurso historiográfico demanda.

El ya citado Hernández Luna, tan diligente en la recopilación de las palabras de los ateneístas sobre sí mismos, llegó a la siguiente conclusión:

El Ateneo de la Juventud ... representa un recodo en la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México.⁸

José Rojas Garcidueñas, otro de los distinguidos estudiosos del Ateneo, convencido de que los actos públicos organizados por sus miembros sólo pueden comprenderse como

³ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 17.

⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁵ Luis Villoro, *op. cit.*, pp. 12 y 13.

⁶ *Ibid.*, pp. 19 y 20. En un artículo que pretendió resumir en su tiempo el estado de las pesquisas sobre el Ateneo, Álvaro Matute tuvo una perspectiva similar a la de nuestros autores ya citados: "La historia intelectual del siglo xx en México tiene su capítulo inicial en materia literaria y filosófica en un grupo conocido como El Ateneo de la Juventud..." "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", en *La Revolución mexicana. Actores, escenarios y acciones*, p. 53.

⁷ *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, recopilación y prólogo de Juan Hernández Luna, p. 15.

⁸ *Ibid.*, pp. 14 y 15.

parte de los prolegómenos de la transformación que el país sufriría luego de 1910, afirmó, al final del retrato que trazó de la generación, lo que sigue:

Así, pues, es cierto que la labor de los ateneístas, en aquellos años de 1909 a 1913 o 1914, fue parte de la revolución que, en esos días, iba cundiendo no solamente por toda la extensión del suelo mexicano sino también penetrando en sus diversas instituciones políticas y sociales, hasta llegar a todas, o casi todas las formas sociales de la vida de México, que es lo que, precisamente, constituye y conforma una revolución.⁹

En un artículo que pretendió resumir en su tiempo el estado de las pesquisas sobre el Ateneo, Álvaro Matute adoptó la misma perspectiva: "La historia intelectual del siglo xx en México tiene su capítulo inicial en materia literaria y filosófica en un grupo conocido como El Ateneo de la Juventud..."¹⁰

Como ya lo sugerí, esta clase de afirmaciones lleva implícita la proposición de ciertos problemas cuya expresión podría resumirse en una sentencia: el vínculo que une al Ateneo de la Juventud con la Revolución mexicana. Por una parte, la cultura y, por otra, los grandes percances sociales; la literatura y la revolución. Además de un séquito de aspectos muy interesantes: el estado de la cultura en el antiguo régimen, la conversión política de algunos artistas, las habituales restauraciones, la literatura comprometida... En fin, la multitud de temas por los cuales la historia moderna de la literatura tiene que pasar si quiere situar el hecho literario en una perspectiva histórica, operación que hasta hace algunos años no podía cumplirse si no era a través de la asociación de los libros y los escritores con las entidades históricas por excelencia para la Edad Moderna: el Estado nacional, el régimen republicano, el espíritu y las instituciones revolucionarias. De acuerdo con este punto de vista, la revolución de las armas y los caudillos en México tiene su correlato cultural en la obra de los ateneístas. Un consorcio entre las armas y las letras en beneficio de la maquinaria de la historia: en beneficio de la historia misma.

Los documentos fundadores de la historia del Ateneo todavía aguardan una mirada que pase sobre ellos con ironía y con distancia. ¿A qué documentos me refiero? A las páginas en las que José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, principalmente, escribieron sus versiones de protagonistas apenas unas horas después de la disolución de la

utopía ateneísta. A las comparecencias públicas de los ateneístas sobre sí mismos que el historiador Álvaro Matute quiso señalar como fuentes históricas del Ateneo de la Juventud, al ponderar su valor documental y proponer una guía previa para su lectura. Quizá fue el primero en reparar en esta condición de los documentos originarios del ateneísmo.

... hay cuatro testimonios mnemotécnicos (que tienen tanto de fuente primaria como de reconstrucción —libre— historiográfica), que resultan insuperables [para la reconstrucción histórica del Ateneo de la Juventud]: "Nosotros", artículo de Alfonso Reyes (1914); "El movimiento intelectual contemporáneo en México" de José Vasconcelos, conferencia impartida en la Universidad San Marcos de Lima en 1916; "La Revolución y la cultura de México", de Pedro Henríquez Ureña, texto de 1925, y, finalmente, "Pasado inmediato", del mismo Alfonso Reyes, publicado en 1941.¹¹

Matute concluye su dictamen con esta frase: "Todo lo que se ha escrito después acude a ellos de manera invariable." Y no le falta razón. Tal vez sólo deberíamos añadir las páginas autobiográficas de algunos ateneístas como José Vasconcelos, Genaro Fernández McGregor, Enrique González Martínez y Carlos González Peña, en las que abundan en esta vocación autorreflexiva propia de su generación. En todo caso, el hecho fundamental es la existencia de un discurso colectivo de asombrosa influencia en la cultura mexicana del siglo xx que convendría desmontar cuidadosa y pacientemente.

Para terminar, no debemos pasar por alto la misiva que Pedro Henríquez Ureña envió a Alfonso Reyes el 29 de octubre de 1913 como respuesta a la consulta que éste le había pedido a aquél con el propósito de escribir un articulito para la *Revista de América*, misiva que Álvaro Matute cataloga como una de las fuentes primarias de nuestro asunto, anterior a las páginas arriba citadas¹² en el árbol genealógico de los documentos. Y antes de terminar, una curiosidad más: el prólogo que el escritor peruano Francisco García Calderón redactó para el primer libro publicado por Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, y que desde entonces acompaña dichas páginas. Un testimonio del modo en que los ateneístas, desde una etapa muy temprana, practicaron la diplomacia literaria a través de la cual inducirían los tópicos de su mitología revolucionaria. ♦

¹¹ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 54.

¹² Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia*, pp. 220-231. Conviene consignar que Henríquez Ureña añadió algo más a este asunto en la misiva del 11 de noviembre de 1913. *Ibid.*, pp. 241 y 242.

⁹ José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, p. 150.

¹⁰ *Vid supra*, nota 6.

Savater y la ética de la alegría*

JULIANA GONZÁLEZ

I

Si la alegría constituye un “escándalo filosófico”, como dice Fernando Savater, ello se debe a que, a pesar de las notables excepciones, ante todo de Spinoza y Nietzsche, ha prevalecido en la historia la que cabe llamar *moral del sufrimiento*. Ha dominado, diríamos, la imagen bíblica de la expulsión del Edén, de los atormentados hombres que cubren su desnudez, aterrorizados ante su destino corporal y a la vez moral y mortal. Transidos de muerte. “Fuera del paraíso” significó fuera de la alegría y de la *vida feliz*. Lo que ellos se cubren realmente, lo que niegan y pretenden esconder para siempre es esa “cosa mala” que es “el cuerpo” —como le llamó el Fedón platónico—. Y lo que temen, en el fondo, es el hecho de que tal negación es relativa, pues el deseo de felicidad pervive, ahora transmutado en culpa. Y les aterra, ante todo, su mortalidad, significativamente asociada a su moralidad y a su libertad. Les aterra su vida. De entonces en adelante la moral exhorta “a aprender a morir y a estar muertos” —como también dice el Fedón—. La Tierra, el “eternamente verde árbol de la vida” —de Goethe— se ensombreció y marchitó, se hizo “caverna”. Predominó entonces el peso de la muerte, no la profundidad de la vida.

Y podemos decir que también Spinoza suscitó en su tiempo escándalo, no sólo filosófico, sino religioso, político y moral. El anatema en su contra —yo diría— fue también anatema contra la alegría, contra esos nuevos valores que

proclamaba su *Ethica* al afirmar que la *tristitias* es mala y la *laetitia*, buena: que la naturaleza es buena, que el cuerpo es bueno y que la alegría, o sea la expansión de la vida, es la perfección humana, que las pasiones mismas son racionales.

Pero Spinoza fue condenado al exilio del silencio y del secreto —como lo destaca Savater—. Y con él, de algún modo fue condenada también su obra; en todo caso, no ocurrió el ingreso al mundo de una ética de la alegría. Se produjo una nueva condena de ésta y se dio, incluso, el kantiano rechazo a la equivalencia aristotélica de la ética y la felicidad.

Yo añadiría que no fueron los tiempos de Spinoza, por lo demás, tiempos para la ética, sino para el método y la ciencia. Apareció de hecho un nuevo dualismo donde el hombre ya no se concibe como *cuerpo* y *alma*, sino como *extensión* y *pensamiento*; donde el *alma* ya no es más que *une chose qui pense*.

Los tiempos de una ética de la alegría vuelven a ser —como lo sabe muy bien Savater— los reiniciados por Nietzsche y su llamado a recobrar el sentido de la Tierra y, con éste, a la reconciliación con la Vida y con el Tiempo. “La existencia —dijo Nietzsche— parece lo bastante santa en sí misma como para justificar de sobra una inmensidad de sufrimiento.”

Reconciliarse con la Tierra supone asumir la experiencia del fondo dionisiaco: implica decir *sí* a la vida, más allá del abismo. Saber mirar hacia éste, hacia la muerte y la contingencia y, desde ahí mismo, pronunciar el *sí* originario. Vivir en la cuerda tendida. Imponer la experiencia de la vida como principio y fin. Y el *sí* implica la afirmación apolíneo-dionisiaca de danza y ascenso. El sentido de la Tierra es tarea creadora, transfiguradora: tarea ética y estética, ambas inse-

* Estos comentarios y reflexiones sobre la *Ética de la alegría*, tema omnipresente —como bien dice Subirats— en Savater, se refieren no sólo a este significativo texto, sino también a su reciente artículo sobre “La imaginación alegre”, publicado en *La Jornada Semanal*.

parables. Arte de vivir. Afirmación del *héroe* que reside en el alma.¹

Y, a su vez, yo añadiría que la reconciliación con el Tiempo implica superar las imágenes e ideas sufrientes de éste: el “Heráclito llorón”, el “Cronos devorando a sus hijos”, la expulsión del paraíso, la angustia ante la muerte y la Nada. Implica aceptar la finitud y encontrar el goce en la infinitud del instante vital. Recobrar con Séneca —como también recuerda Savater— la conciencia de que:

No hemos de preocuparnos de vivir largos años, sino de vivirlos satisfactoriamente, porque vivir largo tiempo depende del destino, vivir satisfactoriamente de tu alma. La vida es larga si es plena; y se hace plena cuando el alma ha recuperado la posesión de su bien propio y ha transferido a sí el dominio de sí misma.²

Se trata, es cierto, de transmutar nuestra experiencia del tiempo, de “detenerse en el dintel del instante” —como lo expresa Nietzsche— y, desde ahí, dar el asentimiento incondicional a la vida. Hacer experiencia —diríamos— del tiempo cualitativo, de la *durée* bergsoniana (y proustiana), incuantificable, diferenciada por la intensidad y cualidad de lo vivido. Tiempo interpenetrable, reversible, infinito. Tiempo de la presencia —como le llama Xirau.³

Recordemos, además, que ya también Dostoievsky propone la reconciliación con la vida y, con ella, el reencuentro, aquí, en este mundo, con aquello que en verdad es el paraíso “terrenal”: “La vida es un paraíso, y todos estamos en el paraíso, sólo que no queremos enterarnos, y si quisiéramos enterarnos, desde mañana el mundo todo sería un paraíso. A qué contar los días, si uno solo es suficiente para que el hombre conozca la felicidad.”⁴

La reconciliación no es, evidentemente, el regreso al paraíso prehumano e indiferente. A éste ya no hay retorno. Pero tampoco la renuncia a él implica quedar inmersos en la caverna platónica. Se trata más bien de negar que la Tierra sea “caverna”.

Con la realidad misma, descrita por los filósofos, asumida precisamente con “realismo” y sin imaginación, nadie puede estar satisfecho y feliz, pues a la realidad —escribe Savater, no sin ironía—:

... le falta algo, lo esencial ... A la realidad le falta estabilidad y firmeza; no dura, es transitoria, aparece y desaparece con vértigo fugaz, le falta también veracidad: es engañosa, se oculta, se manifiesta equívocamente; carece de legitimación ontológica, de razón de ser ...⁵

Ésta es, ciertamente, la predominante idea ontológica de la realidad que da fundamento a las razones del sufrimiento y al reino de los pesares, a esa tan antigua y constante negación e invalidación de la vida.

Pero también es eterno e inextirpable, para Fernando Savater, el afán humano de la alegría. Ésta se halla, dice, “en la entraña del deseo humano”. Y sólo la imaginación creadora puede responder a tal deseo y sólo por la imaginación alegre —ya presente también desde la más remota antigüedad— se puede trascender el reino de la insatisfacción y los pesares y así gozar del hecho de la vida y literalmente *sobre-vivir* —categoría central en la filosofía de Savater—. Incluso los hombres más primitivos, en tanto humanos, son inimaginables —dice— sin goce de vivir. Y éste no como fuga de la conciencia de la muerte, sino al contrario, en asunción plena de ella. La alegría supone, así, una paradójica exaltación interna que se expresa en: “Júbilo vital, albricias por durar sin perecer, felicidad, agradecimiento por estar todavía en el mundo, sintiendo miedo y carencias, esforzándose, conociendo la inminencia irrevocable de lo fatal. En una palabra ...: *Joie de vivre*.”⁶

La posibilidad de una ética de la alegría se funda en efecto —para él— en la imaginación.⁷ (La alegría, claro está: no aquella que condenaban los epicúreos por ser fuente del miedo y el sufrimiento.) La imaginación —diríamos— entendida como un *ethos* o disposición creadora, que se halla en el hombre, en tanto sujeto del vivir. La alegría misma es, en este sentido, *ética*: responde a una actitud humana, de cada hombre individual, por la cual se asume y se vive la vida: con alegría o sin ella, con imaginación alegre o sin ella, sobrepa-

¹ Véase nuestro libro que lleva este título: *El héroe en el alma*, Aquesta Terra/UNAM, México, 1994, 93 pp.

² *Cartas a Lucilio*. Citado por Savater en *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona, 1991, p. 50.

³ Juliana González, “El tiempo vivido, acerca de ‘estar’”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 416, México, septiembre de 1985.

⁴ *Los hermanos Karamazov*, II-VI-II, p. 235 y ss.

⁵ “La imaginación alegre”.

⁶ *Idem*.

⁷ Potencia que también es, para Victoria Camps, constitutiva de la ética. Véase *Ética de la imaginación*...

sando, o no, el mero “realismo”. La vida queda mutada por la creatividad, por el saber y el valor que se le imprime, por el significado humano que el hombre mismo le asigna. La imaginación es esa energía creadora que permite recobrar la alegría de vivir.

Ello implica ciertamente un vuelco sobre el sujeto, sobre el hombre mismo. Es de hecho una nueva afirmación del humanismo, pero de un humanismo “impenitente” —como le llama Savater—, que afirma la vida y el goce de vivir. “Para sentenciar al mundo por ser como es no hace falta más que *realismo*: para absolverlo y felicitarnos por estar en él, necesitamos sin duda *imaginación* ... la imaginación es comienzo de toda alegría.”⁸

Con Spinoza, Savater recobra el único y gran mandamiento de la alegría.⁹ Y con Nietzsche, rehace por cuenta propia el sí a la vida, el asentimiento fundamental: “... lo más que podemos obtener de la existencia es eso: *ganas de decir sí* ... conseguir una experiencia de asentimiento a la vida”.¹⁰

Y la alegría va unida también, en Savater, al igual que en Nietzsche, a esa particular vivencia del tiempo —que he destacado—: a una significativa entrega al presente y a la presencia: al único momento del tiempo que, de hecho, posee plenitud. El tiempo de la ética —había dicho ya el propio Savater— es el tiempo del presente, no del pasado ni del futuro, pues “el presente es el lugar de lo posible”.¹¹

El tiempo de la ética —reiteramos— implica un cambio de valoración de la vida, por el cual puede decirse que la extensión de ésta cede lugar a la intensidad y felicidad con que se vive la experiencia. Implica el reconocimiento de la cualidad única, incommensurable, del presente. Para Fernando Savater en éste se escenifica la vivencia feliz del simple “hecho de vivir”, sin más, con esa gratuidad propia de la disposición amorosa y de la libertad misma.

... lo característico de la alegría es que se manifiesta a *pesar de todos los pesares*, propios o ajenos. No porque los ignore, sino porque los vence ... porque los *desconoce* aunque los conozca demasiado bien. Los pesares provienen de aquello que en la vida *sucede* y la alegría de aquello que la vida es,

⁸ “La imaginación alegre”. Y la alegría para Savater se halla en el medio, entre la felicidad y el placer. No equivale a la felicidad porque ésta es demasiado ambiciosa. Tampoco corresponde al placer, meramente “sanguíneo” —aunque de hecho los afanosos del placer sean para Savater preferibles que los “transmundanos”.

⁹ Véase F. Savater, *Misterios gozosos*, Espasa Calpe, Madrid, 1990, 355 pp.

¹⁰ “La imaginación alegre”.

¹¹ *Misterios gozosos*, p. 98.

del hecho de vivir, y del perpetuo imaginarnos vivos que lo acompaña.¹²

Y la alegría implica también aquello que en Savater es esencial: la reivindicación del *amor propio*, del amor a sí mismo, frente a la inveterada negación de la dicha propia: el autosacrificio como dimensión central de la ética del sufrimiento. La alegría, por el contrario, sólo se comprende en la reconciliación con el propio yo, en la afirmación fundamental del sí mismo, de la vida individual en su singularidad, en su querer más propio, más profundo y más libre.

Pero Savater sabe igualmente que el amor propio y el amor al otro se complementan: que es falsa la disyuntiva excluyente. Esta complementación es incluso garantía de la alegría misma: trascendencia de la soledad. En la ética de la alegría, en efecto, el amor propio y el amor al otro, el ego y el alter quedan reunidos, implicados, no ya en exclusión como ha sido en las éticas de la penitencia. Ya tal posibilidad de vínculo interhumano explica el “misterio gozoso” del amor y la amistad.¹³

La ética reemprende así, con Fernando Savater, los cauces de otra tradición, contraria en esencia a la moral de la represión, donde la bondad deja de estar reñida con la vida y con la alegría de vivir. El valor mismo de la vida es la alegría: ésta equivale a su perfección —dice expresamente Savater.

Se recobra así algo que para mí tiene una significación fundamental: la memoria de que la ética nace en Grecia como camino a la felicidad: vía para la plenitud humana, para realizar la *areté*, la cual coincide con la *eudaimonía* o felicidad.

La gran interrogación que podemos plantear, sin embargo, es si el presente abre mejores perspectivas para una ética de la alegría, que las que ha tenido en otras épocas; si tal ética puede irradiar en círculos más amplios y penetrar más profundamente en los *mores* concretos. Si es posible, digo, después de todo cuanto la modernidad ha destruido y construido, y vuelto a destruir y construir, un nuevo *ethos* colectivo de reconciliación con la vida y con la libertad.

Porque parecería que, paradójicamente, es más fácil sufrir que gozar. El goce —si creemos a Savater— implica el salto imaginativo y ético; el trascender lo que *pasa* a lo que *es*, el soltarse y permitirse la alegría. Y eso es *arte* ciertamente, es acción ética, es meta difícil de alcanzar. Es creación, y no gratuidad. Es fervor, no complacencia, diría Gide.

¹² “La imaginación alegre” (el subrayado es nuestro).

¹³ Véase el prólogo de Héctor Subirats a la obra así titulada.

"Todo cuanto es 'bello' (preclaro) es tan difícil como raro de alcanzar" —afirma a su vez Spinoza al final de su *Ethica*.

Y cabe agregar asimismo que, por mucho que el deseo de alegría sea universal, parece manifiesta una marcada propensión humana al sufrimiento, al castigo, a la moral represiva. Suele prevalecer —como vio, por ejemplo, Fromm— "el miedo a la libertad". Hay una señalada proclividad a lo que fue para Nietzsche el "espíritu de la pesantez", el hundimiento en la gravedad y la inercia. La alegría savateriana es, en contraste, energía imaginativa y creadora. No es fácil en verdad atender a ese querer profundo que afirma la vida. Se requiere, ante todo, *decisión*, y nada hay en el fondo, pienso, tan insondable y fundamental como la decisión. Ella es la clave última de la vida moral, aquello que es efectivamente *decisivo* en la vida.

III

El texto que Savater ha presentado ahora —en soliloquio con Spinoza— ahonda ciertamente en "el secreto de la alegría trágica", en esa paradoja fundamental de que el sí a la vida y la alegría se produzcan, no en la evasión de la certidumbre de la muerte —de la muerte individual, claro está—, sino en la plena asunción vital de ella.¹⁴ O sea, la paradoja de que la vida se afirma *desde* la muerte, a partir de ella —como lo subraya Savater— y que dicha afirmación consista en que, sin negar la muerte, ésta sea al mismo tiempo negada, por el solo hecho de vivir. La clave trágica se cifra en que somos víctimas de la muerte y a la vez estamos permanentemente venciendo. Pese a que somos mortales y hemos de morir, estamos a salvo de la muerte. Basta detenemos en el hecho de estar en el ser, de estar vivos: "*El mortal es ante todo viviente*" —dice Savater.¹⁵

El hecho mismo de la vida —añadimos— es el gran mentís a la muerte. Mientras hay vida, la muerte queda vencida. "Mientras yo estoy, ella no llega ..." —decía Epicuro.

"Cada acto de la vida es una victoria sobre la muerte" —escribía a su vez Eduardo Nicol, al refutar expresamente el existencialismo heideggeriano.¹⁶ Y es la experiencia concreta y personal de este "acto" y esta "victoria" —añado— la

vivencia fundamental de toda ética vitalista. Vivencia que implica el vuelco ético, el vuelco trágico destacado por Savater, que no dio la filosofía existencial.

La libertad del héroe trágico —recordemos— se afirma, se conquista a sí misma, sobre el destino, aun cuando éste termine triunfando —la tragedia como tal es esa tensión crucial entre destino y libertad—. ¹⁷ Y así como el héroe trágico vence al destino sin vencerlo, la ética de la alegría trágica —sostenida por Savater desde *La tarea del héroe*— vence también a la fatalidad y a la muerte sin vencerlas, crea el reino del sentido y emerge del sinsentido de la muerte y la caducidad. "... la alegría aligera la existencia fomentando la libertad frente a lo fatal y también el sentido —lo humanamente significativo, lo que entre humanos compartimos— frente al absurdo mortífero" —nos ha dicho Savater.

Quien asume la vida desde dentro, en pleno e íntimo contacto con su vivir, quien se sabe —y se goza— *vivo*, quien ha producido el vuelco interior invierte —y subvierte—, en efecto, la significación de la vida y de la muerte. La muerte está ahora "al comienzo" —como dice Savater—. De ella venimos y el acontecimiento primordial, el verdaderamente importante para el hombre, no es el final mortal, sino el comienzo en el nacer, y éste es triunfo sobre la muerte. "Al nacer, no nacemos para la muerte sino *a partir* de la muerte, surgiendo triunfalmente de la tumba eterna de lo que nunca fue ni será. La muerte puede borrar lo que somos pero no el hecho de que hemos sido y de que aún estemos siendo."¹⁸

Yo agregaría que no se trata —como piensa Heidegger— de "correr al encuentro de la muerte" ni menos aun de que la libertad sea "libertad para la muerte", sino todo lo contrario: se trata de la alegría vital ante el hecho de nacer a partir de la muerte, de surgir desde ella y estar en la vida. No la angustia, sino la alegría, expresa la autenticidad existencial. Alegría ante el hecho de que "hay Ser y no Nada" —añadiríamos.

La muerte es, además, unimaginable. Toda imaginación lo es de algo vivo, versa sobre la vida —dice Fernando Savater—. Se recobra aquí la enseñanza de Spinoza de que el sabio piensa en todo menos en la muerte. Ésta no es "maestra de la vida" —insiste Savater— y la filosofía no es "meditación sobre la muerte".

Ya no lo era para Sócrates, pues cabe recordar aquí que este vuelco hacia la vida tras la certeza oscura de la muerte (cierta pero impenetrable) es uno de los sentidos primor-

¹⁴ Savater hace referencia, en verdad, a la muerte de la individualidad, del yo en su unicidad absoluta, irreplicable. Esa individualidad que cada quien aprehende de sí pero también de la persona amada. Éste es el poder individualizador del amor.

¹⁵ *Ética de la alegría* (el subrayado es mío).

¹⁶ *Historicismo y existencialismo*, FCE, México, 1981, 422 pp.

¹⁷ Véase del mismo autor *La idea del hombre*, primera versión, Stylo, México, 1956, 498 pp. Y también de Fernando Savater, su obra central: *La tarea del héroe*, Taurus, Madrid.

¹⁸ *Ética de la alegría...*

diales de la *docta ignorantia* y clave también de la ética socrática: "Por qué me ocupo de males que no conozco si tengo delante en la vida los que sí conozco ... El mal nos alcanza más pronto que la muerte."¹⁹

Es cierto que —como dice Savater— "uno se vuelve humano cuando escucha y asume ... la certeza de la muerte".²⁰ Pero esta certidumbre inevitable es, para él como para Sócrates, punto de partida, no para meditar en la muerte o vivir a la espera de ella, sino para producir la vuelta ética hacia la vida.

Sin embargo, también Savater reconoce que la reacción lógica y natural ante la muerte suele ser la *desesperación*. Y la desesperación es la fuente del miedo, de la codicia y del odio: los tres grandes males humanos que, a pesar de ser fallidos, surgen también de la voluntad de vivir y sobrevivir. Es esta voluntad la que se halla en el fondo de dichos males y no una voluntad maligna. Pero —como lo expresa Savater— "... la mera desesperación fracasa en el empeño de hacernos sentir verdaderamente vivos, aún vivos, *suficientemente* vivos pese a la muerte y frente a la muerte".²¹

Sólo la ética de la alegría —no la fe religiosa que desemboca siempre, según Savater, en superstición— logra tener éxito en vencer la desesperación y consolidar verdaderamente la vida.

Todas las creaciones de cultura, "artificios creadores de libertad y sentido" —como él las llama—, expresan la afirmación vital y el triunfo trágico sobre la muerte: el arte, la poesía, el espectáculo, la ética, la política e incluso la santidad. Pero la ética, en especial, como forma ella misma de arte, es la que tiene para Savater una significativa prioridad en la tarea heroica de vencer a la muerte y consolidar la vida y la alegría. La ética es "la iniciativa vital más directamente opuesta a la desesperación". Por eso Savater concluye: "Sostenerse en la alegría es el equilibrismo más arduo, pero el único capaz de conseguir que todas las penas humanas merezcan efectivamente la pena. A eso llamamos ética: a pensar alegremente."²²

IV

Son nuestros tiempos también tiempos de la ética. Ella está en el centro del filosofar contemporáneo —y así debe

ser—; éste es, sin duda, un signo de esperanza para el presente y el porvenir del hombre.

Pero me surge aquí una cuestión decisiva que no puedo dejar de plantear: la de si la ética, con todo y su fundamental importancia y su incuestionable misión, basta por sí sola para recuperar plena y cabalmente "el sentido de la Tierra".

Me parece que no, que no basta la ética sola: que la reforma misma de ésta sigue reclamando algo más allá de la propia ética. Que se requiere transformar también nuestra concepción de la realidad, la cual, desde los tiempos parmenídeos y platónicos, se juzga ontológicamente menguada por el hecho de devenir; superar, en suma, el mito de la caverna, desde Platón hasta la posmodernidad. O sea que se requiere la reforma radical de la metafísica o filosofía primera.

No basta en este sentido el vuelco radical de la ética de la alegría. Es necesario recobrar la realidad en su plenitud ontológica, como hizo el propio Spinoza, y mutar la visión de ella como mundo de sombras al que le falta ser. Se precisa, por tanto, otra ciencia filosófica del ser y del conocer, del ser y el tiempo, otro saber *ontológico* de la naturaleza humana y del ser en general. Se requiere una nueva metafísica. No basta la ética sola si no mutamos esa idea de la realidad. Es cosa, así, de superar, más allá del propio Heidegger, lo que éste llamó "el olvido del ser".

Y creo que hay en la ética misma de Savater significativos aportes para una concepción distinta de la ontología del hombre —aunque ésta no se proponga como tal—. Baste recordar aquí —para terminar— el revelador pasaje de su *Invitación a la ética*, en que ésta encuentra su fundamento —yo diría ontológico— en un núcleo inmanente al hombre y en la propia libertad:

Llamo ética a la convicción ... de que no todo vale por igual, de que hay razones para preferir un tipo de actuación sobre otros, de que esas razones surgen precisamente de un núcleo no trascendente, sino inmanente al hombre y situado más allá del ámbito que la razón cubre; llamo *bien* a lo que el hombre realmente quiere, no a lo que simplemente debe o puede hacer y ... que lo quiere porque es el camino de la mayor fuerza y del triunfo de la libertad.²³

Y es ciertamente a esta ética de la libertad y de la alegría a la que invita Fernando Savater.

Enhorabuena, Fernando, por tu alegría y por tu capacidad de convocar a ella. ♦

¹⁹ Platón, *Apología*... Budé, París, 1982.

²⁰ Savater, *Ética de la alegría*.

²¹ *Idem*.

²² *Idem*.

²³ Savater, *Invitación a la ética*, Anagrama, Barcelona, 1982, p. 10.

Jinetes bajo la tormenta

DAVID MARTÍN DEL CAMPO

James Plynka nació con la luz. Una estrella de buen augurio fue la ejecución de su padre, en el presidio de Clifton Heights. La descarga eléctrica hizo que el viejo escupiera la placa dental y ahí delante, colada entre los testigos, su mujer perdiera el conocimiento y expulsara a la criatura que heredaría el nombre del convicto.

Terrible la hora en que Susan Plynka, la viuda de Plynka, firmaba el acta de defunción de su marido con ese bodoque sietemesino entre los brazos. Aún no se disipaba la fetidez que invadía el área de ejecución de aquella, la Prisión Estatal de Clifton Heights, cuando debió preguntar por una nodriza.

Susan Plynka era negra y su marido un polaco bueno para nada. Aquella noche, la de su arresto, el absurdo no pudo ser mayúsculo. Habían decidido robar los almacenes de la General Electric en Norristown y huir con el botín... lámparas, calefactores, aparatos de radio; a bordo de un lanzón que escurriría por el Schuylkill hasta depositarlos en el barrio norte de la ciudad esa misma madrugada. Eran los años de la ley seca y habían dejado medio oculta, medio visible y metida en una bolsa de papel en el área de los vestidores, una botella con nueve onzas de *bourbon*. Y no pasó desapercibida por el vigilante de turno, sólo que esa noche se adelantó el cambio de guardia y el policía de reemplazo, al ver a su compañero borracho sobre el escritorio de la posta, dio la voz de alarma y soltó el primer tiro hacia aquellas siluetas que se encaramaban contra la ventana del fondo. Sorprendente fue su puntería, pues el viejo James recibió el disparo en la rodilla izquierda. En cosa de segundos huyeron los compinches de Plynka, la barca vacía navegando esa noche hacia la próxima Filadelfia, y el viejo que gritaba "¡En-

cienda la luz, demonios! ¡Quiero ver mi pierna rota a la mitad!"

El vigilante lo dudó un momento, y fue lo último que haría porque al buscar el interruptor general tropezó con una de tantas mercancías por ahí desperdigadas, cayó de espaldas y se golpeó la nuca contra la caja de hormigón que guardaba el *master* de la energía eléctrica. Su muerte fue instantánea y el testimonio del agente borracho, minutos después, un dechado de honor y valentía. Fue ascendido a sargento segundo y el viejo Plynka sentenciado a la silla eléctrica del condado, ya se dijo, de Clifton Heights.

Hijo de un criminal, blanco para los negros y negro para los blancos, el joven James Plynka sería siempre un *outsider* gratuito buscando la vida en los resquicios de ese gran muro gris que es el *american way of life*. Quiso ser profesor de educación básica, pero su incipiente tartamudez nunca se lo permitiría. Quiso ser jinete de hipódromo —adoraba a los caballos, sus eternos interlocutores— pero a los 13 años ya pesaba las 142 libras reglamentarias del *jockey* profesional. Así las cosas, no tuvo más remedio que volverse tallador de barriada, primero, y del Club Astoria a partir de su mayoría de edad.

Plynka no era un *croupier* tramposo, *crup-trick* les llaman los clientes en Atlantic City, y que muy pronto se ganaban el abandono de los jugadores en aquellos salones aromatizados por el tabaco oscuro y el perfume barato. Especialidad de Plynka era el *black jack*, pero había ocasiones en que perdía los estribos con los *sietes* y era mandado a descansar a la mesa de los dados. Nada tan denigrante.

Un siete es el filo de cualquier combinación, tres sietes suman 21 y Plynka no lograba empatar nunca esa charada de

tres barajas, condenando con seguridad la noche al castigo que era el insomnio hasta media mañana. ¿No habían ejecutado a su padre el 7 de julio, es decir, no había nacido él, fatídicamente, con esos dos siete marcando su destino?

Lo obsesionaban los números, y como lo suyo eran los caballos, cada vez que podía escapaba al hipódromo local o al de Long Island, a gritar como desaforado, perder algunos dólares y admirar esas máquinas articuladas que galopaban el óvalo de una milla sin perder el respiro. Qué maravilla un cierre de tres alazanes resuelto con el moderno proceso de *foto-finish*. El 7 de julio de 1946, al cumplir 22 años, había celebrado con sus amigos del Club Astoria. Alcanzaron las dos últimas carreras y en la séptima James Plynka simpatizó con una potranca bautizada *Elektra*, que al cierre pagaba 75 a uno. Apostar por los desvalidos, aunque sean 10 dólares, es un gesto de nobleza, y cuál no sería su sorpresa cuando la yegua lo obsequió esa noche de regocijo con putas y un Ford T de medio uso.

En esa ocasión el joven Plynka no se percató de nada.

Se casó con una mesera del club pero el divorcio en octubre les ahorró el gasto del árbol de Navidad. Siguió fiel a su paño de *croupier* y una noche le tocó servir ni más ni menos que al mismísimo Louis Armstrong, el vasto *Satchmo* luego de su show con la trompeta. No ganó una sola partida en la media hora que lo tuvo en la silla alta, y le regaló un dólar de plata de propina.

Hubo otro matrimonio, otro divorcio, otro auto. Esta vez un Packard casi nuevo y Plynka fue ascendido. Ahora coordinaba a los talladores del Club Astoria y ofrecía un curso, por las mañanas, a los aprendices de los otros clubes. No le iba mal con las damas, pero tampoco demasiado bien. Lo que todas las mujeres buscan es un hombre que les cuide el sueño, pero el arrullo es imposible cuando se arriba a casa con el fresco albor de la mañana. De modo que pasa-

do todo ese tiempo, James Plynka conservaba el optimismo y la pasión, irracional, por los caballos.

En su cumpleaños de 1957 celebró en el hipódromo de Miami. Había pedido sus vacaciones anuales y viajó con Lissistrata Davies, *Lizzy*, una cigarrera del Nemo's Club que prometía serenidad y, tal vez, matrimonio. Al menos concordarían en los horarios. Llegaron a la cuarta carrera y apostaron 20 dólares. Nada. En la quinta apostaron a un

potro azabache, nervioso, que estuvo a medio cuello de regalarles el triunfo. En la sexta los 20 dólares fueron para la yegua favorita, importada de Cuba, pero tropezó en el arranque y ese rezago fue como un fantasma al que nunca logró rebasar. En la séptima le apostaron los últimos dólares a un tordillo simpático, de nombre *TV Screen*, que hacía meses que no lograba más que terceros lugares. Un caballo de relleno, a todas luces, pero qué son 12 dólares en una luna de miel entibada por la brisa del Caribe.

“¡Viste eso! ¡Viste eso!”, gritaba sin preguntar *Lizzy*. El viejo tordillo acababa de cruzar frente a la meta, un cuerpo por delante del favorito, ¡y pagaba 340 a uno!

¡Juá!, qué maravilla todos esos billetes y sí, claro que

sí: se casarían esa misma noche, cenarían langosta y descorcharían las champañas necesarias para amarse entre carcajadas. Desnudos a media noche brindaron por la última victoria, seguramente, de ese cuaco bautizado en el colmo de la ridiculez.

TV Screen, *TV Screen*, se repetía James Plynka, adormilado junto a esa mujer sin complicaciones, maquillajes ni psicoanálisis. Acababa de cumplir 33 años y aunque esos dólares no eran demasiados, sí le permitían un pronóstico de felicidad inmediata. Qué es la vida, después de todo, sino que... Pero el sueño terminó por vencerlo.



Dormido llegaron los caballos. Galopaban en la pradera, bajo el plumizo manto de la tormenta que reventaría de un momento a otro, y el pequeño James huérfano apostaba su par de dólares al caballo de manchas negras. Era su cumpleaños, el caballo extendía el tranco en la séptima carrera mientras se desataba la tormenta y él gritaba eufórico por la inminente victoria...

“¡Flashlight! ¡Flashlight!”, despertó pronunciando James Plynka, y le entristeció no estar más en la pista clandestina que ya se enfangaba en Camden. Apaciguó a Lizzy, que no se preocupara, y mientras le susurraba palabritas algo estalló de pronto en su memoria. La piel de Plynka fue entonces un páramo de sudor helado.

Y como lo suyo fueron siempre las matemáticas secretas, ahí estaba la evidencia: ¿o qué eran aquellos destellos eslabonados de fortuna? Dejó la cama sigilosamente y se depositó en el sofá de la habitación. Hizo memoria, de nueva cuenta, pero sin el velo ya de los encantamientos oníricos. Recordar pura y llanamente esos tres cumpleaños: era 1935 cuando al cumplir 11 años ganó su favorito, *Flashlight*; fue en 1946, al cumplir 22, cuando la potranca *Elektra* lo obsequió con aquel Ford T, y ahora, al cumplir 33, *TV Screen* le entregaba aquel bulto de billetes sobre la mesa.

“¡Y todos en la séptima carrera!”, volvió a gritar, pero se contuvo al mirar a Lizzy revolviéndose alterada entre las sábanas. Después de todo, ¿no había nacido él un día siete del séptimo mes... ante la descarga de una silla eléctrica? ¿Eran esos pensamientos científicos? ¿Podría alguien relacionar esas coartadas del azar? Y como las preguntas seguían derivando en avalancha, decidió poner fin a todo ello con medio vaso de escocés y un hielo que arrebató a la nevera. Eso sí, se dijo al volver a la tibieza de las sábanas: “No se lo diré a nadie.”

Once años después, en el hipódromo de Atlantic City, hubo un caballo de nombre *Sparks* en la séptima carrera y que distaba mucho de ser el favorito. Llegó primero, pagó 90 a uno y James Plynka, celebrando su cumpleaños número 44, había apostado la no despreciable cantidad de tres mil dólares. Con aquella ganancia cumplió la hipoteca bancaria y Lizzy montó una tabaquería.

El 7 de julio de 1968 el diario local de Palm Springs reseñó el feliz caso de un turista que había celebrado su cumpleaños apostando en la séptima carrera a *Lighter*, un jamelgo a punto de la carnicería, y que había pagado 170 a uno. “Al parecer el afortunado forastero”, refería la columna deportiva del *Springs Chronicle*, “apostó la nada despreciable cantidad de cien de los grandes, por lo que hubo que

cubrir la deuda con una remesa enviada ex profeso por la sucursal del Chemical Bank de San Diego”.

Algo similar ocurrió 11 años después en el hipódromo de Buenos Aires: un potro cuatralbo, bautizado *Toquecitos*, ganó sorpresivamente en la séptima y debió pagar 65 a uno.

Lizzy Plynka, importante accionista de la corporación Marlboro, falleció en 1994. Su viudo hizo lo imposible por olvidar el duro golpe. Dueño del casino Pink Floresta, en Las Vegas, James Plynka adquirió las últimas acciones que restaban para controlar totalmente el remozado Club Astoria de Atlantic City.

Así, una tarde en que jugaba a los números en una servilleta de papel, el viejo Plynka advirtió que en ese 1995 cumpliría 71 años. Muy difícilmente llegaría a los 77, así que jugando jugando descubrió que 71 era el reverso de 17, ¡y el 7 de enero sería la semana próxima! “Siete del uno”. No quiso aventurarse muy lejos y eligió el hipódromo de Agua Caliente, en Tijuana.

Era tarde brumosa, de invierno, la de la fecha. Llegó con su ayudante cargando el portafolios repleto de billetes. Indagó la apuesta máxima permitida, y no le sorprendió demasiado encontrar en la lista de la séptima a un caballo denominado *Fiat Lux*. El gerente debió salir de su oficina para aquilatar aquellos ciento veinte mil dólares apostados contra todo pronóstico.

James Plynka llegó a la tribuna apenas para mirar el arranque. Su caballo no era, ni muchos menos, el favorito, pero ahí estaban las coincidencias, su vida toda, en esa pista anegada por la lluvia. “Caballo viejo para camino mojado” era una máxima de los apostadores hípicas, y *Fiat Lux* había cumplido ya los cuatro años, todo un veterano en esa pista mexicana.

Al escuchar el clamor del arranque James Plynka sintió una pulsión renovada. Le emocionaba ya no emocionarse porque desde el principio su caballo aventajaba en aquella pista más que mojada. La lluvia era ya una cortina que apenas si dejaba asomar la curva del medio furlong, cuando Plynka advirtió que su caballo se atrasaba. ¿Qué era aquello! Trepó en la tarima encharcada, se aferró a la valla metálica y decidió gritar a ese caballo estúpido en la quinta posición: “¡*Fiat Lux*! ¡*Fiat Lux*!...”, sólo que el relámpago enmudeció a todos. El rayo se había impactado contra la tribuna como obús jupiterino, y fue imposible modificar el gesto emocionado, de adrenalina furiosa, que presentaba aquel cadáver achicharrado.

Fiat Lux ganó, sorpresivamente y por medio cuello, la fatídica séptima carrera. Nadie aplaudió su triunfo. Pagó 77 a uno. ♦

La experiencia religiosa delirante de Aelius Arístides y su efecto terapéutico

HÉCTOR PÉREZ-RINCÓN

*In memoriam
Ludovicus Panabieris,
sapientissimus vir*

Hay un curioso caso clínico de enorme interés psicopatológico, al que los estudiosos de la Antigüedad han prestado escasa atención y los especialistas de la historia de la psiquiatría ninguna: el de Aelius Arístides.

Se trata de un sofista del Asia grecorromana, que vivió en el siglo II de nuestra era y que, al decir de su traductor al francés, el padre Festugière,

de no haber escrito sus *Discursos sagrados* y su *Elogio de Roma*, habría sido un personaje insignificante, sin gran interés para nosotros. Era lo que se llamaba en el siglo II un *sofista*, es decir un orador que iba de ciudad en ciudad pronunciando, o más bien leyendo, discursos preparados de diferentes tipos: panegíricos de un dios o de una ciudad, y declamando sobre cualquier lugar común literario o moral.¹

Aelius Arístides, curiosamente —como ocurre a menudo con este tipo de pacientes—, ha sido visto con muy poca simpatía por quienes se han ocupado de él. Si Festugière consideró que representaba “una forma inferior de misticismo”, Campbell Bonner opinó que “la credulidad de Arístides alcanzaba la estupidez” y Boulanger desdeñó sus discursos por considerarlos de un estilo “extremadamente gris y descuidado”.²

¹ Aelius Aristide, *Discours sacrés (rêve, religion, médecine au II siècle après J. C.)*, introducción y traducción de A. J. Festugière, Macula, París, 1986.

² M.-G. Lonnoy, “L'expérience initiatique d'Aelius Aristide”, en *Bulletin de l'Association Guillaume Baudé*, núm. 1, marzo de 1986, pp. 41-50.

Pero lo que tiene especial interés para los psicopatólogos y los médicos es que los mencionados *Discursos sagrados* fueron escritos por orden de Asklepios (nuestro dios), con quien el sofista habría de anudar una relación muy particular, eje de su experiencia vital como paciente y como escritor.

Tras sufrir a partir del invierno de los años 143-144 una serie muy amplia de padecimientos físicos, el paciente inicia la búsqueda desesperada de los médicos tanto en Roma como en Esmirna. Ante el fracaso de éstos, recurrirá a los dioses e invocará a Sarapis, Isis y Apolo, pero no lo auxiliarán más que los facultativos. Su conversión, su camino de Damasco, la experiencia central de su vida, ocurre en una noche de diciembre del 144, cuando recibe en sueños la primera revelación de Asklepios, quien a partir de entonces lo tomó a su cuidado y le aconsejó consignar por escrito su experiencia onírica cotidiana. Entre 145 y 147, Aelius Arístides decide mudarse, por sugerencia del propio dios, al Asklepieion de Pérgamo, donde pasa las noches en la sala de incubación, a la espera de que aquella divinidad se manifieste en sueños, y en los días sigue el tratamiento prescrito, participa en los ritos y conversa con los sacerdotes y los otros pacientes.

Escribe el padre Festugière, su principal estudioso:

Imaginad a un enfermo que pone toda su confianza no en un médico sino en un dios. El dios se le aparece en sueños, le da sus directivas, frecuentemente paradójicas, que equivalen a otras tantas puestas a prueba. Para estar más próximo al dios, el enfermo va a habitar al propio santuario... El enfermo ejecuta las órdenes ciegamente; y puesto que la imaginación juega un gran papel en ciertas enfermedades crónicas, en particular cuando el enfermo tiene un temperamento ner-

vioso, las órdenes, en efecto, le hacen bien corporalmente, pero sobre todo mentalmente. Se siente ayudado, pero no está curado. Mejor aún: se siente ayudado, y a causa de ello no está curado, porque fundamentalmente no desea estarlo. Curar significaría renunciar a la presencia y a la compañía del dios, y precisamente aquello de lo que el enfermo tiene mayor necesidad es de la compañía del dios. El enfermo debe sentir sin cesar que es objeto de atención por parte del dios. El dios le indica que haga cosas que habrían hecho morir pronto a un hombre normal. El enfermo no solamente sobrevive, sino que se encuentra mejor. Mientras más extraño sea el tratamiento, más queda convencido el enfermo de que el dios se interesa en su caso, que su caso es único, y que él es el ser más favorecido que existe sobre la superficie de la tierra. Entonces se vuelve cada vez más incapaz de pasársela sin el dios, y al mismo tiempo, cada vez más incapaz de desembarazarse de su enfermedad.

Más aún, el dios es para él más que el médico de su cuerpo: lo dirige también espiritualmente. Le dice si debe trabajar o no, y en qué trabajo debe ocuparse; lo estimula comparándolo con los mejores oradores de la antigüedad, con el propio Alejandro Magno, con un dios. Lo envía a hablar en tal o cual ciudad, lo sostiene en sus disputas con sus riva-

les, se torna su consejero habitual y lo dirige en todos los detalles de su existencia.

Imaginad finalmente que, en el santuario en el que nuestro enfermo se ha instalado, no está solo; hay también otros enfermos cuyo tratamiento es el mismo: esperan las visiones nocturnas en las cuales el dios va a prescribir un remedio. Durante el día, estos enfermos, que son gente rica, distinguida y ociosa, pasan su tiempo como lo hacen ahora aquellos que están en un *sanatorium* o en los balnearios terapéuticos, conversando de sus enfermedades y de sus tratamientos. Puesto que el médico es un dios, y puesto que los trata a través de las visiones, comparten estas visiones: "El me dijo...", "Y a mí me dijo...", etcétera. De esta manera, se mantienen todo el día en un estado de excitación religiosa, estado que les procura sueños, una vez llegada la noche. Entonces, al día siguiente, como la víspera, pasan el tiempo interpretando los sueños, comparándolos, y observando los éxitos que el dios ha impuesto a tal o cual de sus compañeros. A esto se agregan las visitas al templo, las entrevistas con el sacerdote o los sacristanes, y también las discusiones literarias. Porque este pequeño mundo es un mundo cultivado: sus miembros escriben, se muestran lo que han escrito, se estimulan y se adulan los unos a los otros. En verdad, un medio extraño, viviente, chismoso, divertido y, bajo ciertos aspectos, sorprendentemente moderno. Todavía se ven hoy en día —concluye el padre Festugière—, en ciertas estaciones termales y alrededor de algún médico famoso, la misma mezcla de ciega admiración, de obediencia incondicional a sus órdenes, de espíritu de cenáculo filosófico y literario³ [díganlo si no los epígonos y turiferarios de Lacan...].

Aelius Arístides nació en el año 117 de nuestra era en Hadrianoutherai, ciudad de Misia. Sus trastornos físicos se iniciaron a la edad de 27 años y consistían en una lista verdaderamente amplia de sufrimientos y síntomas: catarro, fiebres, dolores dentales, "tumores", convulsiones, "peste", dolores de oídos, crisis de asma, calambres musculares, escalofríos, inflamación dolorosa del vientre, tos violenta, ahogamientos, esputo hemoptoico, cefaleas, parálisis facial, anquilosis del cuello, reumatismos, "opistótonos que le curvaban la columna como una vela de navío en el viento..."⁴

Si los tratamientos médicos que se le impusieron no lo mejoraron, hay que subrayar, en favor de su fortaleza física, que no lo mataron, pues en esa época eran más peligro-



³ Aelius Aristide, *op. cit.*

⁴ M.-G. Lonnoy, *op. cit.*

sos que aquellos que el dios le sugería, pese a la opinión de Festugière. El principal tratamiento médico fue la sangría, práctica omnipresente hasta el siglo XIX. En tanto, el dios prescribía un régimen (a veces ayuno completo o abstinencia de tal o cual alimento o bebida), baños fríos, caminatas con los pies desnudos en la nieve o paseos a lomo de caballo.

Marie-George Lonnoy analizó en 1986 la vivencia de Aelius Arístides, cuyas características corresponden a las de una verdadera experiencia iniciática. La autora escribe que las relaciones privilegiadas del enfermo con Asklepios procuraban a aquél una felicidad y una exaltación que es necesario calificar de místicas, y que él mismo comparó en varias ocasiones su experiencia religiosa con la de los iniciados. Ya sea místico, ya iniciático, tal hecho no es menos *psicopatológico*. Estamos frente a una forma peculiar de esas "conversiones súbitas" cuyo valor semiológico ha sido tantas veces subrayado.⁵ El "caso" nos conduce a los terrenos del delirio místico, la interpretación delirante de la experiencia onírica, la patología del sueño y la eclosión de los componentes alucinatorios en los momentos crepusculares hipnagógicos e hipnopómpicos. Todo ello con una repercusión tímica fundamental que hubo de dar un nuevo sentido a la vida de Aelius Arístides, unida ya para siempre a la voluntad de un dios.

En efecto, era como si se le tocara y se sintiera que había venido en persona, y que uno estaba entre el sueño y la vigilia, y que se deseaba intensamente verlo, y se temía que desapareciera antes, y que uno tendía el oído y se le escuchaba ya como en sueños, ya como en la vida vigil. Los cabellos erizados en la cabeza. Llantos de alegría. El peso del conocimiento no era doloroso. ¿Qué hombre podría describir esto con la palabra? Pero aquel que forma parte de los iniciados comprende y reconoce este estado de alma.

No solamente esta visión semejaba una iniciación, dado lo divino y extraño de los hechos, sino que había también al mismo tiempo algo extraordinariamente inhabitual; porque, en el mismo momento, había contentamiento, alegría, un bienestar físico y espiritual, pero también, en cierto modo, incredulidad. (¿Sería posible ver el día en el que seríamos liberados de tan grandes perturbaciones?) Y además el miedo de que ocurriera alguna cosa, como suele ocurrir, que arruine el conjunto de nuestras esperanzas. Tal era mi estado de alma,

y durante mi regreso, experimenté este género de placer pero al mismo tiempo la angustia.

Si alguno hiciera la cuenta de las bondades del dios y examinara en medio de qué síntomas, tan numerosos y tan graves, y de qué sufrimientos, él me condujo al mar, a los ríos y a los pozos, y me ordenó combatir al invierno, diría que todo esto sobrepasa al milagro, y vería mejor el poder y la providencia del dios, y se alegraría conmigo de las muestras de honor que yo recibí, en lugar de afligirse por mi enfermedad.

En su "Himno a Asklepios", Aelius Arístides explica claramente:

La paradoja domina los remedios del dios: uno debe beber agua de cal, otro la cicuta, otro aún debe desnudarse y tomar un baño frío, en tanto que parece que tiene necesidad de calor. Es de esta manera tan bien como me ha honrado haciendo cesar mis reumas y mis resfriados con baños de mar y de río, sanándome por medio de largos recorridos cuando no podía dejar la cama, agregando a un prolongado ayuno innumerables purgaciones, ordenándome declamar y escribir cuando yo no podía respirar. Es por esto que si aquellos que han sido así tratados se vanaglorian, yo llevo en ello también mi parte. En efecto, aquellos cuentan con qué valor han soportado todas las terribles prescripciones del dios; en cuanto a nosotros, hemos soportado con valor las pruebas más numerosas y más variadas, y esto con una ligereza y un placer tal que el placer de los voluptuosos no es nada a su lado.⁶

Tras un baño en un río helado, en obediencia ciega a la orden del dios, nuestro paciente escribe:

¿Quién podría expresar lo que siguió? En efecto, todo el resto del día y de la noche hasta que me acosté, conservé la condición que tenía al salir del baño, no sentí que mi cuerpo se volviera ni más seco ni más húmedo, el calor no se debilitó ni se presentó, y no era tampoco un calor semejante al que habría brindado una invención humana, sino que era una especie de calor continuo que aportaba un mismo vigor por doquier a través de mi cuerpo y de mi piel. Mi condición mental era semejante. En efecto, no era como un placer manifiesto, y no se habría dicho que se trataba de la alegría humana, sino que era una especie de contentamiento indecible, que convertía todo en secundario, en el momento

⁵ H. Pérez-Rincón y P. Ayala Guízar, "Éxtasis", en *Psicopatología*, vol. 1, núm. 1, Madrid, 1981, pp. 65-70.

⁶ M. -G. Lonnoy, *op. cit.*

presente, de manera que, incluso cuando veía las otras cosas, me parecía no verlas.⁷

Protegido y favorito del dios, sin duda alguna; místico o iniciado tal vez, Aelius Arístides debió parecer completamente normal a sus contemporáneos, y nunca, contra lo que puede pretender la opinión moderna, un loco, como lo fue, por ejemplo, su tocayo Aelius Priscus, vesánico matricida para cuyo caso el juez Scapula Tertullus consultó al propio Marco-Aurelio. El emperador filósofo concluyó, en una legislación que admite el principio de la irresponsabilidad de los psicóticos y la inimputabilidad de sus faltas, “que estaba ayuno de toda conciencia bajo el efecto de una alienación continua del espíritu” (*in eo furore esse ut continua mentis alienatione omni intellectu careat*), y ordenó no castigar al matricida. Es más, Marco-Aurelio agregaba: “Aelius Priscus ya fue suficientemente castigado por la locura misma.”⁸ En el caso de Aelius Arístides, ocurre exactamente lo contrario: cada noche el dios no hace sino premiarlo con una especie de “locura feliz”. En una de sus fantasías oníricas, incluso, soñó con el propio Marco-Aurelio “en la fuerza de la edad”, quien le dijo, al saludarlo de mano: —¿Cuándo nos harás una lectura pública? A lo que nuestro paciente respondió: —Inmediatamente que me dé usted la orden.

El “caso” de Aelius Arístides plantea al clínico contemporáneo varias interrogantes: ¿Qué podemos “diagnosticar” dieciocho siglos después por los síntomas que presentó? ¿Qué significaban exactamente para nuestros colegas de ese tiempo los términos *tumor* y *peste*? ¿Cómo podemos considerar esos “opistótonos que le curvaban la columna como una vela de navío en el viento”? ¿Era algo similar a lo que presentaban diecisiete siglos después las pacientes de la Salpêtrière? Hay otros síntomas, en cambio, que es dable interpretar, con cierta verosimilitud, de acuerdo con algunos rubros de la nosografía contemporánea. A veces sus síntomas parecen evocar un proceso infeccioso crónico (¿tuberculosis?), una patología del tejido conectivo y, claro, la epilepsia, a la que ha de tenerse siempre presente en las patografías históricas de personajes que vivieron antes del desarrollo de la obstetricia moderna del siglo XIX. La “conversión”, al igual que la tendencia “mística”, se ha relacionado con frecuencia con ella.

Por otro lado, la experiencia religiosa que recorre los *Discursos sagrados* nos obliga a comparar las formas del mis-

ticismo pagano con aquellas que habrán de registrarse a partir de la instauración del cristianismo. En el texto de Aelius Arístides se trasluce el desarrollo bitonal del discurso de Santa Teresa: “Dolor espiritual y no corporal aunque el cuerpo no deja de participar, e incluso bastante.” Empero, Asklepios nunca le infligirá —como podría pensarlo un observador contemporáneo de su crédula fe— algún “estigma” físico, como aconteció con otros místicos que vivenciaron siglos más tarde una unión igualmente íntima con cualquier otro dios pues, como ha demostrado Alonso-Fernández, estas marcas corporales sólo se verificarán dentro del catolicismo occidental.⁹ Pero cuando Arístides declara que todo su ser pertenece a Asklepios, “hasta la última gota de su sangre”, la identidad con los místicos del cristianismo parece total. Lonnoy piensa que el misticismo de Aelius es más afectivo que intelectual, que en sus sueños no hay una revelación propiamente teológica y establece algunas analogías entre la experiencia de éste y la de Lucius, el iniciado de Isis en las *Metamorfosis* de Apuleyo, al cual la diosa le ha prometido también un glorioso “renombre literario” y le ha expresado con energía su pertenencia: “Recuerda bien, y tenlo siempre sepultado en el fondo de tu pensamiento: el resto del curso de tu vida, hasta el término del último suspiro, me pertenece.”¹⁰

Marie-George Lonnoy no considera inverosímil que Aelius Arístides hubiera sido iniciado en los misterios de los dioses egipcios en ocasión de su viaje a Egipto en 141-142, o incluso en Esmirna, donde Isis era muy honrada. No obstante, como hemos visto, la invocación a la Diosa-Madre no había surtido el efecto terapéutico que alcanzó el hijo de Apolo. Ni Lonnoy ni el padre Festugière nos dicen si el autor de los *Discursos sagrados* fue iniciado en los misterios de Eleusis, lo que tendría especial valor semiológico porque, como ha demostrado Gordon Wasson, en ellos se recurría al consumo de vegetales psicodislépticos que generan el régimen onirotide. A tales drogas Wasson las llama “enteógenos”: ‘dios dentro de uno’, aunque es evidente que Aelius, como tantos otros pacientes y místicos, tienen “un dios dentro de sí” sin necesidad de recurrir a tal consumo; su propia bioquímica encefálica les proporciona la psicodislepsia.

El otro tema de reflexión a que nos obliga este caso se vincula con el problema mayor del sueño en psiquiatría. Por un lado, la psichistoria del movimiento onírotico y onirománico (Artemidoro es contemporáneo de Arístides)

⁷ Aelius Aristide, *op. cit.*

⁸ J. Pigeaud, *La Maladie de l'âme*, Les Belles Lettres, París, 1989.

⁹ F. Alonso-Fernández, *Estigmas, levitaciones y éxtasis*, Temas de hoy (Col. Historia de la España sorprendente), Madrid, 1993.

¹⁰ M.-G. Lonnoy, *op. cit.*



que nos conduce desde esta Antigüedad hasta Freud, y dentro del cual fuerza es referirse a la teoría arquetípica de Jung. Por el otro, las relaciones que es dable descubrir entre la psicopatología y la neurofisiología de las funciones hípnica y onírica. ¿Qué historia ocupaba realmente, cada noche, los periodos de sueño paradójico de este crédulo sofista? Nunca lo sabremos. Sin embargo, el relato verbal de su experiencia nos conduce a lo que J.-C. Benoit ha llamado “los estados hipnagógicos inducidos y dirigidos”.¹¹ Una potente voluntad, un verdadero sistema monotemático y una indestructible convicción delirante guían, de la manera más rígida imaginable, la vivencia de esa riqueza perceptiva. El dios está presente en ese estado intermedio del que el durmiente guarda la memoria clara. Así lo describe la monja jerónima en su excesivo *Primero sueño*:

¹¹ J.-C. Benoit, “Les états hypnagogiques induits et dirigés”, en *Confrontations Psychiatriques*, núm. 15, 1977, pp. 237-260.

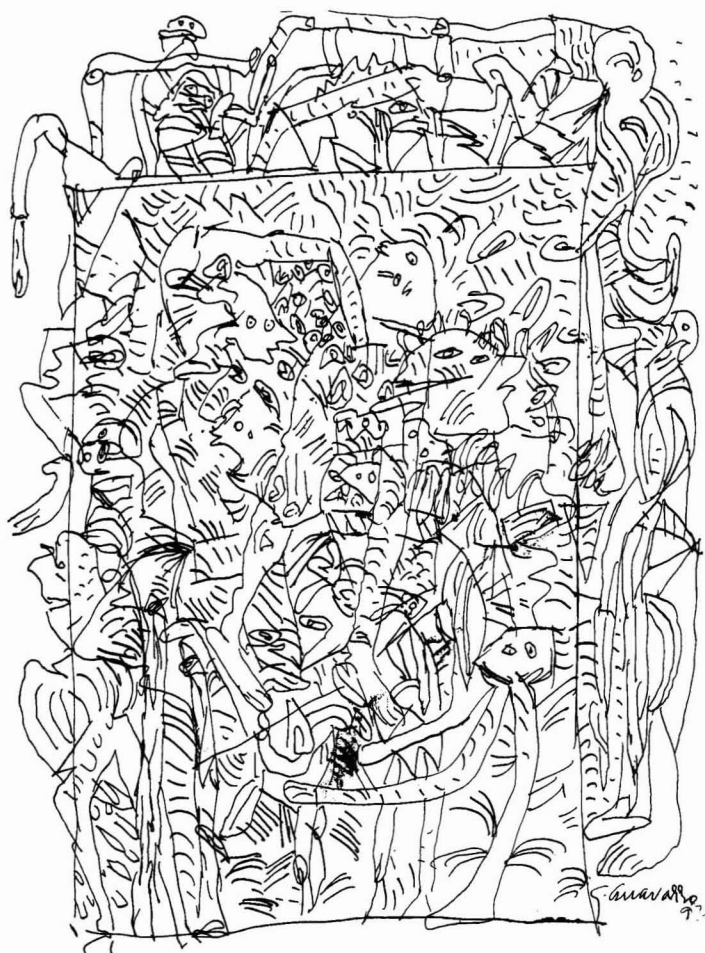
.....
ni del todo despiertos ni dormidos,
muestras de apetecer el movimiento
con tardos esperezos
ya daban, extendiendo
los nervios, poco a poco, entumecidos,
y los cansados huesos
(aun sin entero arbitrio de su dueño)
volviendo al otro lado,
a cobrar empezaron los sentidos,
dulcemente impedidos
del natural beleño,
su operación, los ojos entreabriendo.

Y del cerebro, ya desocupado,
las fantasmas huyeron
y —como de vapor leve formadas—
en fácil humo, en viento convertidas,
su forma resolvieron.
Así linterna mágica, pintadas
representa fingidas
en la blanca pared varias figuras,
de la sombra no menos ayudadas
que de la luz: que en trémulos reflejos
los competentes lejos
guardando de la docta perspectiva,
en sus ciertas mensuras
de varias experiencias aprobadas,
la sombra fugitiva,
que en el mismo esplendor se desvanece,
cuerpo finge formado,
de todas dimensiones adornado,
cuando aún ser superficie no merece.¹²

En efecto —escribe Benoit—, en este “estado intermedio entre la vigilia y el sueño” (Baillarger), o frente a la “alucinación hipnagógica” (Maury), hemos dejado el mundo de acción, de percepción, de lógica vigiles hacia un campo interior de los que somos el único espectador, el único testigo, más “cautivado” que atento... Son los campos de la “conciencia cautiva” de Sartre.

Y concluye: “Parecen existir hechos imaginados, en el medio-sueño, que tendrían un carácter de *realidad* superior al de las imágenes de la ensoñación o de las divagaciones

¹² Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño*, edición, introducción, prosificación y notas de Alfonso Méndez Plancarte, UNAM, México, 1989.



del adormecimiento ... Maury pretendía que la voluntad tenía alguna acción sobre ellas y podía determinar su aparición." Benoit recuerda el postulado de Moreau de Tours, quien desde 1845, al estudiar el hachís había escrito:

Parece pues que dos modos de existencia moral, dos vidas han sido concedidas al hombre. La primera de ellas resulta de nuestras relaciones con el mundo exterior, con ese gran todo que se llama el universo; nos es común con los seres que se nos semejan. La segunda sólo es el reflejo de la primera, no se alimenta más que de los materiales que ésta le brinda, pero es perfectamente distinta. El sueño es como una barrera levantada entre las dos, el punto fisiológico en el que termina la vida exterior y en donde comienza la interior ... Pero ocurre que, bajo la influencia de causas variadas, físicas y morales, estas dos vidas tienden a confundirse, los fenómenos propios a una y otra, a aproximarse, a unirse en el acto simple e indivisible de la conciencia íntima o del yo. Una fusión imperfecta se opera, y el individuo, sin haber totalmente dejado la vida real, pertenece, bajo ciertas situaciones, por diversos puntos intelectuales, por falsas sensaciones, creencias erróneas, etcétera, al mundo ideal.¹³

¹³ J. -C. Benoit, *op. cit.*

Aelius Arístides pertenece, pues, a ese contingente que desafía, aún hoy, a los psicofisiólogos de la onirológia, al tiempo que ilustra a los psicopatólogos.¹⁴

Finalmente, su "contentamiento inexpresable" (*aretos eutimia*), que equivale a la *inexplicabilis voluptas* de Lucius, nos obliga a contemplarlo desde el punto de vista de "las beatitudes" de Janet. Aelius Arístides es el precursor de Madeleine, la paciente delirante mística que con sus estados de consolación, alegría, éxtasis, creditividad, ocupa los dos volúmenes de *De la angustia al éxtasis*.¹⁵ El autor y la obra aquí comentados están por cierto, ausentes del libro reciente de Kay Redfield Jamison *Touched with Fire. Manic-Depressive Illness and the Artistic Temperament*,¹⁶ pues tales "beatitudes" deben relacionarse, fenomenológica y psicobiológicamente, con el círculo de los trastornos afectivos. El análisis de Janet sobre el delirio religioso es por completo aplicable a Aelius. En "las tentativas del delirio" hay un inicio hipocondriaco: pronto pasa al "delirio de unión". Los mediocres versos de amor de Madeleine parecen repetir el descuidado texto del asiático:

¡Ah! ¿Qué es este fuego que arde así en mi alma?

¿De dónde vienen esos transportes que me elevan

[a los cielos?

¿Quién puede, pues, causarme este insigne sufrimiento,
Quién consume mi corazón con una dicha infinita,
Me hace a menudo llorar de una alegría tan intensa,
Me hace resucitar cuando creo que muero?¹⁷

(No todos los señalados por un dios pueden ser como Juan de la Cruz.) También Aelius Arístides, en la dialéctica del amor-obsesión/amor-delirio, alcanzará al "director divino" que describe Janet en su paciente y en muchos otros místicos.

Además —y ésta es la mayor enseñanza que Aelius Arístides puede dar a la psiquiatría—, es precisamente gracias a este mecanismo como un hombre que sufría de múltiples padecimientos físicos obtiene en el delirio la posibilidad de alcanzar, a pesar de éstos, un nivel de *eutimia*, de aceptación de su estado, de perpetuo socorro: un nuevo y profundo sentido a su existencia. A veces la patología puede resultar en verdad terapéutica. ♦

¹⁴ J. A. Hobson, *El cerebro soñador*, FCE, México, 1994. M. Juvet, *Le Sommeil et le rêve*, Odile Jacob, París, 1992.

¹⁵ P. Janet, *De la angustia al éxtasis*, t. I y II, FCE, México, 1992.

¹⁶ K. R. Jamison, *Touched with Fire*, The Free Press, Nueva York, 1994.

¹⁷ P. Janet, *op. cit.*

Gilberto Aceves Navarro: continuidad evolutiva



CARLOS-BLAS GALINDO



Unicornio atrapado con flores, de la serie Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio, 1995, acrílico/tela, 180 x 180 cm

En la postura que Gilberto Aceves Navarro ha mantenido ante su quehacer artístico resultan dignas de mención varias virtudes. Él entiende que la labor fundamental del artista ha de ser la de lograr, para el arte mismo, enriquecimientos significativos y constantes. Que todo aquel que decide ser artista ha de asumir la grave función de intervenir directamente en el desarrollo cultural, pues no podría pensarse en un artista verdadero que se dijera víctima o espectador de tal desarrollo. Que ha de ser un protagonista primordial de acciones que redunden en la expansión de los linderos de aquello que es tenido por artístico. Y él sabe que, para lograr su cometido, al artista no le cabe sino ser osado. Arriesgarse constantemente. Ser genuino. Sobrepasar sus logros. No reiterar soluciones pero tampoco acatar limitantes exógenas. Ni del mercado, ni de la crítica, ni de la gente de museos, ni de la moda. Ni siquiera las que tienen su origen en acuerdos —ya tácitos, ya explícitos— que realicen los propios artistas. Y esto, incluso cuando con la obra de algunos de ellos mantenga coincidencias de estilo.

Sabe que éstas son sus obligaciones profesionales y sus responsabilidades históricas. Y sabe asimismo que, para cumplir con tales retos, no le basta con la anuencia de los expertos, ni con la de los comerciantes, ni con la de sus iguales, sino que tiene el deber de colaborar en la ampliación de los parámetros sensibles, racionales e informativos de aquellas personas en quienes, con su trabajo, sea capaz de lograr una respuesta. A conseguir todo esto se ha dedicado, durante su trayectoria, Aceves Navarro. Es por ello que considero virtuosa su postura. Pese a que, en los tiempos que corren y a juzgar por el devenir general del arte, tal parecería que antes que virtudes son consideradas indeseables actitudes como la suya.

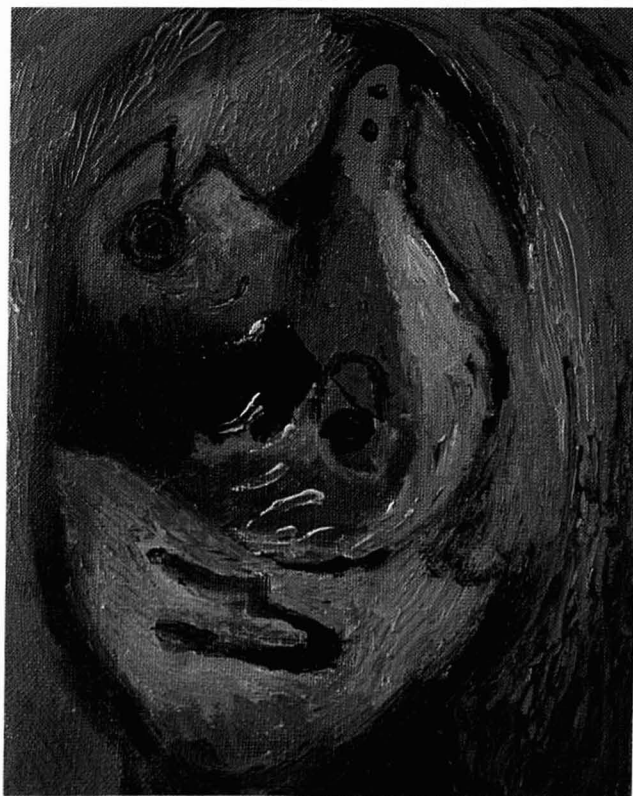
En el caso de Gilberto Aceves Navarro su osadía no lo ha alejado de las vertientes estilísticas de su tiempo. Es más, lo ha llevado a ser pionero de algunas de éstas en nuestro medio cultural. De su antigua filiación neovanguardista y, específicamente, neofigurativa, son testimonios elocuentes



*La decapitación
de san Juan
Bautista 17,
1978,
óleo/tela,
80 x 100 cm*



Venus gorda VIII,
1977,
óleo/tela,
125 x 120 cm



Máscara I,
1989,
óleo/algodón,
25 x 20 cm

varios de los recursos que hasta la fecha emplea y que, provenientes de los informalismos, fueron recuperados por los nuevos figurativos. Entre tales recursos se halla, por ejemplo, la exploración al máximo de la bidimensionalidad de los planos dibujístico, gráfico y pictórico (aun cuando él practica, asimismo, géneros volumétricos). Búsqueda en la que por supuesto (o por neovanguardista) elude toda ilusoria cita de la tridimensión pero que lo lleva a plantear superposiciones y yuxtaposiciones de figuras y de formas que parecieran moverse en un amplio número de planos superpuestos, contiguos, a veces escasamente separados unos de los otros. Y hasta imbricados.

Sólo que esta convergencia con la nueva figuración fue eso: una coincidencia de metas estilísticas, acorde con el espíritu de su época. Pero jamás una filiación servil ante la nueva figuración europea o estadounidense o de cualquier otra parte. Creador que se asume como artista mexicano de su tiempo, se dio, en la época de las neovanguardias —como lo ha hecho siempre—, a la tarea de dar respuesta a las necesidades artísticas de su época. Y el hecho de no haber desatendido ni, menos aún, ignorado los antecedentes del arte mexicano le permitió llegar con prontitud —ya desde finales de la década de los años setentas— a la posvanguardia, por la vía de la tendencia expresionista y por la de la multidireccionalidad estilística. Es ésta la fase, la posvanguardista, de la que fue pionero; iniciador local. Y de la que es responsable cultivador hoy día.

Se sabe que la tradición, en abstracto, no existe. Que es una artimaña que, usada con dolo, permite hacer demostraciones abusivas. Con todo museo estadounidense, por ejemplo —incluso con los pequeños, dependientes de universidades—, se pretende demostrar que los Estados Unidos son los herederos únicos de la gran



*El amanecer de
las alumbradas,
de la serie
Bañistas y
alumbradas,
1986,
óleo/tela,
160 x 180 cm*

tradición cultural occidental. Para ello es común que en dichos museos se exhiban: de pocos a muchos fragmentos de obras de la antigüedad grecolatina, alguna pieza renacentista —si el dinero alcanza para tal cosa—; un Renoir, invariablemente —incluso si sobre su autoría pudiesen abrigarse serias dudas—, para culminar con ejemplos del arte estadounidense de la segunda mitad del presente siglo. La tradición, entonces, entendida así, es una falacia.

Sin embargo puede haber un uso no doloso del concepto de tradición, mismo que se emplea para referirse a la tradición cultural de un país o de una región. Ésta es, para los arqueólogos y para el caso mexicano, “el conjunto de rasgos compartidos por distintas sociedades, que



*Máscara 4-G,
1989,
óleo/algodón;
50 x 40 cm*

*Comedores
de papas,
según Van
Gogh,
de la serie
Comedores
de papas,
1991,
óleo/tela
y tablero,
100 x 120 c*



tuvieron su origen en nuestro territorio y que identifican a los pobladores del mismo”, como lo afirma Fernán González de la Vara en su colaboración para el número 27 de la revista *Tinta seca*.¹ “No es importante —agrega González de la Vara— que estos rasgos varíen con el tiempo siempre y cuando se pueda trazar una continuidad evolutiva entre dos expresiones diferentes ... reconocemos los rasgos que nos identifican como mexicanos sin importar que éstos provengan del más remoto pasado o de un acontecimiento reciente.” En cuanto a Aceves Navarro y las artes visuales mexicanas, permite un trazo coherente la continuidad evolutiva que hay entre los antecedentes mesoamericanos; el arte nacional decimonónico en el que resultan claras las preocupaciones por aludir a la identidad local; los nacionalismos entendidos como vanguardia endógena, al igual que las demás preocupaciones vanguardistas de nuestros autores de la primera mitad del siglo (cubismo, futurismo, surrealismo, básicamente); el empleo recurrente del expresionismo no como movimiento sino como tendencia; los contenidos de índole política o al menos social de las neovanguardias figurativas de los primeros tiempos de la segunda mitad de la centuria, y, por último, la obra de este artista.

Esa continuidad evolutiva orilla a advertir que informalismos y neoconcretismos, pese a que ya han sido incorporados a plenitud a la tradición cultural mexicana, carecen de una raigambre tal como la que sí tiene la obra de Gilberto Aceves Navarro. ¿Heredero único de la gran tradición cultural mexicana? Digno continuador, sí. Pero ojalá hubiese más. Y no porque con él no baste, sino para garantizar que esa continuidad evolutiva prosiga en estos tiempos de neoliberalismo y globalización en los que, cual cómplices, tantos de nuestros artistas se afilian a vertientes periféricas del

¹ González de la Vara, Fernán, “México, el tiempo y el siglo xxi”, en *Tinta seca*, núm. 27, Nueva época, Morelos, México, septiembre-octubre de 1997, p. 7-10.

main stream “internacional”, de manera sumisa: sin osadía, sin arriesgarse, sin ser genuinos.

Si a la par de su trayectoria como artista —o como complemento de ésta— Aceves Navarro ha dedicado mucho de su tiempo a la docencia, ¿cómo es que entre sus múltiples discípulos, alumnos, seguidores y hasta nada infrecuentes plagarios no abunden —porque si los hay— quienes, como él, continúen esa tradición cultural? Entre las explicaciones posibles caben las siguientes: el que pocos estén dispuestos a normar su proceder a partir de la convicción de que la tarea fundamental del artista es la de conseguir resultados que enriquezcan de modo significativo y constante el campo de lo artístico. El que no todos puedan lograrlo, aunque se lo propongan. El que sean escasos quienes acceden a abrazar como proyecto de vida el intervenir directamente en el desarrollo cultural de su ámbito, en lugar de decirse víctimas o espectadores de tal desarrollo. El que no abunden quienes acepten ser protagonistas de aquellas acciones que conduzcan a la expansión de los linderos de lo artístico.

Y no es que este artista haya fracasado como docente, sino que la promesa —generalmente incumplida— que desde el medio cultural se les hace a tantos jóvenes respecto a que tendrán bien pronto fama, éxito y dinero (con sus nada delezna- bles efectos colaterales), a ellos les resulta (y con razón) sumamente atractiva. Gilberto Aceves Navarro comenzó su carrera magisterial a nivel superior cuando casi todos los estudiantes sabían (o intuían) que para conseguir un primer resultado profesional de importancia era preciso trabajar arduamente durante muchos años. Entonces el único concurso de renombre (amén de algunos



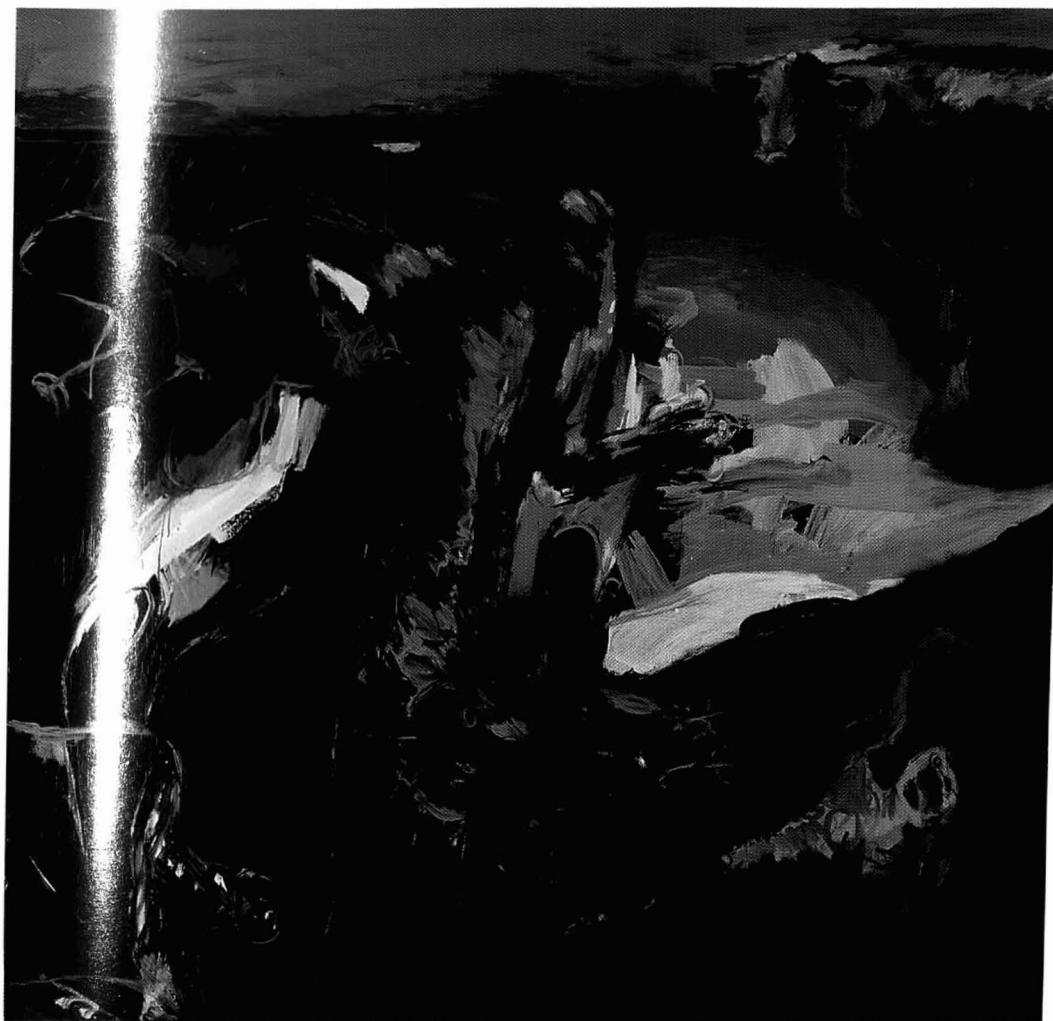
Monte Albán
18,
1996,
óleo/tela,
70 × 85 cm

◀ *Descendimiento v*
en gris,
 1993,
 óleo/tela,
 85 x 100 cm

intentos infructuosos de establecer otros más) era el que desde 1966 fue denominado Concurso Nacional para Estudiantes de Artes Plásticas, con sede en la ciudad de Aguascalientes. Pero muy pronto —en la segunda mitad de la década de los años setentas—, como parte de la política cultural decidida por el sector gobernante, fueron revitalizados los certámenes por géneros del Salón Nacional de Artes Plásticas. Algunos estudiantes comenzaron entonces a trabajar, ya no para consolidar sus lenguajes, sino para agradar a los jurados.

En aquellos años el ser joven era tenido, a ojos de los convocantes de los concursos, por algo valioso en sí mismo. Con esa política se consiguió dotar al medio cultural mexicano de nuevos contrincantes que rivalizaran con quienes, en 1966 precisamente, habían comenzado a gozar de

las prebendas del arte oficial: los neovanguardistas históricos. Con aquella política se mitigó la imposición de una hegemonía estilística interna. Los servidores públicos de aquellos tiempos lograron conjurar el peligro de que quienes entonces eran jóvenes tuvieran, tarde o temprano, que ingresar con violencia a las esferas del arte oficial. Sólo que, amén de estas bondades, la proliferación de concursos redundó en una desmesurada ansiedad de los estudiantes de arte (y de todo joven con aspiraciones artísticas) por triunfar en los certámenes. Posteriormente el Salón fue aniquilado² y fue trocado por el sistema de becas. Demasiados



Unicornio atrapado por halcones, de la serie Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio, 1995, acrílico/tela, 180 x 180 cm

siados estudiantes y demasiados jóvenes con intenciones de devenir artistas, a partir de entonces, se han convertido en una especie de cazarrecompensas. Han reducido los alcances de su etapa formativa, han evitado trazarse metas a largo plazo, han cedido a la tentación de reiterar soluciones y han acatado limitantes exógenas: las de los convocantes y dictaminadores del sistema de becas.

Pero, no obstante estas circunstancias —que por supuesto critica—, Aceves Navarro sigue convencido de la importancia de su papel como maestro —que por un tiempo había dejado de ejercer con asiduidad— y muy pronto volverá a impartir clases de manera constante. Sin embargo, persiste una paradoja: si no aceptan la realidad de que ningún autor puede tener una formación acelera-

² Hoy día ha sido reinstalado, con el nombre de Salón Nacional de Artes Visuales.

da, sino que cualquier persona que intente convertirse en un artista verdadero ha de experimentar durante toda su vida, y sin la garantía de conseguir resultados, ¿por qué a tantas personas les resulta atractivo devenir alumnos de Gilberto Aceves Navarro? Por su singular vitalidad, sin duda. Por esa fuerza vital con la que acomete sus obras y su vida. No hay duda. Aunque quienes dicen admirar y respetar a su maestro debieran emularlo por lo menos en lo tocante a ese intenso amor por la vida que lo convierte en un humanista practicante. Ahora que (en el cine comercial transnacional, por ejemplo) proliferan los gustos por lo mórbido, ahora que desde la televisión (de aquí) se intenta habituarnos a la violencia como algo normal e inevitable, ahora que hay un desgano tal que en ocasiones pareceríamos estar rodeados de “muertos vivientes”,³ buena falta hace reiterar que somos responsables de nuestra sobrevivencia y del mejoramiento de las condiciones existentes. El arte es eficaz antídoto contra estos y contra muchos otros males.

El amor por la vida rezuma en las obras de este humanista. En su serie *Venus gorda* tal amor no puede ser más evidente. El cuerpo femenino desnudo, sus carnosidades y la ubicación del sexo como centro de las composiciones son prueba de ello. En *La decapitación de san Juan Bautista* no hay goce por la muerte, sino un reclamo frente a la privación de la vida que no es añorante ni lastimero, sino que deviene en un canto a la vida

misma. Lo gozoso y lo lúdico prevalecen en las obras que conforman la serie *Bañistas y alumbradas*, en las que las referencias a la sexualidad se hallan libres de alusiones a la procreación y en las que el acto de alumbrar equivale a descubrir, a evidenciar. *Las máscaras* son rostros que recomponen facciones y que, antes que ocultar, son señales de ritos cumplidos; del acceso de sus portadores a fases superiores de sus trayectorias vitales. El alimento —incluso en condiciones de precariedad— posibilita la subsistencia, como lo corroboran con ludismo los *Comedores de papas*. Los *Descendimientos* son escenas en las que la muerte sacrificial marca el comienzo de una vida nueva. Con *Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio* Aceves Navarro se refiere a las maneras de conquistar la conciencia; de enriquecer la vida. Las obras de la serie *Monte Albán* implican la continuidad de una vida que ha persistido pese a los innumerables intentos en contrario. Continuidad evolutiva, también, al interior de la producción artística misma de Gilberto Aceves Navarro. Y ese amor por la vida... que tan necesario resulta. ♦



Alumbradas por una sola estrella, de la serie *Bañistas y alumbradas*, 1986, óleo/tela, 85 x 100 cm

³ No me refiero, claro está, a los integrantes del movimiento denominado gótico.

No matarás: romances de crímenes en México

JORGE FORNET

Dentro del romance vulgar, el de crímenes ha gozado de un éxito notable. En su *Ensayo sobre la literatura de cordel* (Revista de Occidente, Madrid, 1969), Julio Caro Baroja lo distingue entre veinticinco tipos de romances que logra diferenciar. Quizá no todos los que él clasifica sobrevivieron de este lado del Atlántico, pero los romances de crímenes, ¿cómo habrían de desaparecer? Durante siglos proliferaron en boca de cantores ciegos y en hojas volantes. La "literatura de cordel" estaba plagada de "horrorosos sucesos"; y aún hoy, en el nordeste brasileño, donde esa literatura pervive con una fuerza extraordinaria, pululan las historias horripilantes.¹

Ante todo creo necesario aclarar que estas historias no deben ser confundidas con las de bandoleros. Si éstos gozan de una buena imagen ante los ojos del público (o sea, violan la ley pero no la ética de la comunidad), los criminales, en cambio, son gente repudiable que necesariamente deberá vérselas con la justicia. Esto no siempre fue así. Foucault cuenta que ya en el siglo XVIII los reformadores del sistema penal francés pedían la supresión de aquellas hojas sueltas con "emociones de patíbulo" en que se apoyaba a la justicia glorificando al mismo tiempo al criminal. Y cita un libro de 1784 cuyo autor se queja de que "se dejan circular esas espantosas historias, de las cuales se apoderan los poetas del pueblo y extienden por doquier su fama. Hay familia que oye un día cantar a la puerta de su casa el crimen y el suplicio de sus hijos".² Sólo se volverá a glorificar el crimen cuando

reaparezca en otro género y —para decirlo con la definición cara a De Quincey— como una de las bellas artes, pero para entonces habrán desaparecido los héroes populares: "La literatura policiaca traspone a otra clase social ese brillo que rodeaba al criminal."³

En España, desde mediados del siglo XIX, "los romances de crímenes y asesinatos se desvirtúan como género literario por el abandono progresivo de la forma literaria a favor de una forma más periodística en que los elementos fantásticos y de ficción dejan paso a una descripción detallada de los hechos".⁴

En los romances en que me detendré se cumple esa tendencia. Más apegados al antecedente periodístico —del cual suelen surgir—, desaprovechan muchas posibilidades creativas en favor de lo noticioso. Incluso, a la larga, termina imponiéndose en ellos la prosa. No hay que olvidar que la función primera de estos romances es contar una historia, narrar un acontecimiento de interés para la comunidad. Además, cuando el medio de difusión son las hojas o los pliegos sueltos, el mercado ocupa un primerísimo plano. Tales romances, por tanto, estarán sujetos a la ley de la oferta y la demanda, lo que, de algún modo, contribuirá a su decadencia definitiva.

³ Ibid., p. 74.

⁴ Isabel Segura, ed., *Romances horrorosos. Selección de romances de ciego que dan cuenta de crímenes verídicos, atrocidades y otras miserias humanas*, Alta Fulla, Barcelona, 1984, p. x. No hay que olvidar que en cierto sentido el romance vulgar surge de una situación semejante (la comercialización y el cambio progresivo en el gusto de los receptores) durante el siglo XVII. María Cruz García de Enterría, por ejemplo, considera que la lengua literaria de los pliegos sueltos comienza a caer, ya desde ese siglo, "en defectos que la acercan a la literatura para masas". *Sociedad y poesía de cordel en el barroco*, Taurus, Madrid, 1973, p. 161.

¹ Vid Candace Slater, *Stories on a String. The Brazilian "Literatura de Cordel"*, University of California, Berkeley, 1985 [1982].

² Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión, Siglo XXI*, México, 1988 (1975), p. 73.

Como se sabe, los romances podían ser compuestos por el intérprete o no, pero en cualquier caso estaban pensados en función de un *performance*.⁵ A medio camino entre lo tradicional y lo culto, el romance vulgar aprovecha un medio de difusión escrito para transmitir textos en que se amalgaman el estilo tradicional con elementos provenientes de la “alta” literatura. De hecho, el romance vulgar surge a partir del gusto de los receptores de la época por el romance tradicional, del que toma su carácter de poesía narrativa, el doble octosílabo, e incluso temas y personajes. Por otro lado, en cambio, intenta incorporar sin mucho éxito recursos de la poesía culta. Parafraseando a Díaz Viana puede decirse que es posible, por su origen, encontrar trazos de una poética que suele valerse de lo oral, en estos textos escritos y cerrados. De ahí que abundan en ellos fórmulas como “voy a contarles, señores”, o “ya con ésta me despido”, o “vuela, vuela, pajarito”, etcétera.

Aquí veremos un corpus conformado por los nueve romances que, en *Corridos mexicanos. Colección de hojas sueltas*, asumen el crimen como eje central. La selección es arbitraria pero permite apreciar (a través de los romances encontrados en una colección también arbitraria conservada en la biblioteca de El Colegio de México) algunas versiones, o incluso tendencias, del género. No hay que olvidar que estos romances pertenecen a las primeras décadas del siglo xx y a sucesos ocurridos fundamentalmente en la Ciudad de México y sus alrededores, de modo que darán una visión limitada a una época y a un espacio determinados.⁶

Vale la pena describir estos romances de manera sucinta. Salvo uno (el 43, escrito en versos de trece sílabas con rima asonante *abab*), todos los textos están escritos en verso romance y uno solo de ellos (el 50) utiliza estrofas de seis versos.

⁵ Díaz Viana reconoce que “la literatura de cordel no puede comprenderse sin su carácter ‘performacial’ [sic] y la importancia de la oralidad no únicamente en su proceso de transmisión, sino, también, en la configuración de su poética”. *Palabras para vender y cantar. Literatura popular en la Castilla de este siglo*, ed. Luis Díaz Viana, 1987, p. 37. No puede pasarse por alto que en esta literatura, tanto en el proceso de creación como en el de transmisión, está presente la relación entre oralidad y escritura.

⁶ Los textos son: “El crimen de la Villa” (número 7 de la colección), de Eduardo Guerrero; “Corrido de la anciana ahorcada” (15), de G. H. R.; “El parricida de Ixtapalapa” (32), de Ignacio Aguirre; “La niña vengadora. La señorita María del Pilar Moreno vengó la muerte de su padre dando cuatro tiros al diputado Francisco Tejeda Llorca” (40), de Samuel M. Loza; “Triste fin de Juanita Elizondo” (43), anónimo; “El crimen de Bucareli” (49), de Eduardo Guerrero; “Corrido del parricida” (50), de Leopoldo Bravo; “El crimen de Matamoros” (76), de Francisco Ortiz L., y “La tragedia de los cinco hermanos. 4 jovencitas asesinadas por un hermano que se suicidó” (140), de Eduardo Guerrero. Predominan en este corpus, como en toda la colección, las hojas aparecidas en la imprenta Guerrero.

En todos los casos me refiero a la forma dominante, porque no es extraño que a menudo los textos dejen de respetar sus propias métrica y versificación. Si nos detuviéramos un momento en la tipología del crimen, veríamos que en tres de los casos el motivo es el robo (15, 49, 76), en dos son los celos (7, 43), en otros dos la ingratitud del hijo (32, 50), en uno la venganza (40) y en el último la locura (140). Todos ubican la acción en un lugar preciso y la mayoría hace referencia a datos como la fecha e incluso la hora en que se cometió el crimen, así como los nombres de las víctimas y los asesinos, en un afán de otorgar verosimilitud a la historia.⁷ No se trata, por tanto, de dar rienda suelta a la imaginación a partir de hechos verídicos y conocidos, sino de recalcar una noticia y regodearse en ella con lujo de detalles. Es aquí donde suele aparecer la fabulación del autor: en reconstruir la escena del crimen y en caracterizar a los personajes. Mientras las víctimas disfrutaban de elegantes epítetos como “inocente”, “cándida” o “querubín”, los asesinos padecen un espectro mucho más rico de apelativos, del tipo de “facineroso”, “aborto del infierno”, “cruel chacal”, “bandido sin entrañas”, etcétera. Es común que se haga justicia, pero si la humana resulta impotente, aparecerá la justicia divina:

¡Quiera Dios, hijo malvado, y María Guadalupe,
que Dios te ha de castigar por tu infamia tan malvada

.

Dicen que sólo había andado tres jornadas de camino
cuando Dios lo castigó... (50)

Y si por lo general el crimen llega a juicio —aunque en ocasiones la solución del caso queda inconclusa en el presente de la narración (76)—, en ocasiones la justicia se imparte de modo sospechoso (para nosotros, en modo alguno para el narrador). En el caso del “Corrido de la anciana ahorcada”, se aplica a los asesinos la “ley de fuga”:

y en el camino de Puebla los tres bandidos murieron.
Luego intentaron fugarse pero no lo consiguieron,
pues la escolta estuvo lista y sobre de ellos hizo fuego.

De cualquier manera, tiene poca relevancia que dicha ley de fuga fuera falsa; lo importante es que se había castiga-

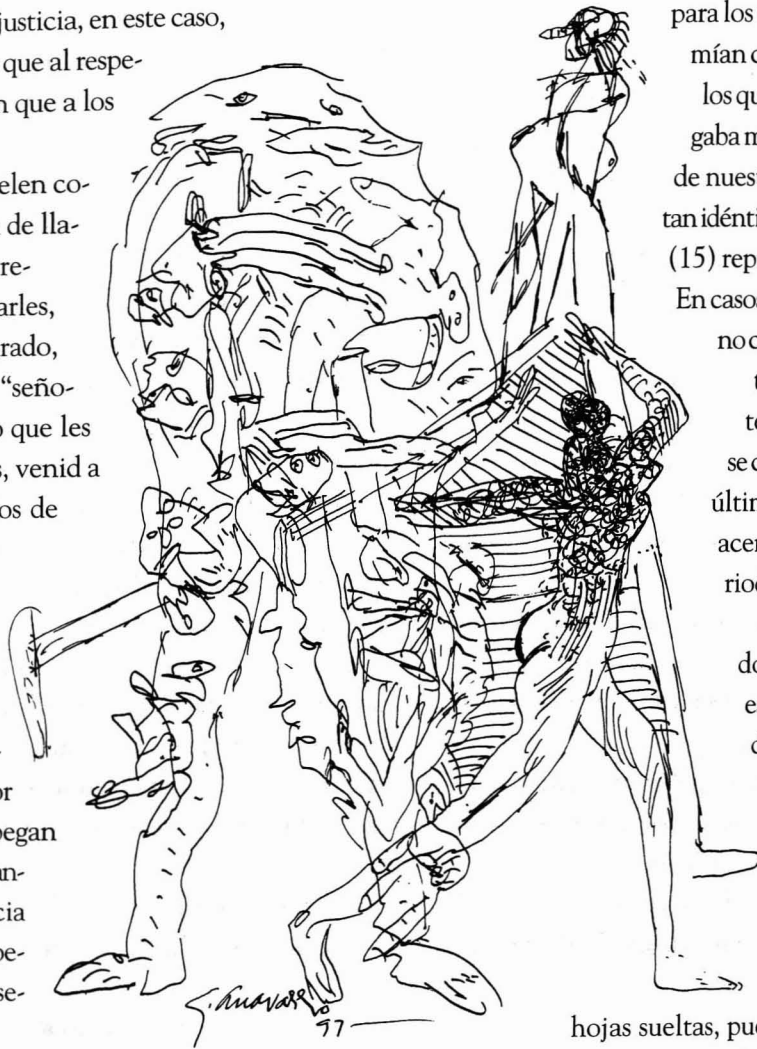
⁷ En ocasiones la necesidad de revelar tales datos parece tan imperiosa, que genera ripios como los siguientes: “Miguel Miranda García, Guillermo León Acevedo / y Óscar Garza Rodríguez son a los que me refiero” (15), o “El señor Camilo Flores y su hijita Lupe Flores, / vivían con su hijo el mayor que se llamaba Juan Flores” (32).

do a los criminales. La justicia, en este caso, se asocia más al castigo que al respeto de la legalidad, al fin que a los medios.

Estos romances suelen comenzar con la fórmula de llamar la atención de los receptores ("voy a contarles, señores", "público honrado, atención a la noticia", "señores, tengan presente lo que les voy a cantar", "señores, venid a oír", etcétera). Pero dos de ellos (7 y 49) tienen comienzos atípicos y uno, el primero, inicia *in media res*: "¿Pues dónde estará don Lauro? decían todos en la Villa."⁸ Las despedidas, por su parte, también se apegan a la tradición ya sea mediante el uso de una sentencia moral, la disculpa del poeta, o la promesa de una segunda parte.⁹

Otro elemento tradicional visible en nuestro corpus es la utilización del número tres o la triplicación de elementos. En el "Corrido del parricida", el asesino "había andado/tres jornadas de camino"; luego nos enteraremos de que su cadáver fue encontrado por "tres arrieros que pasaron". Y en tres romances más (7, 15 y 49) los asesinos son tres personas.

Llaman la atención las xilografías que decoran los romances. Como sabemos, éstas no solían prepararse especialmente



para los textos, sino que ellos se imprimían con aquel grabado que —entre los que poseía el impresor— se apega más a lo narrado. De hecho, dos de nuestros romances (7 y 76) ostentan idénticos grabados, mientras que uno (15) reproduce apenas un fragmento. En casos inusuales, la hoja es ilustrada no con un grabado sino con una fotografía que, presumiblemente, es testimonio fiel de lo que se cuenta (140). Tal vez sea éste el último paso de los romances en su acercamiento a las funciones periodísticas.

Sería absurdo pensar que, dado que estos romances tienen estructuras similares y responden a una estética colectiva, deben ser reproductores de una ideología determinada. Es probable que hubiera elementos ideológicos afines entre la mayoría de los autores de

hojas sueltas, puesto que ellos ocupaban lugares

parecidos en la sociedad. Pero no se puede colegir de ahí una semejanza inexistente. Veamos un ejemplo en que determinada tendencia ideológica (que puede no ser dominante) logra expresarse de manera subrepticia.

"El crimen de Bucareli" es, entre los que estoy abordando, uno de esos romances de comienzo atípico. Según reza en la primera estrofa,

Hay crímenes que se explican por la pasión o los celos,
pero hay otros que horrorizan al descorrerse sus velos.

Y después de que el autor nos ha dejado en ascuas, esperando un incesto memorable, resulta que el móvil del crimen es el robo (como vimos, el más frecuente dentro de este corpus). Por eso resulta curioso un principio tan "provocativo". Es probable que la causa esté en la procedencia de los asesinos, quienes, si bien no ostentan ninguna crueldad fuera de lo común, desafían las creencias del narrador. Vayamos por partes. En la segunda y tercera estrofas se resume el crimen y, lo que es más importante, la citada procedencia de sus ejecutores:

⁸ Para un análisis detallado de los tipos y funciones de las aperturas de los romances (aplicados a un tipo específico de ellos), véase Aurelio González, *Formas y funciones de los principios en el Romancero viejo*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Ixtapalapa, México, 1984. Las introducciones extensas eran usuales y respondían también a una necesidad práctica. El cantor debía ir preparando con ellas el escenario (o mejor, el desarrollo de la trama) mientras se le acercaban los oyentes.

⁹ Para María Cruz García de Enterría, dado que el desarrollo del romance se ocupa de narrar los hechos tal como se supone que ocurrieron, es quizá "en los inicios y en los finales de cada composición donde sus autores quieren hacer gala de algún recurso literario". Creo, sin embargo, que la afirmación debe ser asumida con reservas. Es posible que en los inicios y en los finales el autor sintiera una necesidad consciente de utilizar recursos literarios. Pero suponer que en el resto de las composiciones estos recursos no aparecen, puesto que su función es narrar, me parece un tanto ingenuo.

Tres bandidos sin entrañas fraguaron dar un gran golpe
y escogiendo una botica asesinaron a un hombre
Eran dos *guatemaltecos* y un *perdulario argentino*
que llenos de horribles vicios tramaron un desatino.
(El subrayado es mío)

Sin decir casi nada más al respecto, comenzamos a sospechar que para el poeta lo que hace horroroso este crimen, al “descorrerse sus velos”, no es tanto el crimen mismo sino la nacionalidad de los asesinos. La otra referencia con matiz xenofóbico es cuando se dice que “condenó a todos a muerte el jurado mexicano”. Como se ve, la ideología del poeta se revela más en sus silencios que en lo dicho explícitamente. ¿Qué necesidad tenía, si no, de hacer énfasis en que el jurado era mexicano? No creo que el público tuviera dudas al respecto; no otro que mexicano podía ser un jurado que, en la Ciudad de México, juzgara un crimen cometido en Bucareli. El valor de esa aclaración está en oponer la maldad extranjera a la justicia nacional.

Al final del romance se produce una ambigüedad extraña: luego de que el jurado ha dictado sentencia, se dice que los abogados de los reos la apelaron, pero de inmediato se asegura que pronto será cumplido el fallo de los jueces, o sea, la ejecución de los condenados. Sin embargo, la última estrofa nos vuelve a situar en la duda:

Si llega la última pena para los tres criminales
daremos segunda parte con datos originales.

Es de notar que haya tal ambigüedad en el texto, que al final prevalezca la incertidumbre sobre el destino de los acusados. Quizás se deba a que aun cuando no cabe duda de que el jurado será justo, los criminales son tan intrínsecamente “malos” que de algún modo se las arreglarán para escapar de la condena. En ese caso la historia terminaría aquí; continuarla significaría atentar contra la justicia poética. En caso contrario, es decir, si “llegara la última pena”, todos nos regocijaríamos con la prometida segunda parte. Pero, ¿qué significaría una segunda parte de este romance? Las continuaciones solían justificarse cuando la solución del crimen, el descubrimiento de los culpables, había quedado inconcluso. Era una manera de aprovechar la expectativa existente en torno a un tema (también inconcluso), para utilizarla con fines comerciales. Éste no es precisamente el caso.

Desconozco si existe la probable continuación de “El crimen de Bucareli”; lo que más me interesa, de cualquier

modo, es la condición que se le exige para existir. Sólo la muerte de los culpables desataría la necesidad de escribir sobre ellos. Lo macabro es, por tanto, uno de los estímulos fundamentales de los creadores. Estas especies de crónicas rojas les deben a sus autores tanto como a los asesinos.

El más complejo de los romances es el de “La niña vengadora”. Aquí la estructura está duplicada y la justicia se aplica de forma inusual. Se trata —como reza en el subtítulo casi periodístico del romance— de la muerte del diputado Tejeda Llorca a manos de una joven que clama venganza por el asesinato de su padre (diputado también, y asesinado a su vez por el propio Tejeda). El romance narra, como ya dije, dos historias paralelas, “siendo los protagonistas gentes de la sociedad”. En retrospectiva, se cuenta cómo el 24 de mayo, cerca de Gobernación, el diputado Tejeda asesinó por motivos políticos a su colega Moreno.¹⁰ La familia de éste pidió que se castigara al criminal, pero “la justicia de los hombres a Llorca no persiguió”. La muerte de Moreno, entre tanto, “trastornó” la “memoria” de su hija. Luego de mostrar esos atenuantes legales en defensa de la joven, se le exime de responsabilidades por lo que vendrá:

Ya el destino preparaba el castigo merecido
para F. Tejeda Llorca, de instinto negro y temido.

O sea, la responsabilidad cae a partir de ahora sobre “el destino”, mientras que las deplorables cualidades del diputado justificarán el castigo.¹¹ Una vez aclarado esto, la acción pasa al 10 de julio, día en que, en la colonia Roma, la joven —protegida por el destino— toma venganza. Inmediatamente confiesa su delito a la justicia. Sólo entonces la narración se traslada al presente, y si por un lado “toda la nación admira de esta niña su valor”, por otro el poeta espera que los jueces “obren con legalidad / amparando a esta homicida por su tierna y corta edad”. Sorprende este giro dado por el narrador. Hasta ahora había justificado el crimen cometido

¹⁰ El narrador dice: “El veinticuatro de mayo señores, tendrán presente, / que mató Tejeda Llorca a otro diputado inerte.” Es obvio que una segunda voz se inserta en la narración principal con el fin de acentuar el carácter verídico de la historia y de establecer cierta complicidad con el receptor. En otra ocasión, y también en otros textos, se inmiscuyen —tanto en el nivel de la intriga como del discurso— voces ajenas a la dominante. Era frecuente que este tipo de romances utilizara fórmulas que aludieran a la presencia del público, en cuyo caso se le hacía partícipe de la historia y se le estimulaba a comprar las hojas o pliegos.

¹¹ Hubiera sido interesante saber qué tendencia política representaba cada uno de los diputados; quizá esto fuera pertinente para entender a fondo el romance y la postura del narrador. A falta de esa información, me limitaré a observar lo que dice el texto.

por la joven con base en motivos pasionales, pero al dirigirse a los jueces recurre a argumentos legales como la edad de la "homicida" (a quien, por cierto, llama como tal, pues legalmente ése es su cargo).

En la última estrofa el narrador consigue una identificación discursiva con la joven. Si antes ha pedido que la perdonen, ahora, utilizando una fórmula, rogará que el público lo perdone a él por "lo mal trovado". De ese modo, mediante el paralelismo, se sitúa en un nivel similar al de su protagonista ante los ojos del público. Ambos necesitarán el perdón de los otros. Así, la duplicación estructural —característica sobresaliente de este romance— vuelve a repetirse.

No se debe perder de vista que —como he dicho— el romance vulgar existe en y gracias al mercado. Esto, en no poca medida, influyó en la escasa calidad que en ocasiones posee. Su amplia comercialización estimula la existencia de cantores de todo tipo y la edición de casi cualquier romance. A diferencia de la literatura tradicional y de la culta, ésta se difunde de forma masiva, sin discriminación. Dado que el romance vulgar creó "no sólo un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto", contaba con un

público amplio e incondicional que garantizaba su supervivencia. Esto propició la caída en un círculo vicioso en que los autores e impresores producían romances en serie (con la consecuente degradación de los mismos) para un público voraz. De ahí que en sus últimos tiempos, antes de ser desplazados definitivamente por otros medios de comunicación, la inmensa mayoría de esos romances fueran deplorables. A esa tendencia, por supuesto, tampoco escaparon los romances vulgares mexicanos.

Al acercarme al romance vulgar —y más específicamente al de crímenes— en México, me he limitado a ver algunos de sus rasgos en un corpus arbitrario. Ese mismo corpus o, para ser más preciso, su procedencia marcan algunas de las características fundamentales de los romances. Tomados de una colección de hojas sueltas impresas en la Ciudad de México durante las primeras décadas del siglo, es natural que se vean condicionados por su entorno. Tanto la pujanza de la ciudad como la modernización impuesta por el nuevo siglo marcarán la decadencia absoluta de un género que ya estaba en bancarota. Las hojas volantes vivían estrechamente vinculadas al mercado, pero si hasta entonces habían podido adaptarse a él, ahora sufrían la competencia de nuevas formas no asociadas con la vida comunitaria. Para sobrevivir, el género intenta entonces apropiarse de los recursos que dominaban los nuevos mercados; de ahí que la presencia del periodismo, por ejemplo, se multiplique, y los temas y estilos se trivialicen.

No creo que lo dicho invalide el estudio de estos romances. Por el contrario, ellos permiten observar los últimos estertores de un género que si, por una parte se mantiene apegado a la tradición, por otra se siente presionado a zafarse de ella. Pocos años después —como ya he dicho— el género moriría en casi todas partes, desplazado por otros que ocuparían su sitio. La paulatina degradación que algunos estudiosos veían en la literatura de cordel se consuma con la desaparición del género. Los "sucesos horrorosos", los "crímenes horripilantes" y toda la serie de historias macabras tendrán su segunda oportunidad en la crónica roja y, en el nivel de la ficción, en toda la andanada de ellos que recibimos a través del cine, la televisión, la literatura, etcétera. Encerrados en una paradoja, los romances vulgares debieron renunciar poco a poco al estilo tradicional para asumir las reglas de un mercado depredador y, al hacerlo, se popularizaron a tal punto que terminaron perdiendo su razón de ser ante formas populares de mucha más fuerza. Así, el mismo mercado que durante siglos aupó al género, terminó derrotándolo. ♦



Dos poemas



CARMEN ALARDÍN

Frente a frente

Han apagado las luces del Restaurant,
y continuamos sentados ante la misma mesa.
Tú frente a mí.
Yo frente a ti.
Ha terminado el desfase,
y no sabemos ya quien come más aprisa,
quien devora la vida
o la aprisiona
para cuando el aire sea más escaso.
Ya la charla es exigua.
Nunca sabremos si despedirnos con un beso
o con una palabra.
Creo que ambos son insuficientes.
¿Pero entonces ya no?
¿No despedirnos?
Hablará por nosotros la tiniebla
mientras sigamos frente a frente.

Inversión vital

Eras mi cuerpo.
Desde allí me lanzaste a los espacios
de tu palabra móvil.
Me enseñaste a ser árbol
antes de fruta verde,
y volví a ser semilla
sobre la palma de tu mano.
Me escondí en tus entrañas
mas nunca en tus zapatos.
Me dio a luz tu cabeza
y hoy denuncio a la gente tus ideas,
todos tus pensamientos,
todo lo que te acusa de ser fuerte
lo que te desconcierta de ser débil,
de haber sido
y seguir siendo mi cuerpo.

Líbano: el país de la montaña perfumada



CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

*Incluso a un hombre que lo posee
todo, siempre se le puede ofrecer
un libro antiguo.*

Amin Maalouf

La montaña libanesa

La historia de todos los países está asociada con la del entorno geográfico; Líbano no se puede entender sin considerar su ubicación y conformación montañosa en el Mediterráneo, ese lecho de mar donde se escenificaron los viajes de los fenicios y otros pueblos marítimos como el griego. Sin atreverse demasiado a perder la vista del territorio, bogaron por las costas con el temor de que fuera real la sentencia de lo que habría más allá de las columnas de Hércules, en Gibraltar. Sólo circunstancias excepcionales como las corrientes o los vientos los llevaron por rutas desconocidas.

Pero el Mediterráneo es, según la obra cumbre del historiador Fernand Braudel,¹ ante todo las montañas, visibles desde todas partes:

El Mediterráneo no son, pues, sólo los paisajes de viñedos y olivares, las zonas urbanizadas y las franjas frondosas; es también, pegado a él, ese otro país alto y macizo; ese mundo erguido, erizado de murallones, con sus extrañas viviendas y sus caseríos, con sus "nortes cortados a pico". Nada recuerda aquí el Mediterráneo clásico y risueño en el que florece el naranjo.

Las montañas se elevan cerca de las planicies; por ello sus nieves son eternas, lo que les dio a su paisaje y a su cultura características muy particulares.

Estas nieves perpetuas nos explican la larga historia del "agua de nieve" de la zona del Mediterráneo, que ya Saladino dio a beber a Ricardo Corazón de León ... En la Turquía del siglo XVI, el "agua de nieve" no era siquiera un lujo de los ricos. En Constantinopla y en otros lugares —Trípoli de Siria, por ejemplo—, los viajeros mencionan a vendedores de agua de nieve, trozos de hielo y sorbetes, artículos que se pueden comprar por unas pocas monedas.

Así, los relevos de veloces caballos la llevaban de Siria a Egipto.² Y en Damasco era usual comprar a los vendedores nieves con aroma de rosas o de jazmines, en una práctica que se ha extendido hasta nuestros días. Aun hoy es difícil imaginar la sorpresa de los comensales en la corte de la Sublime Puerta cuando sus banquetes se rociaban con el agua de nieve y su frescura y exóticos sabores embriagaban de dicha a tanto embajador que pudo constatar el poder del imperio del Mediterráneo.

La variedad de la montaña no sólo estriba en esa nieve a reducidas alturas que permite saciar la sed de los acalorados moradores de las tierras bajas en la época de estío. Cuando el embajador De Brèves viajó a conocer los cedros de Líbano el 26 de junio de 1605, se sorprendió de las diferencias que produce la altitud: "Aquí en Líbano viñas y olivos apenas estaban comenzando a florecer y el trigo a amarillear, y en

¹ El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, t. I, FCE, México, 1976, 858 pp.

² Ibid., p. 33.

la costa de Trípoli ya se veían uvas, las olivas estaban gordas, el trigo segado y los demás frutos muy adelantados.”³

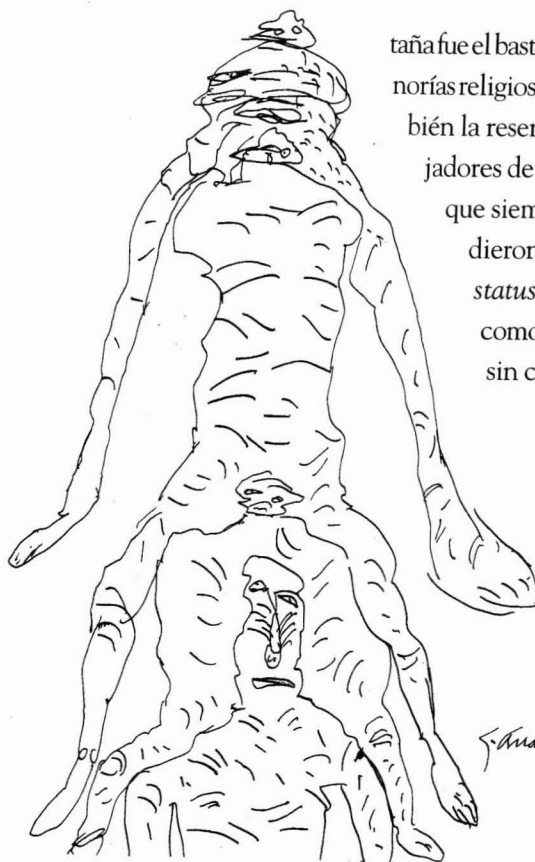
Pero, además de esas tierras pródigas de sol y de lluvias, la montaña y sus lugares más escarpados han sido siempre asilo de la libertad. Hacía notar el barón de Tott en sus *Memorias*:

Siguiendo la costa de Siria, vemos que el despotismo (de los turcos) se extiende sobre toda la costa y se detiene al llegar a la montaña, al topar con las primeras rocas, con el primer desfiladero fácil de defender; entre ellas conservan celosamente su independencia los kurdos, los drusos y los mutualis, los señores del Líbano y del Antilíbano.⁴

Esas montañas fueron estratégicas para los cruzados en su ruta de doscientos años para rescatar el Santo Sepulcro y refugio de los cristianos en un mundo que se islamizaba apresuradamente. La sangre de árabes vertida por los *frany* al tomar Bagdag hizo exclamar al cadí Abu-Saad al-Harawi: “La peor arma del hombre es verter lágrimas cuando las espadas están atizando el fuego de la guerra.”⁵ Los cristianos, sin embargo, fueron encontrando refugio en la región que evocan Damasco —la ciudad viva más antigua mencionada por la Biblia—, Beirut —donde Roma estableció una de sus más reconocidas universidades— y Alepo —a tres jornadas de Antioquía y, por lo tanto, de Constantinopla. Allí, entre las barrancas y murallas escarpadas, encontraron asilo los grupos religiosos que se iban formando, como los maronitas, los jacobitas, los malakitas y los drusos. Pero la sobrevivencia no alcanzó a todos porque los maniqueístas no tuvieron ninguna oportunidad ante el avance de la Roma cristiana, después de Constantino. Por todo eso, hasta ahora es difícil hablar, según Amin Maalouf, de fronteras entre las adhesiones religiosas y las nacionales. Es curioso que, después de las cruzadas, el círculo cristiano formado por Beirut, Akaba y Damasco se diluyera.

La vida en la montaña fue posible pero no fácil, pues los productos de sus tierras fertilizadas por el sol y la permanente humedad no alcanzaban para el ritmo del crecimiento poblacional. Un dicho muy antiguo asegura por eso que los montañeses siempre buscaban descender, nunca subir. Y es que el empobrecimiento iba aparejado con los trabajos más rudos de los campesinos o *fellahs*. De hecho la mon-

taña fue el bastión de las minorías religiosas, pero también la reserva de trabajadores de los señores que siempre pretendieron alcanzar el *status* de feudos, como en Europa, sin conseguirlo.



Cuatro siglos de dominación

Durante más de cuatro centurias, Líbano, el país de los cedros de Dios, vivió bajo el dominio del Imperio Otomano, llamado de la Sublime Puerta o Gran Puerta en su traducción literal del árabe, metáfora equívoca que indicaba la entrada pero nunca la salida.

Desde 1516 los libaneses formaron parte de un imperio que marcó el destino del Medio Oriente, hasta que su decadencia se inició hacia finales del siglo XVIII hasta precipitarse en una profunda crisis económica en los comienzos del XIX, cuando ya no pudo resistir las guerras intestinas entre los señores feudales y los jenízaros de la guardia imperial, la presión de los pueblos sojuzgados, el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas y los intereses de las nuevas potencias imperiales nacientes.

En ese amplio periodo varios gobernantes pasaron por Líbano, unos más conocidos que otros; los hubo magníficos, dignos, incompetentes, sanguinarios y honestos cuando ya la historia de Nur al-Din y Saladino se había convertido en leyenda. Tres grandes divisiones o bajalías organizaron el territorio: Damasco, que incluyó a Siria, Balbek y Líbano desde el Río del Perro hasta la frontera con Palestina. Trípoli, el más antiguo puerto fenicio, con parte de Siria y las tierras liba-

³ *Ibid.*, p. 76.

⁴ *Ibid.*, p. 48.

⁵ Amin Maalouf, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Alianza, Madrid, 1983, p. 16.

nesas entre el Río del Perro hasta Nahr el Kebir. Y finalmente Alepo.

Los *pachás* se sucedían a velocidad de vértigo. En un siglo y cuarto 133 pachás desfilaron por los gobiernos de Siria. En sólo dos años fueron sustituidos y nombrados hasta 35 pachás. Un cónsul veneciano establecido en Alepo vio pasar por el gobierno, en tres años, nueve gobernadores.⁶

La tiranía y el desgobierno fueron una constante en la vida de los libaneses. Durante los siglos XVI y XVII los emires Maanidas controlaban el Chuf y los Chehab el Waditaim. Las cargas impositivas resultaron agobiantes por la presión de conquistadores y aliados tan poderosos. Entonces se podía considerar a la

... nación dividida en dos clases: el pueblo y los *chaiks* [como se designaba a los más notables], ... aquellos a quienes la antigüedad de sus familias y la holgura de sus fortunas les atribuyeron un estado más distinguido que el de la multitud. Todos vivían diseminados en las montañas, por los pueblos, por aldeas, incluso por casas aisladas, lo cual no ocurría en la llanura. La nación entera es agrícola y cada quien labora con sus propias manos el pequeño dominio que posee o tiene en arriendo. Los mismos chaiks viven de esa manera, y apenas si se distinguen del pueblo por su mala pelliza, un caballo y algunas ligeras ventajas en la comida y en la habitación.⁷

Durante el periodo de Fakhredin, hacia el final del siglo XVI, hubo arreglos que conciliaron a los drusos con los maronitas. Pero al morir aquél la montaña fue confiada a sus descendientes, que con trabajos pudieron mantener una precaria autoridad vigilados por la Sublime Puerta. Las autoridades siguientes fueron inestables, salvo algunas excepciones, como la de Bechir I, aliado de los pachás de Saida y Trípoli, o como Melham, quien logró reducir en dos tercios el tributo que pagaba Líbano y casi unificar la montaña al mantener los acuerdos entre drusos y maronitas.

Ya en el siglo XIX, los países de la Europa Occidental comenzaron a hablar del Imperio Otomano como "el hombre enfermo" cuando se cruzaban los mensajes diplomáticos. Turquía se enfrentó a Rusia entre 1828 y 1829, luego de lo cual debió ceder parte de su territorio. Esto provocó mayores exigencias impositivas a los súbditos y el problema se

agravó cuando Egipto se posesionó de Líbano en 1831. Fueron los tiempos de Bachir II, hombre clave en las negociaciones con Turquía y en el despertar nacionalista.

Entonces Líbano, el emirato (o principado), adquirió jurisdicción sobre los distritos cristianos, musulmanes y mixtos. "En aquel tiempo, el cielo estaba tan bajo que ningún hombre osaba erguirse cuan alto era. Sin embargo, existía la vida, existían los deseos y las fiestas, y aunque nunca se esperara lo mejor en este mundo, se esperaba cada día escapar de lo peor." Estaba, como dice Amin Maalouf, el señor feudal y

por encima de él y de la gente de su misma condición estaba el emir de la montaña, y por encima del emir, los pachás



de las provincias, los de Trípoli, de Damasco, de Sidón o de Acre. Y aún más alto, mucho más alto, cerca del Cielo estaba el sultán de Estambul.⁸

Tras todos los arreglos políticos internos se encontraban las posiciones de las potencias occidentales interesadas en los territorios ocupados por la Sublime Puerta. Las cargas fiscales eran un fuerte peso para Líbano, de tal forma que las potencias obligaron a los otomanos a abolir el régimen fiscal sobre aquél, en una medida que también benefició a Siria y a Egipto.

⁶ Alfonso Negib Aued, *Historia del Líbano*, Emir, México, 1945, p. 147.

⁷ *Ibid.*, p. 162.

⁸ *La roca de Tanios*, Alianza Cuatro, España, 1993.

Durante los primeros años de dominio de los egipcios en Líbano, se confiscaron los bienes de numerosos drusos para entregarlos a los maronitas, disposición que provocó el desplazamiento de los primeros hacia el sur, después de siglos de vivir en el norte. Los cristianos, hasta entonces en situación de una minoría oprimida, lograron mejorar su situación y los maronitas, en particular, consolidaron su estructura religiosa de tradición milenaria. Entonces, las cosas sucedían más o menos así: "... cuando las tropas egipcias llegaron a las inmediaciones de nuestra región, su general en jefe envió un mensajero ante el emir para pedirle que se uniera a él". Éste juzgó imprudente tomar partido, por lo que recibió un segundo mensaje: "O vienes a unirme a mí con tus tropas, o seré yo quien vaya hacia ti, arrasaré tu palacio y plantaré higueras en su emplazamiento."⁹

Sin embargo, en 1839 los turcos intentaron recuperar su influencia en Líbano. Francia y Gran Bretaña reclamaron al sultán Salim Pachá que hubiera proporcionado municiones a los drusos y nombrado a Alí Pachá gobernador turco de Monte Líbano. Sir Richard Wood se dirigió al sultán:

Es necesario que Su Excelencia se dé cuenta de que los montañeses no permitirán jamás que el Líbano sea gobernado por un pachá turco, ya que esto se halla en pugna con sus antiguas prerrogativas reconocidas por la Sublime Puerta no tan sólo en ocasiones anteriores sino en los últimos tiempos. Es, por tanto, indudable que los libaneses se opondrán a que Alí Pachá tome posesión de su cargo; y por consiguiente si le hacen la guerra y le obligan a abandonar la montaña será un gran golpe para el prestigio de la Sublime Puerta.¹⁰

El involucramiento de las potencias era notable para contener el agravamiento de la situación. En otro memorándum, del 30 de octubre de 1841, Wood decía a Nagib Pachá:

... Considero que el desarme impuesto en Hasbaya, Rachaya y Zahle, en el Líbano y en el Antilíbano, es una flagrante violación a su libertad y autonomía, en contradicción manifiesta con las claras promesas que se les habían formulado en nombre de Su Majestad Imperial.

El desarme de los sirios puede ser una medida loable, pero advertimos que esa decisión se circunscribió al Líbano y al Antilíbano mientras se permitía armarse a los demás súbditos del Imperio.¹¹

Las potencias continuaban interviniendo de manera directa para hacer cumplir al sultanato la promesa de autonomía para Líbano. Bachir Kasem Chehab III, sin embargo, fue obligado a renunciar por Estambul para imponer a Omar Pachá, quien apenas duró ocho meses. Las advertencias de los diplomáticos extranjeros habían sido contundentes, pues se hallaban preocupados por una posible rebelión de los montañeses. Y, en efecto, hubo estallidos de rebeldía entre los cuales destacaron los del Chouf y el de Kesruan, atribuido a los señores de Dahdáh.

Los cristianos libaneses cuya posición, pese a todo, había mejorado no aceptaban poner en riesgo lo conseguido hasta entonces y exigieron que se pusiera en práctica el *Hatti-Chérif*, un código de medidas liberales destinadas a salvaguardar las garantías de los súbditos del imperio, las nuevas formas administrativas y la igualdad política que se habían proclamado en 1839.

Se llegó así, en 1842, a crear un doble caimacanato para Líbano que duró hasta 1860. El Líbano geográfico se dividió en dos territorios para deslindar las dos confesiones religiosas en conflicto: los cristianos permanecerían en el norte y los drusos en el sur, como si no hubiese comunidades mixtas en ambas partes. La frontera fue el camino de Beirut a Damasco que atravesaba el Monte Líbano. Cada uno tendría a su cargo la administración de justicia y la recaudación de impuestos. Pero esa aparente autonomía tenía la limitación de que a las dos autoridades más importantes las nombrarían los turcos. La división no mejoró las condiciones de los campesinos agobiados por los impuestos y las revueltas continuaron.

Es importante hacer notar que para entonces Líbano tenía apenas 490 000 habitantes, 60% de los cuales eran cristianos; la comunidad maronita era la más numerosa, con 200 000 fieles, mientras los drusos eran apenas 44 000 y la población musulmana de casi 176 000.

Cuando el sultán proclamó el 18 de febrero de 1856 el *Hatti-Hamayaum*, una constitución más radical que la anterior (*Hatti-Chérif*, ya mencionada), la cual abolía todas las diferencias entre cristianos y musulmanes, e incluso se piensa que favorecía más a los primeros al exentarlos del pago del *Kharadj*, surgió el último factor que ocasionaría el enfrentamiento de drusos y maronitas en 1860. Tanous Chaine y su ejército popular, dirigido por Joseph Karam, lograron tomar algunas posiciones y amenazaron con extender su movimiento del norte hacia el sur. El 15 de agosto de 1859, un comando de drusos había atacado ya a los cristianos de Beit Mery. Los dos grupos tuvieron antagonismos constantes.

⁹ *Ibid.*, p. 94.

¹⁰ Alfonso Negib Aued, *op. cit.*, p. 193.

¹¹ *Ibid.*, p. 192.

En abril del año siguiente fueron asesinados varios maronitas en el caimacanato sur. El 28 de mayo de 1860 los turcos asaltaron la ciudad de Hadeth, en anuncio de una ofensiva drusa lanzada contra las aldeas maronitas. Las masacres se generalizaron—se dice que entonces de sólo cinco poblados salieron más de cinco mil emigrantes—. Los horrores cometidos fueron atroces y, pese a que los combatientes fueron azuzados por Turquía, ésta pidió a los cristianos que entregaran las armas. La Bekaa del sur fue descristianizada y los maronitas de la Bekaa del norte huyeron hacia Becharre.

La situación de nuevo se tornó tan dramática que el cónsul de España, Antonio Bernal O'Reilly, escribía:

Tan pronto como llegaron a conocimiento de la Europa las sangrientas escenas que enlutaron el Líbano, la Francia fue la primera que tomó la iniciativa para ponerles coto y aplicar a los drusos un correctivo severo. El 5 de julio, Mr. Thouvenel, al enviar copia de los despachos que había recibido de Beirut y Damasco al marqués de Chateaurenard, representante del emperador Napoleón en Londres, para que los pusiera en conocimiento del principal secretario de Estado de S.M. Británica, le manifestaba, que en vista del fanatismo suscitado hasta el grado más alto por el triunfo y la impotencia de las autoridades otomanas, temía que análogos desastres se produjesen en Damasco, Alepo y en todos los pueblos del Asia Menor, en donde los cristianos se hallaban en minoría.¹²

Era obvio, como puede apreciarse, que todas las potencias tenían las manos y sus intereses coloniales puestos en los territorios alterados por disputas de años. El sultán envió entonces al visir Mehemet-Fuad-Bajá con plenos poderes civiles y militares. Es interesante la manera como se expresaba el sultán sobre el conflicto al extender ese nombramiento:

Tú, mi visir, lleno de inteligencia y celo, tú no ignoras que he sabido con el mayor sentimiento las nuevas de la guerra que acaba de estallar con motivo de recientes discordias entre los maronitas y los drusos que habitan en el Monte Líbano. Inútil es decir que el reposo y la seguridad de toda clase de mis súbditos, iguales ante mi clemencia Imperial, es mi más ardiente anhelo. Deseo y tengo en mucho que ningún pueblo pueda oprimir a otros en manera alguna; y en este concepto, los actos de opresión y violencia que han tenido lugar en el Líbano, siendo opuestos bajo todos puntos a mi

voluntad equitativa, se ha hecho necesario escoger una persona hábil e inteligente con experiencia y celo, provista de plenos poderes ...

Su mandato era claro: "En cuanto a los que han osado derramar la sangre humana, tú te consagrarás, después de averiguarlo, a castigarlos en el momento ..." ¹³

El asunto era complicado porque, mientras tanto, cuando la ciudad cristiana de Zahlé fue sitiada, sus habitantes esperaban la llegada del ejército de Tanous Chaine con Joseph Karam como comandante, pero resultó que el cónsul francés había prometido al último el cese de las hostilidades de parte de los turcos, por lo que la defensa se relajó, la ciudad fue invadida y se cometieron en ella numerosos crímenes. Las tropas de Karam, no obstante, continuaron movilizadas hasta 1867, cuando su líder fue desterrado y llevado a Francia a bordo de un barco francés de guerra que el mismo Napoleón III destinó para ese propósito.

A consecuencia de esa guerra civil, las potencias europeas intervinieron directamente, otra vez, en Líbano, y Francia ocupó directamente el caimacanato del norte. Después de discutir su estatus, se acordó la "autonomía" del norte, aunque dependiente de Turquía, que se reservaba el derecho de vigilarlo. El 1 de junio de 1861 se llegó a un convenio respecto al "Reglamento Orgánico", a partir de una propuesta francesa.

El Moutassarifah

Ésta sería la reforma administrativa más importante después de veinte años de enfrentamientos entre drusos y maronitas en el interior y en el exterior de la presión, y en ocasiones de intrigas de las potencias firmantes del protocolo: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Prusia, Austria y más tarde Italia, para vigilar a Estambul sobre la nueva administración en Líbano.

Monte Líbano se dividió en siete distritos. Un *mutassarref* cristiano sería nombrado por el sultán, y dicha autoridad concentraría el poder Ejecutivo. Para la Montaña se establecía un Consejo Administrativo formado por doce miembros electos, encargados de repartir los impuestos, así como informar de los ingresos y egresos. En cada aldea habría un juez de paz elegido por el pueblo. Se terminaban las prerrogativas de los feudatarios y se proclamaba que todos eran iguales ante la ley. El tribunal comercial de Beirut conocería los juicios mer-

¹² *Ibid.*, p. 201.

¹³ *Ibid.*, p. 203

cantiles. Se establecía un cuerpo de gendarmes para garantizar el orden, aunque limitado a siete de ellos por cada mil habitantes, si bien el mutassarref podía pedir fuerzas a Siria, previa consulta con el Consejo Administrativo; sin embargo, tan pronto se comprobara que su presencia fuera innecesaria, debían abandonar Líbano. Además, los tribunales eclesiásticos se separaban de los civiles.

Lo que no se decía es que el territorio quedaba reducido a solamente 5 740 km² (de los más de diez mil que había alcanzado). Daud Pachá fue el primer gobernante (*mouchir*) del Moutassarifah, que tendría como capital Der el Kamar. El mutassarref, o gobernador, sería auxiliado por *medjlis-idara*, o Consejo Administrativo formado por representantes de las diferentes religiones: cinco maronitas, tres drusos, dos griegos ortodoxos, un griego católico, un sunita y un metuali. También los auxiliaría un *vekils*, o consejo, formado por representantes comunitarios.

Alguien dijo que el Pequeño Líbano, como también se conoció al Moutassarifah, era como una roca encajada entre Siria y el mar, sin terrenos aptos para la agricultura, fuente de trabajo de un pueblo entonces compuesto sobre todo por campesinos. Entre sus principales productos se encontraban la seda —que generaba la mayor riqueza derivada de la exportación—, la uva, cereales y tabaco. Para los ingresos aduanales conservaba solamente el puerto de Beirut, y en su reducido territorio no se incluían ni Trípoli ni Saida ni Tiro.

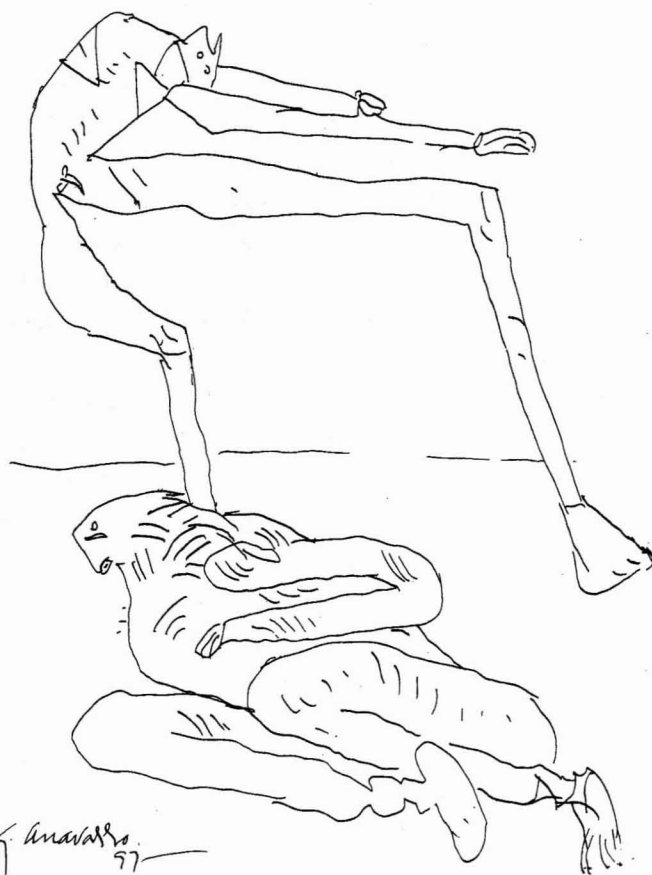
No obstante, el florecimiento cultural fue importante cuando los maronitas reiniciaron su acercamiento con las culturas europeas y con las lenguas occidentales, pues escuelas y universidades abrieron sus puertas. Misioneros de otras religiones también llegaron al Pequeño Líbano. Por esa época, en la montaña, el 6 de diciembre de 1883 nació el poeta Gibrán Jalil Gibrán para recordar mediante sus escritos los horrores de los que sin duda escuchó hablar: “Para cada dragón hay un San Jorge.”

Algo muy importante de esa etapa fue que el norte quedó convertido en un territorio fundamentalmente cristiano, de donde ya había salido la mayor emigración cuando las tensiones llegaron a su punto más crítico. Primero partieron hacia países cercanos como Egipto, en el Mediterráneo Occidental y en Asia Menor. Luego se atrevieron a ir más lejos hasta cruzar el mar.

La región de Zahlé, compuesta sólo de 3 000 habitantes en 1861, expulsó a la mitad de ellos únicamente en ocho años; Yessin, que contaba con 5 983 habitantes, evacuó más de 2 000; de Kesrouam, donde había 15 000 pobladores, fue

abandonado por más de 10 000, y de Batrum, cuya población era de 16 000, salieron expulsados más de 6 000.

Quizás lo más sobresaliente del Moutassarifah fue el renacimiento cultural registrado en las universidades de San José y la Americana de Beirut, constituidas en los centros progresistas de mayor rango en Medio Oriente. Quizás sus enseñanzas nutrieron a las nuevas generaciones que seguían de cerca el movimiento de los “jóvenes turcos” en Macedonia y se unificaron contra el imperio. Por primera vez cristianos y musulmanes, drusos y maronitas, judíos y ortodoxos se unieron en Líbano con propósitos libertarios en julio de 1908.



El fin de una era

Ya en 1912, en medio del descontento general, los nacionalistas decidieron protestar mediante los comités formados con antelación. Al año siguiente, el Congreso Árabe reunido en París declaró que respetaría la autonomía de Líbano y reconoció su personalidad nacional. En 1914, al iniciarse la primera Guerra Mundial, los turcos, aliados con los alemanes, pusieron fin al régimen del Pequeño Líbano. En 1915 Turquía lo invadió militarmente y anunció el fin de la autonomía del Mutassarifah.

“La represión se abatió sobre los patriotas libaneses cristianos por sus aspiraciones a la independencia y por su colaboración con Francia.” Sólo los de esta fracción aspiraban a independizar el país; otros, políticamente cercanos al régimen de Moutassarifah, ambicionaban apenas la descentralización política en el interior del Imperio Otomano.¹⁴

“Los habitantes del Monte Líbano fueron sometidos a una hambruna organizada y a otras múltiples humillaciones y malos tratos. Los otomanos deseaban eliminar al pueblo cristiano del Líbano ...”¹⁵

Durante la primera Guerra Mundial, la Cruz Roja Internacional estimó que, entre el hambre, el tifus y la represión desatada contra los nacionalistas, hubo más de 280 000 víctimas, de las cuales casi 200 000 fueron asesinadas por el aparato punitivo de los turcos en medio del bloqueo impuesto a Monte Líbano. Asimismo, varios miles de libaneses, el mayor número hasta entonces conocido, emigraron para no volver jamás.

En 1916, ingleses, franceses y rusos firmaron un pacto en el que se reservaba una zona de influencia a cada potencia entre los despojos del Imperio Otomano. Así, mediante el acuerdo conocido como de Sykes-Picot, se otorgó a Francia la opción sobre el Gran Líbano para establecer un mandato en su favor. En 1917, los rusos, en plena revolución soviética, se retiraron y los británicos los sustituyeron para “proteger” a los griegos ortodoxos del Cercano Oriente.

Por otra parte, la declaración de Balfour, aprobada el 2 de noviembre de 1917, prometió a los judíos la región de Palestina. Esto inquietó a los franceses, quienes estaban dispuestos a confirmar el acuerdo Sykes-Picot en la primera oportunidad que se les presentase. Líbano, en medio de la competencia de la que era objeto, permanecía ocupado militarmente y sólo los comités nacionalistas del exterior, integrados por emigrantes, desplegaban una fuerte actividad con el fin de establecer la unificación territorial de Líbano y su total independencia.

Al finalizar la primera Guerra Mundial, el litoral de Líbano estaba ocupado por los franceses, el interior por los ingleses y la región montañosa se encontraba en poder de los nacionalistas. El término de la primera conflagración mundial “... marcó una nueva etapa en la historia política del país: entre 1918 y 1920 estuvo bajo un régimen de ocupación militar y después pasó a ser un protectorado francés”.¹⁶

Después de un fuerte regateo diplomático entre Francia e Inglaterra, se firmaron los tratados de Sevres, por medio de los cuales los turcos renunciaban para siempre a sus derechos sobre Siria y Líbano, que quedaron supeditados al mandato francés. Palestina quedó bajo la supervisión de los ingleses. En 1920, cuando se creó el Gran Líbano, se agregaron a la montaña cristiana cuatro territorios periféricos de poblaciones árabes musulmanas; ello hizo exclamar a Walid Phares que “... no era más que una suma geográfica de dos entidades humanas diferentes, distintas e incluso opuestas de mucho tiempo atrás”, y a preguntarse después:

¿Por qué el Gran Líbano? ¿En interés de quién se edificó ese Estado binacional compuesto por un pueblo cristiano arameo y por poblaciones musulmanas árabes? ¿Quién eligió esa forma y por qué fue impuesta al Líbano esta ecuación humana y, en consecuencia, al pueblo cristiano del Líbano agobiado por trece siglos de luchas?¹⁷

Amin Maalouf resume en *Las escalas de Levante*,¹⁸ su novela más reciente, las etapas de esa gran historia como se ha enseñado a los niños libaneses:

... primero, la gloriosa antigüedad, desde las ciudades fenicias hasta las conquistas de Alejandro; luego los romanos, los bizantinos, los árabes, las cruzadas, los mamelucos; después, los cuatro siglos de dominio otomano; por último, las dos guerras mundiales, el mandato francés, la independencia ...

esta última alcanzada hasta el 22 de noviembre de 1943. Habría que añadir los conflictos de 1946, el significado de la creación del Estado de Israel en 1948, la intervención de los Estados Unidos en 1958 y finalmente la guerra civil que asoló al país por una década a partir de 1975 y cuyas huellas aún no se borran, episodios que no lograron desembocar en la creación de un Estado nacional en el sentido moderno.

Los últimos cincuenta años de Líbano fueron de intensa lucha por la sobrevivencia de un pueblo, acaso de una nación, en cuya construcción el destino ha puesto todas las trabas; pese a todo, queda el espíritu y la identidad, o más bien las identidades, que varios pasajes adversos a lo largo de muchos siglos no lograron destruir. ♦

¹⁴ Walid Phares, *Trece siglos de lucha del pueblo cristiano libanés*, Centro de Difusión Cultural de la Misión Libanesa de México, México, 1983.

¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

¹⁶ Carmen Mercedes Páez Oropeza, *Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico*, INAH (Colección Científica), México, 1984, p. 75.

¹⁷ *Ibid.*, p. 64.

¹⁸ Alianza Cuatro, Madrid, 1996.

El libro como *imago mundi*

(Una lectura del *Libro de los gatos*)

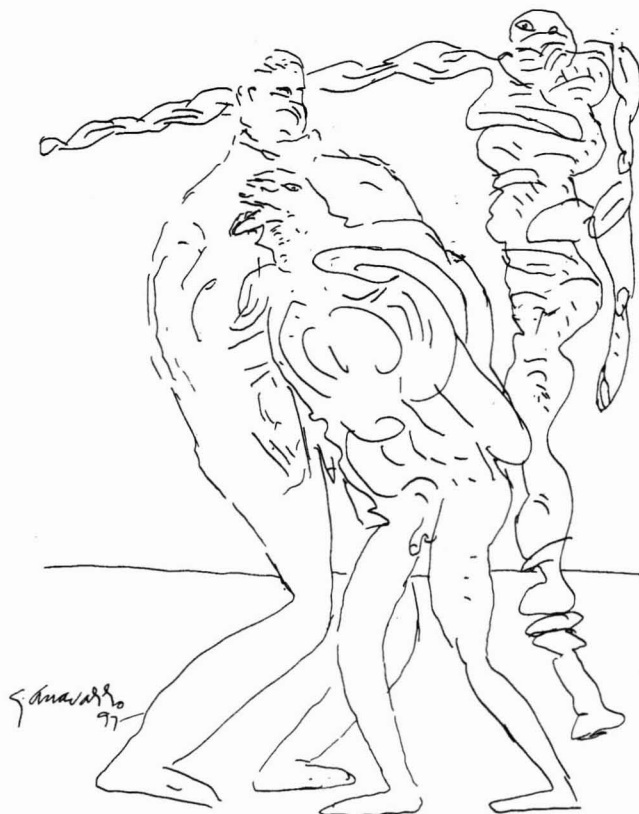
CARMEN ELENA ARMIJO CANTO

El desarrollo de la teoría y la crítica literarias a lo largo del siglo xx ha dado por resultado una nueva visión de la literatura, que no sólo permite comprender mejor las grandes obras de nuestra centuria, sino que además arroja una nueva luz sobre las obras del pasado.

Si en un principio la teoría y la crítica literarias se fundaron, para apreciar e interpretar la literatura, en las teorías estéticas e históricas, ya desde el mismo siglo xix incorporaron gradualmente visiones propias de otros campos de estudio. Esta multiplicidad de enfoques que en el siglo xx van del psicoanálisis a la hermenéutica filosófica, y pasan por la lingüística y un sinnúmero de ciencias sociales, entre las que destacan la antropología y la historia de las mentalidades, así como la renovación de los estudios filológicos, permite valorar la producción literaria de nuestro siglo así como la del pasado con nuevas perspectivas que revelan, por un lado, que nuestros juicios son insuficientes y que la lectura de las obras llamadas clásicas es parcial respecto a sus propósitos, ya que no se limitan a su solo carácter estético e histórico, y, por otro, la necesidad de releer las obras literarias sin perder de vista que no sólo estamos ante una compleja aventura lingüística comunicativa de índole estética e histórica, sino también frente a un lance intelectual en el que el lector debe asumir los riesgos, las dificultades y los placeres propuestos por los textos literarios.

En otras palabras, los estudios literarios efectuados desde la perspectiva de diferentes campos de estudio previenen al lector de un complejo ritual de la lectura que pone en juego no sólo un desciframiento del mundo a través del lenguaje, sino también la revelación al hombre de una identidad secreta y un mundo oculto del que puede formar parte.

Desde ese punto de vista, la literatura medieval puede aparecer, ante nosotros los lectores de fin de siglo y de fin de milenio, como una aventura intelectual compleja donde puede advertirse que los lectores —que llamamos medievales, aunque ellos no lo sabían, en el sentido histórico desde donde los definimos— llevaban a cabo una *lectura* capaz de implicar dos niveles de recepción: la percepción visual del texto escrito acompañada de la lectura en voz alta —la lectura en silencio se practicaba, pero no era frecuente en la época medieval— y la audición del texto, gracias a la lectura de un



lector encargado de transmitir el contenido a un grupo de oyentes (*lectores*), pero no mediante una reproducción que pudiéramos denominar monótona o mecánica, sino por la vía de una lectura propuesta como *dramatización* del texto y encaminada a lograr una mejor participación en lo que hemos llamado el ritual de la lectura.

En la Edad Media, el lenguaje se asumía no sólo como expresión de una racionalidad (filosóficamente), sino también como vehículo de elementos míticos y mágico-religiosos que permitían una comunicación en el nivel de la tríada sujeto (racional)-realidad material-sujeto (racional) y además en el de un conocimiento de realidades imaginarias, sagradas (metafísicas) o míticas.

Para los hombres medievales, la esfera de la lectura —comprensión de un texto por medio del acto de leer o de escuchar el texto escrito o un texto oral— era mucho más amplia que la del hombre contemporáneo, el cual fragmenta su recepción y comprensión, en tanto la subordina a una racionalidad obligada a dar cuenta de una interpretación orientada a un aspecto particular de la recepción del texto; en tal sentido, cuando volvemos la mirada a la literatura medieval encontramos en ella la posibilidad de entender el fenómeno literario en una dimensión más amplia, a la que tratamos de volver en este fin de siglo.

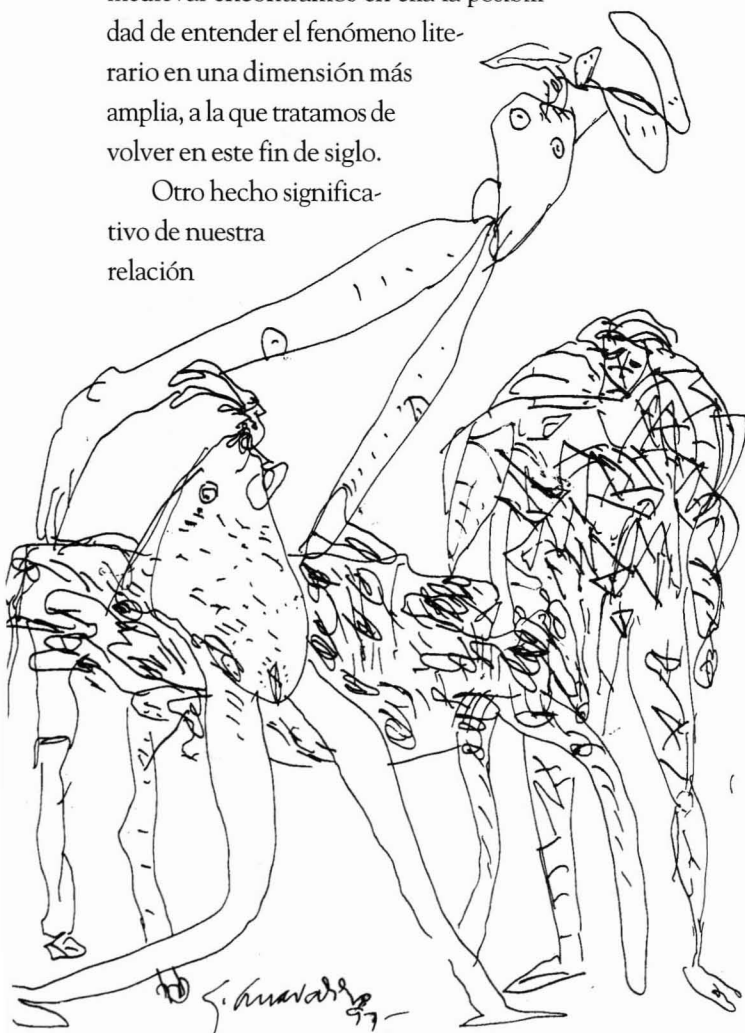
Otro hecho significativo de nuestra relación

con la literatura del pasado y concretamente con la medieval es la selección de ejemplos suyos que se ha efectuado para proponerlos como paradigmas e incluirlos en un repertorio denominado clásico, dentro de la cultura occidental, y concretamente en la llamada literatura medieval española en lengua castellana. Repertorio que ha pasado a las historias de la literatura y que ha significado una forma de lectura y una determinada interpretación, dentro de las coordenadas histórico-sociales donde se producen estos textos guías, respecto al corpus textual aceptado por un grupo social como literatura.

En las historias literarias encontramos dos tipos de textos: los propiamente incorporados dentro de la categoría de clásicos, cuya sola inclusión en ese corpus exime de su lectura, pues para buena parte de la sociedad sólo es necesario estar enterado de la existencia del libro denominado clásico como parte de un saber cultural; el otro tipo de escritos lo forman aquellos que, sin entrar en el grupo de las grandes obras clásicas, son como satélites que giran en torno a ellas, ya sea porque su contenido depende del suyo o porque han contribuido a su surgimiento y, por tanto, sólo tienen un interés histórico o de otro tipo (social, antropológico, etcétera), que únicamente deben atender los especialistas, por lo que la lectura de tales creaciones se reduce a dicho círculo y los trabajos al respecto tienen un carácter académico de interés mínimo para ese grupo de lectores.

Sin embargo, estas obras, que con frecuencia reciben el calificativo de menores, resultan de un gran interés cuando se las sustrae de la órbita académica y se hacen llegar a un mayor número de lectores, pues se advierte que, pese a no ser clásicas, suministran claves para entender la esfera de las letras de una época. Así, revisten gran utilidad, pues si se las compara con otras esferas literarias como, por ejemplo, la actual, revelan aspectos que, analogías mediante, permiten entender nuestra visión de la literatura.

Para ilustrar lo anterior tomemos como muestra una obra (texto) que al producirse fue sumamente significativa para la sociedad de su tiempo, pues se consideró valiosa —no sólo por sus aspectos ideológicos (religiosos, estéticos, políticos, etcétera), sino también lingüísticos— como *libro*, en el sentido medieval de *imago mundi* (imagen del mundo), con todas las resonancias que tal metáfora sugiere. Es decir, *libro* en la Edad Media no sólo posee el sentido etimológico de la palabra (conjunto de textos), ni tampoco se limita a la significación moderna de un objeto (conjunto de hojas encuadernadas y empastadas, con determinadas características tipográficas); con *libro* se designa un *espejo del mundo*, en el cual la



escritura hace las veces de materia reflejante del mundo en sus múltiples manifestaciones signícas y simbólicas. Por tanto, nombrar a un conjunto de textos como *libro* indicaba a los hombres medievales que se trataba de un discurso revelador del mundo en sus múltiples dimensiones reales y virtuales (simbólicas).

Tal sería el caso de una obra medieval cuyo enigmático título es el de *Libro de los gatos*, recopilado en las colecciones de *exempla* que tanto éxito de audiencia tuvieron en España a lo largo de los siglos XIII y XIV, pues constituyeron el material narrativo a partir del cual se estableció una comunicación literaria tanto para fines políticos como religiosos; en el primer caso, una literatura con carácter didáctico dirigida a los príncipes (futuros gobernantes, reyes) y, en el segundo, como núcleo fundamental de la predicación dirigida tanto a religiosos (seglares) como a laicos.¹ El *Libro de los gatos* contiene *exempla* de animales de variada procedencia (Esopo, la épica de animales de Reynardo el Zorro, bestiarios y cuentos orientales). Esta obra a su vez es una traducción de las *Fabulae* o *Narrationes* del escritor anglo-latino del siglo XIII Odón de Cheriton.

Aunque el único manuscrito de la obra se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 1182)² y hay de ellas



diversas ediciones preparadas por varios estudiosos,³ hasta la más reciente debida a Bernard Darbord,⁴ la lectura del texto en la época moderna no puede compararse con la obra del infante don Juan Manuel, el *Conde Lucanor*, que lleva al máximo el uso de los *exempla* y su recreación con fines didácticos en la Edad Media española.⁵

Como hemos advertido, el *Libro de los gatos* no sólo se usó para ayudar a predicar (ya que formaba parte de las *ars praedicandi*), sino también como *libro* en tanto *imago mundi*, lo cual

¹ A. D. Deyermond, *Historia de la literatura española. La Edad Media*, Ariel, Barcelona, 1971; "The Moralization of the *Libro de los gatos*", en *Actas de la sesión de homenaje a John Esten Keller*, Kentucky Foreign Language Conference, abril de 1988, y "The Sermon and its Uses in Medieval Castilian Literature", en *La Corónica*, VIII (1979-1980), pp. 126-145. G. R. Owst, *Literature and Pulpit in Medieval Pulpit England: a Neglected Chapter in the History of English Letters and of the English People*, Blackwell, Oxford, 1961; T. M. Charland, "Artes praedicandi". *Contribution à l'histoire de la rhétorique au Moyen Âge*, Paris y Ottawa, 1936.

² El único manuscrito de la obra pertenece a la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 1182) y se remonta al siglo XV. Su encuadernación en pergamino, cerrada con cordeles, data del siglo XVIII. El *Libro de los gatos* se encuentra junto con el *Libro de los Exemplos por a b c* de Clemente Sánchez de Vercial, cuya versión más completa se encuentra en la Biblioteca Nacional de París (ms. 432).

El manuscrito 1182 está compuesto de 205 folios (137 mm x 192 mm) y contiene cinco escrituras diferentes: 1 (ff. 1-42), 2 (ff. 43-54), 3 (ff. 55-89r), 4 (ff. 91-170), 5 (ff. 171-205). El *Libro de los gatos* (171-205) está copiado de una sola escritura. Su último *exemplo*, si verdaderamente puede llamarse el último, no está completo; se le da fin en medio de una frase; una página de guardia en blanco, numerada, termina el manuscrito.

La encuadernación tiene en el lomo, con letra bastante moderna, el siguiente título: EXEMPLOS Y FABULAS MORALES. Señalemos además que 89v, 90r (borradas) y 90v están fuera del texto. Tienen una carta y algunas notas. En fin, un error de paginación hace que el folio 150 esté numerado 140 (151 está numerado 141 y así sucesivamente). Entonces el *Libro de los gatos* está numerado 161-195 y no 171-205; como el error se sitúa ahí, se continúa respetando la numeración del manuscrito.

El *Libro de los gatos* no tiene ilustraciones, grandes mayúsculas o iluminaciones, pero tiene reservados algunos espacios en el nivel de las dos primeras líneas de cada capítulo. En fin, algunas manchas (161r, 170v), rasgones (181, 182, 183), incorrecciones o repeticiones hacen a veces que la lectura se vuelva ardua.

³ *Libro de los gatos*: ed. Pascual de Gayangos, en *Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, tomo LI, Madrid, 1860 (Colección Ribadeneyra), pp. 543-560. Ed. George T. Northup, en *Modern Philology*, V, Chicago, 1908, pp. 477-554. Ed. John Esten Keller, Madrid, CSIC (Clásicos Hispánicos, Serie II, 3). Ed. Annie-Noële Peidro, *Mémoire de maîtrise dactylographié*, Universidad de París-XIII, 1979.

⁴ Bernard Darbord (ed.), *Libro de los gatos*, introducción de Daniel Devoto, Librairie Klincksieck, París, 1984 (Séminaire d'Études Médiévales Hispaniques de l'Université de Paris-XIII).

⁵ La lectura de esta obra (*Libro de los gatos*) se ha limitado a un círculo de especialistas en literatura medieval pero, como he señalado, es una clave para entender la esfera del fenómeno de la lectura en la Edad Media y su semejanza con nuestros modos de lectura.

ayuda a entender el sentido del enigmático título:⁶ *gatos* son los creyentes —palabra con un campo semántico muy amplio que implica a los hombres religiosos— y se trata de presentar un espejo que remita a los hombres frente a lo sagrado y su comportamiento, probablemente porque el gato simboliza la relación con el secreto, con el misterio, con el más allá —transmundo—, idea sustentada en el poder de visión del gato: éste ve en la oscuridad, de ahí su asociación con lo secreto. En la Edad Media se lo vincula tanto con el bien como con el mal.

En un mundo como el medieval, donde prevalece el sentido de lo sagrado —incluso el mal depende de ello—, el gato se convierte en el símbolo de la relación del hombre con un universo gobernado por la sacralidad; así, el título en cuestión aludirá al vínculo de los hombres con lo sagrado en todas las esferas. El *Libro (imago mundi)* como símbolo se liga con los *gatos* (hombres relacionados con lo sagrado).

Desde esta perspectiva hermenéutica, podemos acercarnos a un ejemplo: el primero del *Libro*, que es el siguiente:⁷

La tortuga, que vive en el fondo del mar, le rogó al águila que la llevase al cielo, pues deseaba ver los campos y las montañas. El águila le concedió lo que pedía la tortuga y la subió muy alto y le dijo: —¿Ves ahora lo que codiciaste ver, los montes y los valles? Y la tortuga le dijo: —Estoy satisfecha con lo que veo, pero querría estar en mi agujero en la arena. Y le contestó el águila: —Conténtate con haber visto lo que codiciaste. Y la dejó caer de tal manera que fue toda destrozada.

El ejemplo, que reproduce una fábula de Esopo y que gozó de gran popularidad en la Edad Media, tenía originalmente un contexto: el de la religión griega y su función *didáctica*, diríamos doctrinal, pues pretendía enseñar al creyente que nadie puede violentar su destino sin producir

un fatal desenlace por desobedecer los designios de los dioses; sin embargo, en la Edad Media se le adjudicó un nuevo contexto: el de la religión cristiana, para proponer una interpretación más acorde con el sentido de esa doctrina en cuanto al libre albedrío y el providencialismo, ya que considera que un alejamiento del hombre del plan divino dentro del cual tenía libertad era una cuestión diabólica (referida al mal, al pecado). Tal reinterpretación del *ejemplo*, basado en una fábula, se hace explícita cuando, en seguida del ejemplo, tanto para el lector del texto como para el predicador, que lo da a conocer a los oyentes mediante su voz, se declara la orientación hermenéutica del texto:

La tortuga simboliza a algunos hombres que son pobres desgraciados en este mundo o que tal vez tienen bastante según su estado, pero no están satisfechos con ello, y desean subir para ser y tener más, y llegan a pedir al diablo que los cambie de condición de cualquier forma, así que por las buenas o por las malas o con grandes mentiras, por hechizos o por traiciones, o por otras artes malas algunas veces el diablo los cambia de estado y riqueza, pero después cuando se dan cuenta del peligro que ello significa, desean estar en el estado que estaban antes, desde donde pidieron. Entonces el diablo los deja caer en la muerte y después caen en el infierno donde son destrozados si no se arrepienten antes de su muerte, así que suben por la escalera de los pecados y caen en mal lugar contra su voluntad.

Con este ejemplo y su reorientación que podemos llamar *ideológica* (pues implica una nueva propuesta semántica, en la cual los signos al actuar como símbolos son reinterpretados), es posible advertir uno de los principales procesos distintivos del quehacer literario en Occidente: la tradición narrativa de Europa, que se nutre de innumerables fuentes orientales y grecolatinas, constituye una base discursiva a la que en la Edad Media se le da una nueva hermenéutica conforme a la cosmovisión cristiana. A su vez, la modernidad surgida en Europa a partir del siglo xv (el humanismo) recurre a esta tradición narrativa, a la que se ha aunado la tradición judeocristiana (principalmente la Biblia), y la amplía para producir los textos heredados con una nueva carga ideológica.

La comprensión de esta dialéctica ideológica y textual de la literatura occidental, presente hasta nuestros días, se pone de relieve en la narrativa medieval, razón más que suficiente para interesarnos en ella y redescubirla. ♦

⁶ El estudio separado y autónomo de la denominación del *Libro* comienza con: Louis Zelson, "The title *Libro de los Gatos*", en *Romantic Review*, 21, 1930, pp. 237-238. María Rosa Lida de Malkiel, "¿*Libro de los gatos* o *Libro de los cuentos*?", en *Romance Philology*, v, Berkeley, 1951-1952, pp. 46-49. John Esten Keller, "Gatos not *cuantos*", en *Studies in Philology*, 50, Chapel Hill, N. C., 1953, pp. 437-455. George T. Artola "El *Libro de los gatos*: an Orientalist View of Its Title", en *Romance Philology*, ix, Berkeley, 1955-1956, pp. 17-19. W. Mettmann, "Zum titel *El libro de los gatos*", en *Romanische Forschungen*, 73, Colonia, 1961, pp. 391 y 392. J. F. Burke, "More on the Title *El Libro de los gatos*", en *Romance Notes*, ix, 1967, pp. 148-151. M. Solá-Solá, "De nuevo sobre el *Libro de los gatos*", en *Kentucky Romance Quarterly*, xix, 4, 1972, pp. 471-483. María Jesús Lacarra (introd. y notas), *Cuentos de la Edad Media*, Castalia (Otres Nuevos), Madrid, 1989.

⁷ Modernizo el texto a partir de la edición de B. Darbord, pp. 56 y 57.



J. Aravano
97 -

Mujeres en las cárceles: mujeres olvidadas

ELENA URRUTIA

Si bien hay dos modos de impartir justicia, uno reservado para los hombres y otro para las mujeres, pues resulta particularmente más severo el aplicado con éstas cuando de homicidio se trata, para las mujeres que han entrado en el circuito penitenciario la desigualdad y la injusta asimetría no terminan cuando se les ha dictado sentencia, porque continúan a todo lo largo de su confinamiento.

Hablar de mujeres encarceladas equivale a referirse a una triple discriminación: la que deriva de su propia condición femenina, la que les impone su situación de prisioneras y la que es común a todos los grupos pobres y desposeídos del país.

Para conocer cuál era la situación de las mujeres en las cárceles, la licenciada Socorro Díaz Palacios, en ese momento subsecretaria de Protección Civil, Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación, solicitó al Programa Inter-

disciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México una indagación de alcance nacional al respecto. Una de las aspiraciones al investigar es, sin duda, que ello resulte útil para establecer políticas públicas, y en esa ocasión supimos que nuestra expectativa se convertiría en realidad. Es así como Cristina José Yacamán y Elena Azola, secundadas por Josefina Hernández Téllez, realizaron un examen cuyos resultados se pusieron inmediatamente en manos de la licenciada Socorro Díaz y del conocimiento del propio secretario de Gobernación. Dos años después aparecería el libro con la información obtenida, un análisis de los datos, conclusiones y recomendaciones.

Durante 1993 y 1994, se llevó a cabo una exploración fundamentalmente cualitativa capaz de brindar un panorama general, tanto de las características de los hechos delictivos cometidos con mayor frecuencia por las mujeres, como del funcionamiento del sistema de procuración de justicia y de la estructura y la marcha del sistema penitenciario; todo ello, por supuesto, con un enfoque de género.

De los 445 establecimientos penitenciarios del país, 230 contaban con población femenina que representaba cuatro por ciento del total de los presos. Esto es que, en mayo de 1993, había 3 479 mujeres en proceso y sentenciadas. Resultan llamativos para las autoras del ensayo referido los insuficientes datos relativos a ellas registrados en los documentos legales como, por ejemplo, informes regulares sobre si la mujer tiene hijos o no y si éstos dependen o no económicamente de ella cuando, sin embargo, en realidad refieren la religión que la mujer dice profesar o si consume tabaco o no. En cuanto al estado civil, la mayor par-

te de las veces los documentos señalan como "solteras" a mujeres que, de acuerdo con otros escritos o sus declaraciones, vivían en unión libre y tenían hijos, o bien eran madres solteras. A propósito de ocupación, se indica "hogar" o "ama de casa" cuando en verdad se trata de empleadas domésticas. "Nos tienen aquí olvidadas", se oía a menudo al iniciar las entrevistas, y esa frase expresa la condición de las mujeres en el universo aquí tratado.

Por lo que se refiere al delito, 32% de las mujeres eran acusadas de delitos contra la salud, fundamentalmente tráfico de drogas y consumo; 19%, por homicidio; 15%, por robo; 8%, por fraude; 3%, por lesiones; 8%, por robo de infante, y 14%, por otros delitos.

Uno de los rasgos que diferencian al hombre y a la mujer confinados en prisión es la mayor frecuencia con que, paulatinamente, ella es abandonada por sus familiares.

Al ser detenidas y sometidas a interrogatorio, a menudo las mujeres fueron víctimas de una violencia extrema. La mayoría afirmó haber sido forzada a confesar con golpes, violaciones o amenazas dirigidas a sus familias. Después del ultraje sexual, el recurso más socorrido consiste en amenazar con hacerles daño a miembros de las familias de las acusadas.

En relación con el trabajo, por tener las mujeres prisioneras gran necesidad de desempeñar uno remunerado, ya que la mayoría de ellas son madres solteras o el sostén de sus familias, cuando logran incorporarse de manera eventual a alguna ocupación retribuida dentro del presidio, enfrentan condiciones desventajosas como es el pago de nómina en forma irregular, remuneraciones inferiores a las establecidas, inseguridad en el empleo y realización de sus actividades en instalaciones inapropiadas. En el momento de efectuar el estudio, la mayoría (49%) trabajaba solamente en labores de aseo —que en muchas ocasiones no pueden contabilizarse ni remunerarse en términos de jornadas completas—,





mientras algunas se ocupaban de manera temporal en otros empleos, como elaboración de cuellos y moños, actividades culinarias, jardinería, lavandería y confección de gorros y botas desechables para médicos. Otras realizaban labores de costura por su cuenta. Para obtener ingresos, las internas deben efectuar "trabajos extras" como lavar la ropa de otras internas (o internos) y limpiar los baños de los custodios, o bien practicar la prostitución, con la consiguiente explotación de parte de las autoridades.

De acuerdo con los datos del Patronato para la Reincorporación Social, durante el primer trimestre de 1993 se benefició a 247 liberados con empleos, de los cuales sólo dos fueron ocupados por mujeres. Las autoras de la investigación señalan que no puede pretenderse ninguna rehabilitación mediante el trabajo mientras se perpetúe este sistema desventajoso para mujeres que, además, son el sostén de su familia.

Teniendo en cuenta que el nivel educativo de las reclusas es muy bajo en términos generales —muchas de ellas son analfabetas—, la alta deserción escolar femenina dentro del penal revela lo inadecuada que resulta la educación ahí impartida, o bien la exigua gratificación que proporciona a las mujeres por no ser clara la ma-

nera en que la asistencia a clases se tomaría en cuenta para alcanzar beneficios en vías de la liberación.

Respecto a los hijos, si bien el sistema carcelario mexicano se ostenta como uno de los que permiten a los hijos menores de seis años vivir en el presidio con sus madres reclusas —hecho que beneficia a 80% de las prisioneras, que son madres—, resulta mínimo el número de pequeños que efectivamente viven con sus progenitoras, debido más que nada a que la propia institución desalienta tal posibilidad. Las autoras del ensayo aquí comentado apuntan que un programa de rehabilitación que soslaye el vínculo madre-hijo no puede ser efectivo para las internas.

La visita conyugal o íntima, otro de los logros humanitarios del sistema carcelario mexicano, no se aprovecha tampoco en los reclusorios de varones, donde suele reconocerse tal derecho, ni en los de mujeres, donde tiende a limitarse.

Llama la atención, si se considera que 82% de las reclusas son madres, que sólo 17% de ellas recibieran visitas íntimas o conyugales.

Por último, la ley de normas mínimas establece que "por cada dos días de trabajo se hará remisión de uno de prisión, siempre que el recluso observe buena conducta, participe regularmente en las actividades educativas que se organicen en el establecimiento y revele por otros datos efectiva readaptación". Si en la institución no hay fuentes de trabajo

suficientes para que las reclusas laboren —una vez más se las excluye de las actividades productivas—, ¿cómo van a obtener los tan deseados beneficios de la liberación anticipada? Por otra parte, las internas señalan que no se valora la asistencia a la escuela o la participación en otras actividades de rehabilitación.

Durante los últimos tres años un total de 13 062 reos obtuvo beneficios; de ellos, sólo 447 eran mujeres. Resulta así que éstas, aun en términos relativos, recibieron menos ayuda que los varones, no obstante su menor grado de peligrosidad y reincidencia —la mayoría de las prisioneras se hallan en la cárcel por vez primera.

En suma, se ha estudiado tan poco a las mujeres presas hasta ahora, que no se ha reconocido su enorme potencial para reintegrarse a la sociedad y las autoras del estudio comentado consideran que se trata de una población idónea para poner en práctica los programas de penas alternativas a la prisión que, no obstante encontrarse previstos por nuestras leyes, no se han aplicado en el país. ♦

Elena Azaola y Cristina José Yacamán: *Las mujeres olvidadas. Un estudio sobre la situación actual de las cárceles de mujeres en la República Mexicana*, El Colegio de México/Comisión Nacional de Derechos Humanos, México, 1996. 426 pp.



Efraín Bartolomé: rimas ígneas

MANUEL SALAS

I

“Para ser poetas se necesita mucho tiempo: horas y horas de soledad son necesarias para formar algo que es fuerza, abandono, vicio, libertad, para darle forma al caos.” Este texto de Pier Paolo Pasolini es uno de los muchos, admirables, reveladores y siempre intranquilizadores fragmentos que el poeta Efraín Bartolomé ha reunido en esta pequeña gran casa: este *penthouse* de lujo de *Lapoesía*, casa de y para los poetas.

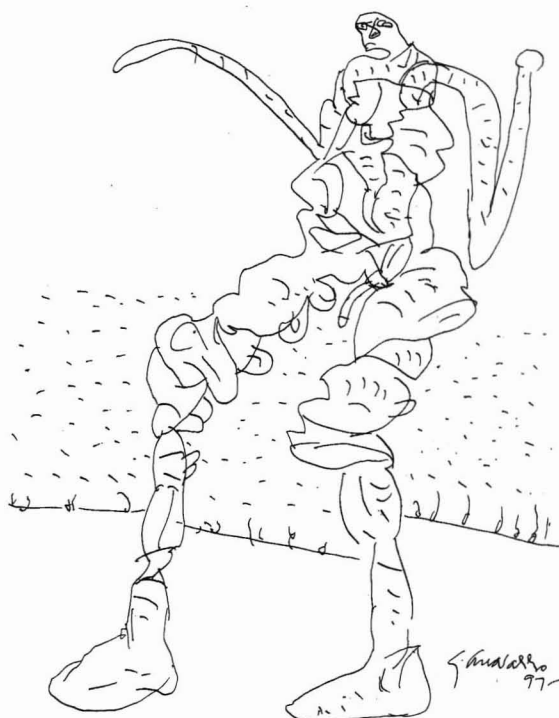
Fragmentos no sólo de poemas sino también de piel, de huesos, corazón, arterias y neuronas de poeta. Trozos de vida que son pedazos de trabajo y de pasión al servicio de la Poesía, al servicio de la Madre de todos los poetas, y al servicio, finalmente, de su segunda camada que somos todos nosotros: los lectores de poesía.

Los poetas hablan en esta mesa familiar, en este banquete en el que los reúne Efraín Bartolomé, acerca del oficio y el maleficio que representa escribir el mundo sobre la piel y leerlo en el pulso de las venas.

Ahí oímos a Cesare Pavese decirse a sí mismo: “La vida se venga —y está bien— si uno le roba el oficio.” Pero no sólo encontramos en este libro a los poetas benditos y malditos: ladrones de fuego, como los llama Rimbaud; también se hallan otros convidados ilustres en esta cena de brasas: filósofos, historiadores e incluso uno que otro crítico adelantado. Pero sólo aquellos que comprenden, aunque no lo sepan de primera mano, lo que sí sabe Nizami, que “bajo la lengua del poeta se esconde la llave del tesoro”. Así lo entiende Montaigne y por eso afirma que la poesía, “la buena, la suprema, la divina, está por encima de las reglas y la razón. No

intenta seducir nuestro juicio; lo rapta y lo destroza”.

Hablar sobre un libro en donde cada oración, cada palabra, es una *rima ígnea* (en el sentido que estas palabras tenían para los latinos: *rimas ígneas*: surcos de fuego, relámpagos) es sumamente difícil. Hablar



con mesura acerca de lo que no tiene medida es sumamente difícil. Por lo menos hablar con la mesura que requiere la etiqueta cultural al uso. Pretender dar luz con tan sólo la materia gris del intelecto, acerca de la materia luminosa que como un continuo y duradero relámpago atraviesa estas páginas es, finalmente, absurdo. Por eso opto mejor por expresar mi regocijo como lector de poesía y mi experiencia personal ante esta selección amorosa, penetrante y paciente que hoy nos ocupa.

Ésta es, pues, la historia de una lectura de ya varios años, comenzada como apren-

diz del oficio en el taller de poesía coordinado por Efraín Bartolomé. Fue en esas sesiones donde, intuyo, tuvo su origen esta antología. Y fue ahí donde se probó la luminosidad que estos fragmentos tienen para esclarecer puntos esenciales y claves del quehacer poético. Los que entonces iniciamos la búsqueda de “la llave del tesoro” conocimos ahí la actitud de los poetas que en verdad dicen algo sobre el oficio y sobre la vida; cómo se comportan ante su material de trabajo: el lenguaje, las palabras, las emociones, los sueños, y sus frutos más sazonados en el poema. Me parece, asimismo, que el destino último de este libro, su razón de ser, se encuentra íntimamente ligado, íntimamente incrustado, sembrado, ceñido, a las sesiones de aprendizaje y trabajo que en ese taller de herrería y alquimia, desnudez y magia, varios de los aquí presentes compartimos y experimentamos.

Muchos de los pasajes ahora contenidos en el libro los escuché en boca de Efraín antes de leerlos en las obras de sus respectivos autores. Esto ocurría tras el comentario y la discusión que suscitaba un texto sometido a la crítica en el taller. Muchas veces oía a Efraín, como punto final, citar de memoria estas sentencias literalmente la pidarias. Esas frases parecían decimos algo o todo sobre el problema específico, sobre la fortuna o la mala fortuna del texto en cuestión. Confieso que no pocas veces (cuando el texto era el mío), lamenté en secreto que poetas como Gottfried Benn, Machado o Blake hubiesen escrito ese pasaje que a mí me dejaba, literalmente, sin palabras; pero también, con la enseñanza y el silencio necesario —como quiere Yannis Ritsos— “en el corazón para el canto”.

“La luz anda descalza en lo que hablamos”, sentencia en este libro el poeta Eduardo Carranza. Y así nos parecía a nosotros, los integrantes del taller, que la Luz, muchas veces, rondaba en nuestra mesa de trabajo.

II

“Desechar de la Poesía todo lo que no sea Inspiración” es el abismo y el “camino del

aire" que propone Blake para el ave y para el hombre. Efraín Bartolomé hace ya varios años que ha hecho suyo ese aire, lo ha transitado y ha experimentado su vértigo, aún sin caída aparente.

En uno de sus viajes a la luna pudo escribir: "Es necesario hablar: dejar caer palabras en su pequeño corazón como si fueran joyas." Y es así como en este libro ha logrado reunir un corazón repleto de ellas: señales de viaje y de identidad, de filiación y de compañía. En una palabra: *comunidad* del poeta con sus poetas y también del poeta con sus lectores. Yo, que lo soy desde sus primeros libros, creo encontrar en este último el taller personal y la forja en la que el poeta ha sometido sus mejores metales, las monedas pulidas con las que paga el poeta su servicio ofrendado a la poesía, a la Diosa. *El oro más pulido*, como promete el título del libro que recientemente lo ha hecho acreedor al Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines.

Y fue al salir de una de las sesiones del taller, cuando Efraín nos invitó a Leonardo Cruz Parceros y a mí a presentar este libro. Durante algún tiempo no cesaba de preguntarme por qué, siendo yo un aprendiz del oficio, se me había confiado hablar de un libro en el cual ya todo está dicho. Sólo más tarde, al leer y releer, al revivir los fragmentos no sólo del libro sino de un proceso y un aprendizaje, pude darme cuenta de que en este pequeño ejemplar Efraín nos daba la medida de la ambición, de la soberbia y de la humildad para portar el alto nombre de poeta.

Es, pues, una lección última y un recuento de experiencia, trabajo y vida de quien expresó en la sesión final que tuvimos con él (espero no falsear sus palabras) que consideraba la impartición de un taller como el gesto de mayor generosidad y desprendimiento en un poeta, ya que ello implicaba poner la intuición y conocimiento adquiridos a lo largo de muchos años, al servicio de los ensayos de los que comienzan a buscar y encontrar una voz que los nombre.

Este libro representa una doble generosidad, pues en él se hallan, a la vez,

las fuentes y la fragua del taller personal, del propio aprendizaje. Mas el libro, y esto creo que es de suma importancia, además de un desarrollo y una poética, constituye también una toma de posición y un acto de fe frente a la poesía y los poetas, nombres ambos desgraciadamente injuriados y calumniados con demasiada frecuencia en la actualidad por ladrones ya no del fuego, sino simples ladrones: ordinarios caracteristas del título de poeta. Título, por lo demás, que en palabras de Valera "sólo por aclamación se alcanza". No desde las oficinas de prensa, ni desde las revistas de moda, de modo y de acomodo. No desde los grupúsculos literarios, las escuelas o la Academia, donde los retóricos que ha visto

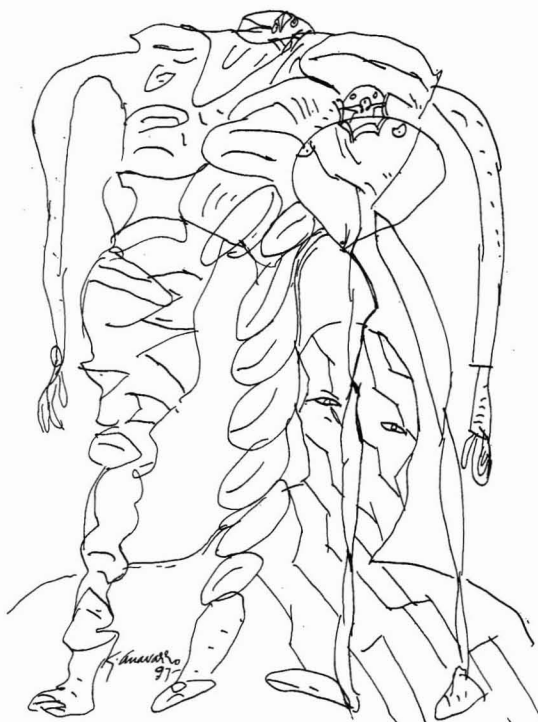
nazca de la combustión toda de mis huesos", Efraín Bartolomé no se amilana frente al circo y sus maromas. Por eso parece decir en este libro, junto con Whitman: "Más allá de tus lecciones, sabio profesor, más allá de tu telescopio o espectroscopio, penetrante observador, más allá de toda matemática..." están los poetas y el poema. Un acto de fe que le ha costado a Efraín numerosos inquisidores. Y se ganará más, qué bueno. Ya lo declara Neruda en estas líneas:

Los incendiarios, los guerreros, los lobos,
buscan al poeta para quemarlo, para matarlo,
para morderlo ... Pero la poesía no
ha muerto, tiene las siete vidas del
gato, la molestan, la arrastran por
la calle, la escupen y la befan, la li-
mitan para ahogarla, la destierran,
la encarcelan, le dan cuatro tiros,
y sale de todos estos episodios con la
cara lavada y una sonrisa de arroz.

En este libro *La poesía* es lo que es, lo que nunca ha dejado de ser. Lo sabía Antonio Machado: "Sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado y la fuente homérica volverá a fluir." De Homero a Robert Graves, de Catulo a Sabines, pasando por Blake, Baudelaire, Lugones, Lope; de la A de Apollinaire a la W de Whitman, Efraín Bartolomé se afirma en la fe de sus mayores y nos muestra un camino de luz hacia el relámpago: único dios que puede ser propicio a los poetas ya que algunas veces nos ilumina y otras nos parte, según Char.

Si, como creo, es éste un libro-taller de poetas para poetas, puede ser también una brújula y una tea en las manos de los lectores de poesía que quieran conocer quiénes son y de qué están hechos esos hijos del relámpago, esos ladrones del fuego, cuyo trabajo—lo dice Eduardo Carranza—"es ir cayendo todos los días hacia el corazón". ♦

Efraín Bartolomé: *La poesía*, Praxis (Colección Relámpago Nocturno), México, 1996. 223 pp.



Miloz "sentados en sus sillas de vidrio desenrollan rollos largos, metros de nobleza". Ni sobre el escenario donde "truenan los metales y los cueros y todo el mundo salta, se inclina, retrocede, sonrío, abre la boca, 'pues sí, claro que sí, por supuesto sí...' y bailan todos bien, bailan bonito, como les piden que sea el baile". Salones literarios o políticos, políticos o literarios, que conoció Heberto Padilla y que conocemos todos.

Por todo esto, tomando al pie de la letra las palabras de Ramón López Velarde: "Yo no creo en una poesía que no

Locura o apocalipsis: Capetillo privado

GUILLERMO SAMPERIO

El libro de Manuel Capetillo resulta un texto extraño en el ambiente de las letras mexicanas, texto tal vez de la estirpe —con sus imaginarios peculiares— de *El hipogeo secreto* de Salvador Elizondo, en su mundo extraño y de circularidades, o a veces de *Sastrerías* —Editorial Era, 1978— de Samuel Walter Medina, por su densidad y el desmembramiento de las sensaciones. Me hace recordar, en especial, *Parálisis andante* —Fundarte, Caracas, 1978—, la primera novela del venezolano Juan Calzadilla Arreaza, cuyas novelas indagan en la entraña de obsesiones, la fuerza de la reiteración desde una intimidad radical, en un apeñuscamiento de sensaciones turbias, indefinibles, desde lo onírico-real. Escuchamos muy cerca a los personajes de Arreaza —el lector se encuentra casi dentro de la voz que dice el texto, como si llevara un *walkman* dentro de sí repitiéndose—; tal vez sea la pura emotividad la que habla. Algo semejante les sucede a los personajes de *El retorno de Andrés y otros viajes*, seres próximos y afantasmados en una circunstancia existencial movediza, en un mundo de circularidades y con desquebrajadura del discurso.

La noticia de su casa editora, Aldus, en la contraportada, señala al texto de Capetillo como muestra de la actual literatura de los sueños apocalípticos de fin de siglo. Hay momentos, es cierto, en que representa el término de un tipo de tiempo, y el narrador —el protagonista mismo— casi lo llega a expresar. Pero un paradójico aforismo de Kafka dice que es el concepto de tiempo lo que sustenta la idea del juicio final, cuando se trata en verdad de un juicio sumarisimo. Si un sitio habría que darle a la novela de Capetillo en el tablero de caballos bífidos e implacables sería en los preparativos, prolegómenos, a alguno de estos dos finales.

El movimiento de la familia deviene personaje unitario, grupal y tribal, obser-

vado, sentido y descrito a través del esposo; lo completan su mujer Guadalupe, sus hijos Laura y Toño, y el más pequeño de nombre Andrés, personaje principal que desaparece y reaparece de forma alternativa. Atisbamos el mundo de las percepciones del marido, con lo cual se gesta la interrogante sobre sus aseveraciones y dudas. Los ámbitos donde se desenvuelven y se retraen son pocos y el centro de las acciones es la Casa y, luego, el Jardín.

Desde tales sitios entran en relación con otras entidades que parecen tener vida propia, huidizas y cercanas: un río, el horizonte, las montañas, los caminos, el reino animal —en especial los insectos— y la vegetación. Esta última invade las habitaciones del hogar y de súbito no hay distinción entre Casa y Jardín, entre el aquí, el allá y el más allá —un acullá abstracto, amenazante, a veces prefigurado—. Los otros espacios son una presencia obtusa, rara y en algunos pasajes realista.

La novela pudo haberse titulado “La niebla y el retorno de Andrés”, nombre que pasó quizás por la mente del autor de *El final de los tiempos*, su penúltimo libro —y tal vez el título de Ortega y Gasset lo retuvo—. La niebla, la oscuridad, la evanescencia, las nubes semianimadas y la masa negra de humos de origen desconocido son una presencia persistente, elementos que le sirven al escritor para crear una prosa mezclada con la poesía y hacer evolucionar el significado de *neblina*. Citaré, a propósito, varias frases: “... un jardín que en mis recuerdos confusos yo veía menos alejado ... se desdibujaba tras la nube de vapores; por la neblina, menos ensombrecido que sus alrededores, el camino y nuestra casa”; “... abandonándose bajo la luz de la neblina al nocturno asalto de las imaginaciones”; “... la oscuridad de la neblina se volvió compacta como piedra. Afortunadamente como piedra porosa ... piedra espumosa ...” Y esta última: “... yo amoldado

a la grisura y a la obscuridad del ambiente donde la vida me ha proporcionado otras costumbres”.

Tal niebla sugiere, rememora, la extraña nube amarilla, también de origen inexplicable, que aparece a mitad de la novela *El falso cuadro de Narciso Espejo*, por los años cincuentas, de otro escritor venezolano, Guillermo Meneses, quien revolucionó con este libro las letras venezolanas de la modernidad, como lo hiciera Juan Rulfo en México, Onetti en Uruguay, Arlt y Borges en la Argentina o Sherwood Anderson en los Estados Unidos.

La nube amarilla y la niebla son realidad y símbolo, son algo más que el *polvhumo* que atosiga la era de la alta tecnología y la calidad total. Para contrarrestar la presencia de la niebla, en ocasiones aterradora, Capetillo realza la función de la luminosidad. La combinación hace pensar en el juego de ajedrez, o las damas chinas, cuyas piezas avanzan, retroceden, se mueven de manera transversal, o quebrada, piezas que desaparecen y reaparecen, mueren y resucitan.

Tal movilidad es la que llevan a cabo los personajes, debido a la fatalidad de los lindes: su deseo, o contradeseo, es alejarse de la Casa y emprender el Viaje. Nunca lo logran, pues se pierden en la inmensidad del Jardín, un pretexto de lo fantástico. Más bien el viaje viene a ellos, las otras co-



sas llegan a ellos: el río y la vegetación, un rinoceronte y los insectos, entre otros animales. En ocasiones, la Casa y el Jardín se inundan y los muros son de agua. No sabemos si lo imagina el protagonista, si es una ficción colectiva o un suceso extraordinario, como ocurre en otros instantes de *El retorno de Andrés...* La imposibilidad de viajar semeja la anécdota del célebre relato del inglés Manchen; un matrimonio desea emprender un viaje y nunca logra salir de casa. Perdieron el tren, o no va a volver a pasar nunca, o no hay nadie en la estación; no importa el pretexto fantástico, pero cada uno se cumple con credibilidad terrible. Este relato de Manchen es también uno de los antecesores de "El guardaguasas", el también célebre cuento de Juan José Arreola. Mientras los textos de Manchen y Arreola son de eminente corte fantástico, el de Capetillo se encuentra próximo al absurdo y, por decirlo así, a la lógica no euclidiana, si aún hay lógica.

Otro elemento crucial: la desmemoria de la voz narrativa, con sólo algunos vestigios de recuerdo, distantes, como para confirmar la nebulosidad de la escritura. Mientras, apresa con facilidad el recuerdo inmediato, vuelto sucesos repetitivos que van padeciendo también sus familiares. La imposibilidad del viaje provoca otra manera de reiteración: reintentar largarse, con maletas y todo, y mirar regresarse, sin posibilidad de injerencia de la voluntad grupal, ni de la tribu. De manera curiosa, a pesar de la memoria perdida, Capetillo se las arregla, con malicia, para darnos datos sobre la historia familiar. La opacidad en las relaciones familiares genera una especie de silencio absoluto que se rompe sólo con las intervenciones ocasionales de Andresito en sus regresos. Sus frases por lo regular resultan enigmáticas, como dichas por un oráculo oculto en la neblina. Las palabras que a veces profiere el protagonista, a manera de diálogo, se confunden con sus pensamientos permanentes y con los preceptos y sentencias de Andresito.

Hay un detenimiento del tiempo al acercarse, quizás, al último instante del transcurrir del aquí y se mezclan de ese modo presente, futuro —el allá— y pasado —el más allá—. Esta forma temporal gesta una narrativa de acciones aisladas, no sistemáticas. La segunda parte del título

del texto —...y otros viajes— es tal vez una pista falsa, opuesta al viaje imposible, y al mismo tiempo otorga una ironía sobre las actuales novelas de aventuras, o las de corte policiaco, o las llamadas "ligeras", en las que el lector no requiere de un esfuerzo especial de inteligencia y pensamiento.

La de Manuel Capetillo es una novela reflexiva, poética, nada simple, que le pone también al lector el tablero para que mueva y remueva su experiencia, sus jugadas. En este parcial sentido tiene cierta colindancia con la celosía literaria con la que se construyó la *nouvelle roman*, sin que Capetillo llegue a la ortodoxia de Nathalie Sarraute o Robbe Grillet. Su parentesco más cercano se da con Samuel Beckett, quien escribió en el límite de la expresividad de la lengua y arribó a la imposibilidad de la escritura. En una entrevista con Charles Juliet (*Recontre avec Samuel Beckett*), el premio nobel franco-irlandés llegó a esta conclusión: "La escritura me ha conducido al silencio." Juliet le replicó que si se trataba de un largo silencio. Beckett respondió: "Hay que ganarle miserables milímetros." En esta búsqueda va la escritura de Capetillo en *El retorno de Andrés y otros viajes*.

Hasta aquí he citado a varios autores con los que hace frontera Capetillo porque en mi lectura de su novela fueron llamados por las circunstancias narrativas. Me atrevo a suponer que algunos son escritores muy visitados por Manuel Capetillo y que los otros se fueron acercando debido al tarkovskiano ámbito del texto. Cuando menciona el caballo de madera que anda, navega y vuela y desaparece con Andrés a cuestras, me vino a la memoria la portada de *Ferdidurke*, de mi admirado escritor polaco Witold Gombrowicz, novela editada por primera vez en español por la Editorial Sudamericana, con la excelente traducción del cubano Virgilio Piñeira, cuya literatura no estaría distante de la que estoy comentando. Pero no sólo la tapa de *Ferdidurke*, sino también algunas de sus escenas absurdas, como cuando el protagonista adulto se convierte en niño, como le sucede al de Capetillo, que troca su personalidad por la del niño Andrés quien, mediante un mecanismo de simbolización, podría ser el mismo protagonista.

Además, por sus referencias profético-bíblicas, *El retorno de Andrés...* tiene una cercanía rica con el canto v de *Altazor*, de Vicente Huidobro, uno de los poetas mayores de nuestra América en este siglo; la similitud con él se da no nada más por lo absurdo y lo metafórico, sino también por el universo de palabras en el texto de Capetillo, tales como: balcón, mar, árbol, viento, horizonte, naufragio, silencio, triste, ríos, tiempo quieto, el niño, montaña, olvidar, camino, soledad, tumba, procesión, sombra, rinoceronte. Y no pocos versos huidobrianos se refieren a zonas de algunos capítulos de la novela de Capetillo. Junto a esta poesía extraña, Manuel le imprime su visión: al mezclar o diluir la temporalidad podemos ver un presente de locura, un pasado borroso o un futuro extraordinario y decadente y lleno de miedos. La sensación en que nos va envolviendo esta literatura de Manuel Capetillo es similar a la amenazante, obscena e inexplicable que proyectan por lo menos dos películas de Andrei Tarkovski: *Stalker* y *El espejo*.

Quiero insistir en que, si de pronto pudiera pensarse que nos hallamos dentro de un ambiente del final de los tiempos, más allá del último día de vida sobre esta zona de la galaxia llamada tierra, se trata de la visión distorsionada del protagonista, de cierta locura que lo domina y azota, como si el mundo, el familiar, el entorno social y natural se miraran desde una forma de la esquizofrenia, o algo parecido a ella. El narrador nunca tiene ubicuidad precisa, invierte su percepción (lo grande es pequeño y viceversa, lo sereno es inquietante y viceversa, la luz es oscuridad y viceversa, etcétera, etcétera); y las cosas y las personas crecen o decrecen. No hay coordenadas de equilibrio: el mundo está trastocado desde el pensamiento y la mirada del protagonista. Mientras, lo demás lo suponemos dentro de la normalidad, o de la mal llamada salud mental.

Si no me equivoco, la experiencia de transitar por la novela *El retorno de Andrés y otros viajes* resulta escalofriante, desespera y se puede suponer e imaginar alguno de los mundos de locura, no tan distante de lo que supongo. Y si estoy en un error, entonces el loco soy yo. ♦

Manuel Capetillo: *El retorno de Andrés y otros viajes*, Aldus, México, 1996. 168 pp.

La irresistible ascensión de las vanguardias

VÍCTOR SOSA

I

Es del todo evidente que, a menos que se consiga hacer más lento el ritmo colosal a que avanzamos (y no cabe esperarlo) o bien —lo cual, por fortuna es más probable— que se le opongan fuerzas contrarias de magnitud equivalente, en el sentido de la religión o de la filosofía profunda, con irradiación centrífuga opuesta a esta religiosa tormenta centrípeta que nos arrastra al vórtice de lo meramente humano, lo natural es que este tumulto tan caótico, librado a sí mismo, tienda de por sí al mal, en algunos espíritus a la locura y en otros a una reactivación del letargo carnal.

Dichas palabras no son mías ni son de hoy; fueron pronunciadas por Thomas de Quincey en 1845. Suenan, sin embargo, tan actuales como muchos discursos contemporáneos o más que ellos. ¿Por qué? Porque denuncian, de manera profética, la catástrofe vivida por la modernidad; esa que tuvo lugar a partir del paradigma humanista gestado en el Renacimiento, vio su continuidad en la revolución científica realizada por Descartes y Newton en el siglo XVII y se ramificó en el posterior Siglo de las Luces y la Revolución industrial —que vinieron a confirmar la exactitud del paradigma racionalista moderno—. El hombre, entonces, abandonaba la oscuridad supersticiosa de la teología medieval para subirse —gracias a las nuevas diosas de la Ciencia y la Técnica— en el tren del progreso que lo llevaría a la liberación de los ancestrales temores y hacia un porvenir cada vez más luminoso y prometedor. Así, una nueva religión se imponía en Occidente: la religión del Progreso y el indis-

criminado culto del Futuro como insustituible tierra prometida.

Sin embargo, aquella tierra prometida de antaño es el actual territorio del desastre; zona arrasada por la Razón de la usura —tan denunciada por el equívoco Pound— y por el voluntarismo progresista de la modernidad. Lo que queda, la herencia del paradigma humanista de Occidente, está aquí: contaminación a escala planetaria, destrucción sistemática de la capa de ozono, sobrepoblación y sobreproducción de objetos y bienes de consumo no degradables, desertización de zonas fértiles, extinción de especies animales y vegetales, desaparición de etnias con sus concomitantes usos, costumbres y dialectos, masiva *lobotomización* cultural a través de las redes informáticas globalizadas y un largo etcétera. El precio que pagamos por desterrar a los dioses —fueran éstos paganos, o el irascible dios hebreo, o el piadoso Hijo del Hombre que concibió el arrepentimiento como virtud— ha sido demasiado caro. El costo del etnocentrismo y del universalismo racionalista con su progreso científico-técnico, sin embargo, no ha resuelto los problemas de justicia y dignidad social que ya se prefiguraban como valores éticos insoslayables desde el Siglo de las Luces. El humanismo ha sido mucho más eficiente *contra* la naturaleza que a favor del hombre. En nombre del hombre se ha cometido el peor ecocidio de la historia y hoy ofrecemos a las lejanas e hipotéticas generaciones futuras un legado más duradero que las mismas pirámides de Egipto: el sarcófago radioactivo de Chernobil. En ese sentido, las dos vertientes fundamentales nacidas de la modernidad: el liberalismo político y el marxismo —encontrados enemigos en el terreno ideológico del siglo XX— coin-

cidieron en el mismo fervor supersticioso del progreso. No *vieron*, porque más importante era *proyectar* y construir sobre las paralelas del futuro. Si la *productividad* —tanto en el capitalismo como en el socialismo— devino indiscutible fetiche identificatorio, no es extraño, entonces, que esa misma fetichización del *producto* tuviera lugar en el terreno del arte.

II

Y ahora entramos al punto. Un punto crítico porque define el final de esa línea recta trazada en perspectiva desde las vanguardias históricas hasta este presente posutópico en que las pensamos. En efecto, las vanguardias se adherieron a la irresistible y progresiva ascensión de la modernidad. Hablo, sobre todo, de aquellas que asumieron en su teoría y su práctica —pero más en su teoría— una actitud eminentemen-



te antirromántica: el futurismo italiano y el constructivismo ruso, el cubismo francés —tanto pictórico como literario— y el neoplasticismo, nacido de los máximos rigores estéticos racionalistas (no incluyo en esta adhesión al expresionismo alemán, al ubicuo y revulsivo movimiento dadaísta y al surrealismo francés, tres momentos que, de diferente manera, adoptan el legado romántico y lo hacen coincidir y reencarnar en su época). La adherencia de dichas vanguardias al paradigma progresista de la modernidad pasa, entonces,

por la inflación del valor *productivo* del arte. Si ésta, como es obvio, ya no define ni representa la realidad *real*, aquel “bosque de símbolos” de la naturaleza que, hasta Baudelaire, cifraba lo invisible —ese mismo valor que hizo decir a Novalis: “Porque todo lo visible descansa sobre un fondo invisible; lo que se oye, sobre un fondo que no puede oírse; lo tangible, sobre un fondo impalpable”—; si la realidad se ha evaporado para dar lugar al *producto* —tanto estético como de consumo vulgar— entonces queda clara la participación del arte, concretamente de las vanguardias, en el proyecto productivista de la modernidad. Quiero decir que, más allá de las rupturas tácitas o programáticas con los valores en curso —en términos tan incendiarios como los esgrimidos por el futurismo, por ejemplo—, lo que realmente hizo la vanguardia histórica fue ajustar, corregir el desfase existente entre dos formas de la realidad moderna: la productiva, en un sentido económico y tecnológico, y la artístico-cultural, en un sentido de imaginario estético colectivo. En otros términos: la vanguardia vino a invalidar —con su poema-producto y su cuadro-objeto— la denuncia que los románticos lanzaron a la cara de la época: la inminencia del desastre y la irremediable escisión entre la naturaleza y el hombre. Si los románticos *vieron* —en el sentido de *videncia* propuesto más tarde por Rimbaud—, los vanguardistas *proyectaron*; fueron ingenieros y arquitectos, no fueron ni místicos ni filósofos. En ese sentido, el culto a la máquina y a la velocidad, a las multitudes anónimas y a las grandes urbes fabriles, instaura un isomorfismo, una equiparación entre arte y sociedad, entre producto tecnológico y producto estético. Por eso, las “palabras en libertad” de Marinetti —la máxima revolución sintáctica en el plano de la lengua poética moderna— responden más a una visión aérea del lenguaje, de fachada horizontal donde el adjetivo —ese principio matizador de la oración y también enriquecedor de la misma— desaparece para dar primacía al color puro y primario del sustantivo. Es claro que la pérdida de matices en el ámbito del lenguaje se equi-

para con la pérdida de sinuosidades del objeto industrial moderno. Hay un intento, entonces, de mimesis —de retorno a la clásica mimesis representativa—, pero ahora revestida con el engañoso sesgo de la novedad y de la objetualidad de la palabra sobre el mundo.

Se evidencia entonces —desde esta perspectiva perceptual del ocaso vanguardista— la carga paradójicamente reaccionaria de las vanguardias antirrománticas aquí aludidas. Reacción —precisemos— contra el *desvío* romántico, contra la inadecuación del artista en el seno de la sociedad productivista moderna y contra el esfuerzo visionario (“Digo que es preciso ser *vidente*, hacerse *vidente*”, exigía Rimbaud) que va más allá del infantil y lineal culto a la locomotora.

El surrealismo, sin embargo, negó las nupcias entre poesía y tecnología de manera contundente. Lo hizo dando un giro de timón al barco de la modernidad para volver a remontar los afluentes del romanticismo—. Es decir, reconociendo una tradición y reimplantando la sospecha de lo *real* y la crítica del progreso en el territorio del arte —de ahí se desprenden sus intermitentes pleitos con el marxismo—. El *producto* surrealista se alejó así de la simbiosis con el objeto industrial y nos devolvió la sinuosidad y el matiz; el ondulatorio pliegue onírico contra el satinado frontispicio de lo real. Con ese retorno, con esa negación del poema-producto, el surrealismo instaura otra vez la diferencia y se desvincula de la órbita propiamente vanguardista, se *retarda* para volver a *ver*, para “rehacer—con las palabras de Fourier— completamente el entendimiento humano”.

III

En América Latina, las vanguardias se implantan —es decir, se injertan— a partir de un cultural reflejo condicionado. Toman nombres propios que las singularizan pero que no ocultan las herencias espirituales y programáticas del común tronco europeo. El creacionismo de Huidobro fue una

temprana y personal redefinición del cubismo literario de Apollinaire y Reverdy; el modernismo brasileño, el ultraísmo argentino y el estridentismo mexicano —ahora, estos dos últimos, de manera simultánea en 1921— prolongan el fervoroso espíritu progresista del futurismo italiano en una monocorde mimesis panfletaria. En *Actual. Comprimido estridentista de Manuel Maples Arce*, leemos:

Es necesario exaltar en todos los tonos estridentes de nuestro diapason propagandista, la belleza actualista de las máquinas, de los puentes gfmnicos reciamente extendidos sobre las vertientes por músculos de acero, el humo de las fábricas, las emociones cubistas de los grandes trasatlánticos con humeantes chimeneas de rojo y negro ... el régimen industrialista de las grandes ciudades palpitantes, las blusas azules de los obreros explosivos en esta hora emocionante y conmovida.

A la invectiva futurista para asesinar el claro de luna, los estridentistas replican con un “¡Chopin a la silla eléctrica!” y con un menos eurocentrista “Muera el cura Hidalgo”. Se trataba, primero, de escandalizar, y, después, de cambiar la sintaxis. Porque un mundo nuevo —ese que nacía de los escombros de la Revolución mexicana— exigía una sintaxis nueva. No sólo había que mandar a Chopin a la silla eléctrica sino que era preciso acabar con los remanentes del modernismo tardío, que en América ocupaba el mismo osificado sitio que el simbolismo en Europa. *Urbe*, de Maples Arce, *Esquina* y *El viajero en el vértice*, de Germán List Arzubide, reafirman esa voluntad de necesario cambio estético en las letras mexicanas, más allá de las entusiastas adherencias al mole de guajolote.

Remontando lo antes dicho —por justicia, por equidad—, debemos aclarar: si las vanguardias latinoamericanas teatralizan la gestualidad de las vanguardias europeas, habrá que ver en esta representación de la norma —aunque aquí se trate de una reciente norma de ruptura—, los singulares sesgos autóctonos y autónomos que

se generan en dicha representación. Si el creacionismo de Huidobro fue —como dije— una temprana redefinición del cubismo, *también* fue mucho más que eso; fue, finalmente, *Altazor*: síntesis, superación y parodia de todos los *ismos* poéticos y de la tragedia moderna de la especie. Huidobro no se tragó el placebo del poema-producto impuesto por la historia, no fue tan crédulo como para pensar que el poema podía equipararse al aeroplano:

Como ha dicho muy bien Rubén Darío —dice Huidobro—: ¿Qué es más bello, una mujer desnuda o la tempestad? ¿Un lirio o un cañonazo? Sin embargo, el señor Marinetti prefiere un automóvil a la pagana desnudez de una mujer. Es ésta una cualidad de niño chico: el trencito ante todo. Agú Marinetti.

La polémica petulancia del chileno no eclipsa la lucidez del juicio.

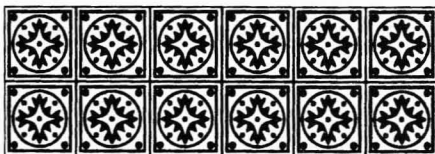
Todo eso de cantar la temeridad, el valor, la audacia —y vuelvo a citar a Hui-

dobro—, el paso gimnástico, la bofetada, es demasiado viejo. Lea si no, el señor Marinetti, la *Odisea* y la *Ilíada* o cualquiera de las Odas de Píndaro a los triunfadores de los juegos olímpicos y encontrará allí toda su gran novedad.

La crítica de la vanguardia desde la vanguardia ejemplifica la aparatosa necesidad de ser moderno —esa *necesidad* que el vidente de Charleville no pudo prever ni prevenir—. Huidobro lo vio por lucidez y por *insistencia*; no regresó —no vivió el *retardo* surrealista— hacia las profundidades acuáticas románticas. Sabía que no podía regresar e instauró la crítica, la parodia y la ironía desde su misma condición moderna. Decapitó el sentido —cualquier sentido, todos los sentidos— con la palabra última, es decir, con el balbuceo, con el recommienzo que ese balbuceo *cantabile* propone al final de *Altazor*. Esa cima —y ese ensimismarse— es sinónimo de mayoría de edad, es el momento donde la poesía latinoameri-

cana rompe el jarrón de la mimesis —incluida la última mimesis vanguardista del poema-producto—. Cosa que los estridentistas no vieron, y tampoco los ultraístas argentinos, quienes soslayaron el abismo al adoptar la placidez de la convención. Salvo la voz solitaria y epiléptica del Vallejo de *Trilce* —tan alejado de las vanguardias por estar tan cercado por el ser—, la voz de Huidobro es la primera potencia poética que nos universaliza y que, a partir de su extralimitación, nos reclama. Reclama un decir, un decirse, que toma cuerpo a partir de esos gametos genésicos de la identidad poética latinoamericana.

Por último, si Thomas de Quincey hablaba desde la inminencia del desastre, hoy no podemos hacer poesía sin tomar conciencia de que el desastre está aquí. Desde este fin de fiesta de la modernidad, desde la orilla opuesta de la advertencia romántica no escuchada por las vanguardias, habrá que *ver* y habrá que *proyectar* de nueva cuenta el mundo. ♦



La Gaceta

del Fondo de Cultura Económica

1847-1997

A 150 años de la guerra
México-Estados Unidos



NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 321

SEPTIEMBRE DE 1997

Gilberto Aceves Navarro. Colaboró en los números 539 y 550. En 1996 presentó las exposiciones *La gula* (Galería del Sur, Ciudad de México), *Monte Albán* (Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca) y *De las 7 000 formas de atrapar a un unicornio* (Alemania). Esta última exposición la presentó también este año en Panamá. Es autor de varios murales. Los más recientes son: *Una canción para Atlanta* (1993, pintado para los Juegos Olímpicos de Atlanta 96, Atlanta, Georgia, EUA), *Agredida por los zancudos* (1994, Roldanillo, Colombia) y *La guerra y la paz* (ubicado en José Antonio Alzate esquina con Santa María la Ribera, Ciudad de México). Los dibujos que damos a conocer constituyen la serie *El sueño del unicornio*.

Carmen Alardín (Tampico, Tamaulipas, 1933). Licenciada en letras alemanas y maestra en letras mexicanas por la UNAM. En 1984 recibió el Premio Nacional de Poesía Xavier Villaurrutia. En 1991 la UNAM publicó una selección de su obra poética en la colección discográfica *Voz Viva de México*. Es profesora de la Sociedad General de Escritores de México. Autora de los libros de poesía: *Pórtico labriego* (Pauraque), *Después del sueño* (Unicornio), *Colección de poemas* (Instituto de Artes de la UANL), *Entreacto* (Katún) y *La libertad inútil* (UNAM), entre otros.

Carmen Elena Armijo Canto (Ciudad de México, 1951). Licenciada en lengua y literatura hispánica por la UNAM. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios. El texto que publicamos forma parte de la introducción de una edición modernizada del *Libro de los gatos* que la autora prepara actualmente.

Alberto Blanco. Véanse los números 511, 521, 528-529, 536-537 y 551. Los poemas que publicamos pertenecen al libro inédito *La raíz cuadrada del cielo*, el cual forma parte de la colección de doce libros que con el título de *El corazón del instante* publica-

rá próximamente el FCE en su serie Letras Mexicanas.

Arturo Bonilla Sánchez (Ciudad de México, 1933). Licenciado en economía por la UNAM; realizó estudios de posgrado en desarrollo económico en la Escuela Nacional de Agricultura. Es investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, del cual fue director, y profesor de las facultades de Economía y Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es coautor de *Neolatifundismo y explotación* (Nuestro Tiempo), *México a 50 años de la Expropiación petrolera* (UNAM) y *¿Crisis sin salida? La economía mundial y América Latina* (Universidad Central de Venezuela), entre otros libros.

Jorge Fornet. Véase el número 548.

Carlos-Blas Galindo. Colaboró en el número 557.

Juliana González (Ciudad de México, 1936). Doctora en filosofía por la UNAM. Es directora de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios. Fue presidenta de la Asociación Filosófica de México y recientemente fue nombrada consejera de la Comisión Nacional de Arbitraje Médico. Es autora de *El malestar en la moral*, *Freud y la crisis de la ética* (Mortiz-Planeta), *Ética y libertad* (UNAM) y *El Ethos, destino del hombre* (FCE/UNAM). Una primera versión del texto que publicamos fue leída en abril de 1997 durante el III Encuentro Hispano-mexicano de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

David Martín del Campo. Colaboró en el número 541.

Carlos Martínez Assad (Amatitlán, Jalisco, 1946). Doctor en sociología política por la Universidad de París. En nuestra casa de estudios fue director del Instituto de Investigaciones Sociales, donde actualmente es investigador; también es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigado-

res. En 1985 recibió el Premio Juchimán de Plata en el área de ciencias y en 1989 el Anastasio G. Saravia de Historia Regional Mexicana-Banamex. Entre otros libros, ha publicado *El laboratorio de la Revolución* (Siglo XXI), *La rebelión de los vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista* (FCE), *¿Cuál destino para el Distrito Federal?* (Océano) y *Breve historia de Tabasco* (FCE).

Leonardo Martínez Carrizales. Véanse los números 504-505, 523-524 y 557.

Héctor Pérez-Rincón. Colaboró en los números 531 y 548. Próximamente será publicado su libro *El teatro de las histéricas* (FCE).

Manuel Salas (Ciudad de México, 1967). Estudia letras clásicas en la UNAM. Publicó sus primeros poemas en 1987 en el libro colectivo *Nudo de grafito* (UNAM).

Guillermo Samperio. Colaboró en el número 560-561.

Víctor Sosa. Véanse los números 508, 522, 534-535, 539 y 541. Colabora en la revista *Origina*. Recientemente publicó el libro de ensayos sobre poesía *La flecha y el bumerang* (FCE).

Elena Urrutia. Véase el número 550. Es coordinadora de los libros *Mujer y literatura mexicana y chicana*, *Culturas en contacto* (Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de México) y *Diversa de mí misma entre vuestras plumas ando*, *Sor Juana Inés de la Cruz* (El Colegio de México). Ha publicado diversos artículos en libros colectivos y antologías.

ACLARACIÓN

En nuestra edición pasada (núm. 560-561), en la sección Colaboradores, aparece equivocado el número de *Universidad de México* en el que colaboró anteriormente la poeta Concha García. El número correcto es el 557 (junio, 1997).

**EXCLUSIVAMENTE
PARA
TRABAJADORES
UNIVERSITARIOS**



TIENDA UNAM
ENTRADA UNICAMENTE
CON CREDENCIAL



PUBLICACIONES UNAM

La colección Biblioteca del Editor, de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, alberga a lectores, escritores, librerías, impresores y, en general, a personas vinculadas profesionalmente con el libro, que dan cauce a la exposición de sus experiencias en los diversos campos de la actividad editorial. Los títulos que se incorporan a esta colección tienen como propósito crear un espacio de reflexión, información y renovación para todas las personas interesadas en el desarrollo y enriquecimiento de la cultura escrita.

Las ediciones presentadas son herramientas de gran utilidad para aquellos que utilizan la palabra escrita como medio de transmisión del conocimiento.

Títulos a la venta de la colección Biblioteca del Editor: *El arte de la traducción: o los problemas de la traducción*. Elsa Cecilia Frost (compiladora); *Ediciones de y en artes visuales: lo formal y lo alternativo*. Graciela Kartofel y Manuel Marín; *Elogio y defensa del libro*. Ernesto de la Torre Villar; *El libro y sus orillas. Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*. Roberto Zavala Ruiz; *Metatexto: manual del libro en la imprenta*, Bulmaro Reyes Coria; *Por entregas: el ensayo periodístico y sus derivados*, Héctor Perea; *Normas técnicas y de estilo para el trabajo académico*. Miguel López Ruiz.

Informes: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Av. del IMAN Núm. 5, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México D.F. Tel. 622 65 90 Tel. y Fax 622 65 82
WWW: <http://bibliounam.unam.mx/libros> E-mail: libros@bibliounam.unam.mx
Ventas: Red de librerías UNAM

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

**RADIO
EDUCACIÓN**
KEEP, 1060 KHZ.



- **EL CAFETERO SOLITARIO**
Sábado, 12:00 hrs.
- **PIEL DE ASFALTO**
Sábado, 23:00 hrs.
- **COHETONES Y PLATILLAZOS**
Sábado, 11:00 hrs.
- **ARRIBA EL NORTE**
Domingo, 11:00 hrs.
- **ASÍ SON TODAS**
Miércoles, 21:30 hrs.
- **EL CHAHUIZTLE**
Domingo, 7:30 hrs.

**CULTURA
EN**

TODOS

LOS

NIVELES



CULTURA CON IMAGINACIÓN



Premio
»»» UNESCO «««
a la mejor
televisión
cultural del
mundo



FOTO: MIGUEL BUSTAMANTE

BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO
FONDO RESERVADO



Graduale dominicale...

Impreso por Antonio de Espinosa en la Ciudad de México en 1576

De Espinosa se acercó en la Ciudad de México en 1558 y montó su taller al año siguiente; introdujo la costumbre de poner en los libros que imprimía un escudo de armas, como se ve en la parte inferior del centro del grabado que aparece en la portada del *Gradual*. El grabado, en madera, representa a san Pedro y san Pablo. Este *Gradual* para misa gregoriana es un ejemplo único, como lo reconocen las autoridades en la materia.

